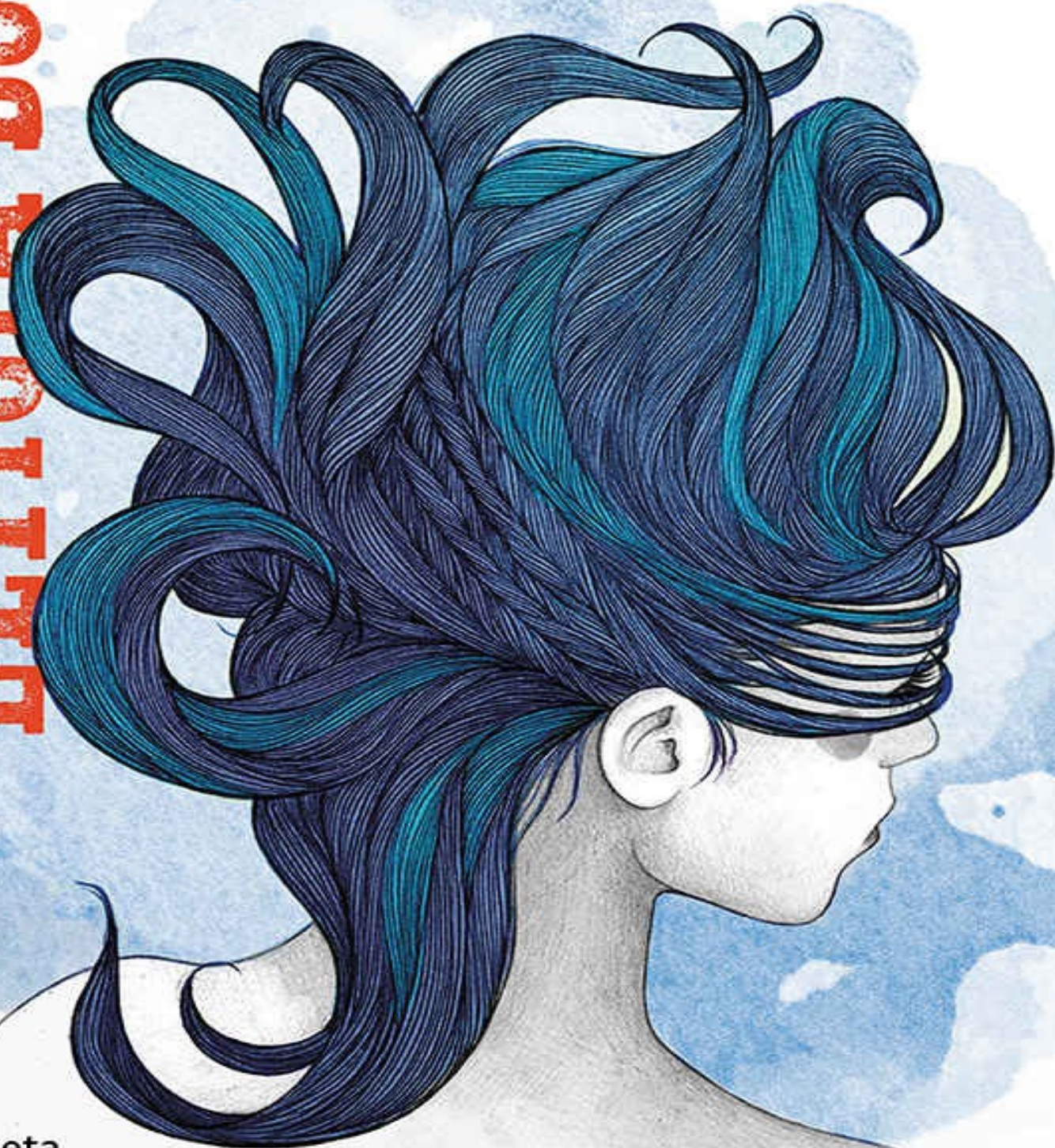


EFFICIA DOLERA

MORDER LA MANZANA

La revolución será feminista o no será



ÍNDICE

Sinopsis

Agradecimientos

1. Una noche con amigas
2. El feminismo
3. ¿Qué es el patriarcado?
4. ¿Y qué es el androcentrismo?
5. ¿Es necesario el feminismo?
6. El feminismo es una práctica activa
7. Micromachismos
8. ¿Sientes el miedo al cambio?
9. Mi primer miedo al cambio: el cambio de instituto
10. El mito de la mejor amiga
11. La sororidad
12. ¿Te ves gorda?
13. Mi cuerpo, mis pelos y yo
14. Género, sexo y orientación sexual no son lo mismo
15. Queremos que seas más mujer
16. El segundo sexo de Simone de Beauvoir
17. Algunos hombres sabios empeñados en definir a las mujeres
18. Masculinidad y feminidad
19. Un día normal en el dermatólogo
20. La mística de la feminidad: el problema que no tiene nombre
21. No digas tu edad, miente
22. Tres olas feministas
23. El feminismo radical
24. La revolución sexual
25. Y las fotos sexis, ¿para cuándo?
26. Ni monjas, ni putas, ni brujas
27. El día que juzgué a una compañera de reparto en secreto
28. No es lo mismo meter o que te la metan. Ah, ¿no?
29. Coitocentrismo o la sexualidad al servicio de un falo
30. Orgasmos y sexo en Nueva York
31. Que levante la mano quien no haya fingido al menos un orgasmo
32. El escándalo machista vestido de normalidad
33. A nosotras nos pasan las mismas cosas
34. La interseccionalidad
35. Educadas en el miedo
36. Desde ya: la vergüenza para quien agrede
37. Y en España, el feminismo, ¿qué?
38. La Transición y la Constitución

- 39. El valor de lo simbólico
- 40. Que no te engañen, el cine no tiene género
- 41. Un test de cine
- 42. Como una vaca al corte
- 43. Cultura de la violación
- 44. El amor romántico
- 45. Una salida
- 46. La primera mujer

Bibliografía

Filmografía

Notas

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Es este uno de esos libros esenciales que nacen de la necesidad y de la urgencia. Porque Leticia Dolera necesita contar por qué es feminista y por qué todas deberíamos serlo. Un camino vital en el que se ha encontrado con personas inspiradoras, lecturas reveladoras, anécdotas —de las buenas, de las malas y de las peores— vividas muy de cerca o en primera persona.

Este libro es también la historia de mujeres valientes que marcaron el camino y cuyo ejemplo nos ayuda a despertar nuestras conciencias y también a enseñar a las más jóvenes.

Empezando por Eva, la primera que mordió la manzana, esta es una historia sobre todas las mujeres. Porque Leticia Dolera nos invita a abrazar una causa, que es la de todas las personas que soñamos con una sociedad justa.

Por mucho que nos hayan repetido que Eva pecó al morder la manzana, nosotras sabemos que aquello fue precisamente lo que la hizo sabia. Entonces ¿qué?, ¿te apetece una? Una obra de empoderamiento feminista para todas las edades.

La revolución será feminista o no será.

LETICIA DOLERA

Morder la manzana

La revolución
será feminista
o no será

 Planeta

Gracias, mamá, por ser un referente feminista, sobre todo a través de tus actos.

Gracias a mis tías y a mis primas, por empoderarme siempre.

Gracias a las Vilas Girls, porque durante años me habéis enseñado, sin ponerle nombre, lo que es la sororidad.

Gracias, Nuri, por ser siempre una mano a la que agarrarme y una risa que soltar.

Gracias, Ruth, por bailar conmigo en Oporto y en la vida y enseñarme que «si no puedo perrear, no es mi revolución».

Gracias, Paula, por nuestros debates y por tu luz.

Gracias, Barbijaputa, por la claridad de tus artículos, que me ayudaron a abrir la mirada en un momento clave.

Gracias, Iria y Alba, por vuestra complicidad.

Gracias, Sandra, por leerte las páginas de Word que te iba mandando y ser mi contacto con la civilización menor de veinte años.

Gracias, Henar, por los momentos donde nos hemos mostrado nuestras cadenas invisibles y nos hemos ayudado a romperlas o a convivir con ellas sin que nos rocen demasiado.

Gracias, June, por ser ingobernable.

Gracias, Eva, por acercarme a la labor de apoyo a las víctimas de violencia de género que ejercéis desde los Puntos Municipales del Observatorio Regional de la Violencia de Género de Madrid.

Gracias a los hombres aliados de mi vida. En especial a Paco, por acompañar y celebrar mis pasos.

Y también a David, Burque, Oriol, Jota, Álex, Antonio, Carlos, Goyo, Adolfo, el otro Antonio, Tonino, Borja..., que siempre habéis preguntado y dialogado. El feminismo también viene a liberaros a vosotros un poquito.

Gracias a las que os pensáis, os preguntáis y os cuestionáis lo que significa realmente ser mujer, ser nosotras. Esos son los primeros pasos hacia la libertad.

ESTE LIBRO VA POR TODAS.

Una noche con amigas

*Todo empieza cuando una mujer
habla con otra mujer.*

MIREIA BOFILL

Eran las tres de la mañana, yo salía de un local de la Zona Franca de Barcelona. Es una zona industrial y a esas horas no había ni un alma. Podría haber esperado a mis amigos e irme con ellos, pero tenía ganas de volver a casa.

Al salir a la calle me arrepentí de mi decisión y de no haber hecho caso a mi compañera de piso, que me dijo que pillara chaqueta porque bajarían las temperaturas. Estaba sola, hacía un frío que pelaba. «Tal vez debería llamar a un taxi en lugar de esperar aquí —pensé—. Cinco minutos más y pido uno desde dentro.» Entonces apareció: una lucecita verde se acercaba a lo lejos. «¡Taxi!»

Me monté y le dije la dirección. El conductor me miró por el retrovisor y contestó:

—Claro que sí, guapísima.

Me puse a mirar el móvil. El coche se puso en marcha.

—¿Qué? ¿Mucho ligoteo esta noche?

—No.

Silencio. Yo seguía con el móvil. Me di cuenta de que el taxista me observaba por el retrovisor y disimulé, no quería entablar contacto visual ni conversar más.

Llegamos a la rotonda y el hombre, en lugar de tirar hacia la calle que lleva a la Gran Vía y por lo tanto hacia mi casa, giró hacia el lado contrario. Le dije que no era por ahí.

—Es un atajo —me contestó.

Me extrañé, me puse en tensión. Dejé el teléfono y me concentré en la estampa de la Virgen que colgaba del retrovisor. Estaba plastificada y desgastada por los bordes, su mirada parecía triste, empecé a sentir compasión por ella, todo el día ahí, colgada, mirando con pena a las personas que se subían al taxi, con las manos sobre el pecho como una niña en su primera comunión. Su mirada triste y su cara de porcelana se tambalearon más de la cuenta; de repente, habíamos empezado a circular con dos ruedas encima de la acera. El taxista se estaba metiendo por los callejones de los cuarteles abandonados de Lepanto. Menos luz todavía. Menos gente todavía. Un desierto urbano lleno de recodos callejeros.

—No es por aquí.

—Te digo que es un atajo.

—Por aquí no hay nada. No hay ni calles.

Silencio. Solo se oía el motor y el *ñic ñic* del balanceo de la estampa religiosa. Una voz dentro de mí me decía que algo no iba bien, otra me decía que estuviera tranquila, que el hombre

estaba tomando un atajo y que la Virgen estaba ahí por algo.

—Pare el coche porque me quiero bajar. Le pago la carrera y me voy, no quiero ir por aquí.

El tipo no contestó, siguió como si nada. Nunca en mi vida he tenido la sensación tan clara de tener que huir. «Tienes que bajar, tienes que salir de aquí», me repetía por dentro como un mantra. Y no tengo ni idea de cómo, pero lo hice, me bajé del coche en marcha.

• • •

—¿Quééé? ¿En marcha? —Casi me tiro por encima el mojito de catorce euros que me he pedido hace un rato y que probablemente sea el responsable de mi exceso de decibelios al interrumpir a Pati.

Estamos en Josealfredo, una coctelería del centro de Madrid. Hemos quedado cuatro amigas para «quemar las pistas de baile», pero lo que parece que estamos quemando en estas butacas aterciopeladas son nuestras ganas de salir.

La noche ha empezado en Lavapiés, cenando huevos fritos con patatas y poniéndonos al día. Hemos hablado de trabajo, de lo caros que son los pisos aquí, de que Esther siempre llega tarde. Esther es periodista *freelance* y siempre que quedamos está cerrando un artículo que le han pedido de hoy para hoy. También hablamos del reciente cambio de ciudad de Carla, que es actriz —de Barcelona, como yo— y acaba de fichar para una serie; de la tesis doctoral de Pati, que es odontóloga, y de si voy por fin a volver a dirigir una peli o no (soy actriz, pero hace dos años escribí y dirigí mi primera película). Todo salteado con detalles de alguna que otra aventura amorosa o sexual de cada una.

Pero volvamos a la historia de Pati. Estamos en el Josealfredo y yo sigo preguntando ansiosa.

—¿No te hiciste daño? ¿No te caíste? Esas cosas solo pasan en las pelis, ¿no?

Carla mira fijamente a Pati, traga saliva y susurra en catalán.

—*No m'ho puc creure*. —Que quiere decir que no se lo cree.

Pati continúa con su relato.

—No tengo ni idea de cómo salí del coche, pero lo hice y eché a correr como nunca en mi vida. El tío paró el motor y se bajó para salir corriendo detrás de mí. Estaba oscuro. No había nadie. Oí: «¡Puta loca! ¿Dónde vas?». Llegué a la rotonda y a lo lejos atisbé a una pareja. Se asustaron al verme. Creo que pensaban que les iba a robar. Cuando los tuve cerca les conté lo que pasaba. Y al llegar junto a ellos, por arte de magia, el tipo dejó de correr. Eso sí, me gritó desde la distancia: «¡Que te den, puta!».

Se hace un silencio entre nosotras. Tengo la sensación de que a todas nos han gritado PUTA alguna vez. Más de una vez.

Carla sigue con los ojos abiertos como platos y con la pajita en la boca vuelve a susurrar algo parecido a *estic flipant*. Que es: «Estoy flipando».

—Qué valiente fuiste, tía —le digo.

—¿No te quedaste con la matrícula del coche, verdad? —pregunta Esther, la más práctica de este cuarteto.

—Qué va.

—En serio, qué valiente. Yo me hubiera quedado ahí, paralizada, repitiéndome que son paranoias mías —añado.

—Alguna vez he pensado que a lo mejor el tipo de verdad estaba cogiendo un atajo.

—¡Ni de coña! —dice Esther—. Cuando notamos algo raro es por algo. Ante la duda, mejor correr.

. . .

La historia de Pati me ha hecho pensar en otros momentos en los que yo también he notado algo raro. Y en los que quizá he reaccionado un poco tarde o directamente no he reaccionado.

—A mí una vez me pasó algo que también sentí como raro y no supe reaccionar como tú.

Carla vuelve sus ojos enormes hacia mí, deja de morder la pajita un segundo.

—¿Qué te pasó, Leti?

Me miran atentas.

—A ver, no tiene el nivel de tensión de lo que acaba de contar Pati. Aunque, bueno, para mí fue un momento tenso y desagradable. Fue hace unos quince años y todavía lo recuerdo, así que por algo será.

Las tres se acercan un poco más a mí.

—Yo estaba saliendo con un chico desde hacía cuatro meses y decidimos irnos de fin de semana a un hotel con *spa* y piscina. Era nuestro planazo, estábamos felices, nos sentíamos los protagonistas de nuestra propia peli, teníamos veinte años. Al llegar nos pedimos cada uno un masaje de una hora. Javi se dio su masaje mientras yo leía a Paul Auster en la hamaca de la piscina. Luego entraría yo. Al pasar a la salita, el masajista, un tipo fuerte al que se le notaban las horas de gimnasio, me dio uno de esos tangas de papel.

—¿Un tanga de papel? —Me encanta cuando Carla piensa en voz alta.

—Sí, son casi transparentes, tienen un triangulito mínimo que apenas te cubre el coño y dos tiras ínfimas para sujetarlo. Vamos, que te lo pones y no solo te sientes desnuda, también ridícula.

—Para eso es mejor no llevar nada —dice Pati.

—El tipo, supersimpático y amable, me ofreció el tanga, yo le dije que no me hacía falta, que me podía quedar con mis braguitas. Él insistió: «Es mejor así. Por tu comodidad y para que yo pueda realizar mejor mi trabajo. Te dejo intimidad para que te cambies y te quedes solo con eso». Antes de salir señaló con la mirada el trozo de papel semitransparente que yo sujetaba entre las manos. O sea, no solo tenía que ponerme ese amago de prenda interior, sino que tenía que quedarme únicamente con eso puesto. Sin sujetador, sin nada, solo la celulosa. ¿Vosotras os quedáis solo en bragas cuando os dan un masaje? —pregunto a mis amigas.

—Yo sí —contesta Esther.

—A mí, cuando me pongo boca abajo, me desabrochan el suje, pero al darme la vuelta y ponerme boca arriba me lo vuelven a abrochar.

—Entonces, ¿te pusiste eso? —pregunta Esther.

—No quería ponérmelo, pero no sé por qué, quizá porque no quise que el tipo pensara que desconfiaba de él o por no quedar como una mojigata, el caso es que me desnudé y me lo puse. Y ahí me quedé, de pie, pensando qué hacer, pensando en mi incomodidad, ansiando ponerme el sujetador de nuevo. Entonces entró el masajista: «Puedes tumbarte boca abajo». Lo hice, pensando que me pondría una toalla en el culo o algo. Pero no, empezó a darme el masaje mientras yo, tensa como un palo, deseaba que el masaje que acababa de empezar terminara cuanto antes. Pero por dentro me repetía: «A ver, Leti, tú has venido aquí porque has querido, te has quitado la ropa porque has querido; bueno, en realidad no querías, pero lo has hecho sin que

nadie te obligara y no pasa nada. Todo esto es natural, natural y normal. No te van a dar un masaje vestida, tronca». Y de repente..., ¡zas!: me masajea el culo.

—¿Qué? —Esa es Carla, con su mirada penetrante y asustada.

—Yo me decía a mí misma que en el culo también hay musculatura, que todo seguía siendo absolutamente normal.

—Muy normal no era —dice Pati.

—Ya, eso lo pienso ahora.

—Perdona, sigue, sigue.

—Llegó el momento de darme la vuelta.

—Dime que te puso una toalla en el pecho.

—No. No me la puso. Yo había estado desnuda solo frente a dos hombres en mi vida. Ese era el tercero, pero mi cabeza me repetía que era un profesional, un fisioterapeuta profesional. Que no debía dejarme llevar por mis prejuicios o mis miedos infundados.

Se hace un silencio. El local se ha ido llenando de gente y yo me pregunto cuántas mujeres de las que están ahí habrán pasado por situaciones de tensión similares a la que estoy contando o mucho más desagradables que esta.

Las tres me miran en silencio, atentas. Dándome tiempo.

—El muy cerdo me masajeó las tetas.

—Leti... —Esta es Carla pensando en voz alta.

—Entonces, me puse a pensar en cuando de pequeña solía acompañar a mi madre a darse masajes. Se los daba una señora de unos cincuenta años muy maja, yo a su lado hacía los deberes y cuando tenía dudas las compartía con ellas. Puede que la masajista se llamara Eulalia y creo que tampoco le ponía toalla en el pecho, ¿o sí? No conseguía recordarlo. Todo eso lo pensaba parairme de esa habitación. Estaba a punto de conseguirlo cuando noté el aliento del tipo cerca de mi boca. Lo suficiente para escuchar con detalle cómo le salía el aire. Quise dejar de respirar para que mi aliento no se encontrara con el suyo en el microespacio que nos separaba. Qué asco me da si lo pienso. Me repetía por dentro «solo está cerca, solo respira fuerte». No me atrevía a abrir del todo los ojos. Recuerdo entreabrir un poco el ojo derecho y entre las pestañas ver que, efectivamente, tenía la boca de un desconocido a dos centímetros de mi cara. En ese momento intenté visualizar la escena desde fuera y me pareció superridícula. Yo estaba en bolas; bueno, con un microtanga de papel, tiesa como un palo, casi sin respirar, en una sala de masaje de un hotel de la costa alicantina, mientras un tipo respiraba fuerte en mi cara y yo hacía ver que no pasaba nada. No tenía ningún sentido. El tipo se separó, yo intentaba calcular cuánto tiempo faltaría para terminar. Y me cogió la pierna.

—¿Qué? —exclama Pati.

—Para seguir con el masaje. Insisto, en teoría todo era normal. Pero claro, que te cojan la pierna cuando llevas un puto tanga de papel, pues no mola mucho. Yo estaba concentrada en el recorrido de sus manos, para confirmar que nada raro estaba pasando. Porque estaba claro que el tío no me estaba violando. Yo creía que no tenía motivos para decirle: «Mira, ya está, sal de aquí, me voy a vestir y no quiero que me toques más». Pues nada, masajeándome el cuádriceps llegó a la ingle y me rozó el coño. Fue muy rápido, tan rápido que podría haber sido sin querer. Aunque claro, tres veces sin querer, son muchas veces.

Mis amigas me miran asustadas.

—Tranquilas, no pasó mucho más. Ya os he dicho que no era una historia superdramática. Intento resumir, que ya sabéis que me enrolló. El tío me masajeó la otra pierna e hizo lo mismo. Y al pasar por el lateral de la camilla, a cuyo borde yo me agarraba fuerte para liberar algo de

tensión, el tipo apoyó su paquete en mi mano. Ahí sí que estuve a punto de decir algo, porque me pareció que era obvio, pero estaba tan paralizada que no pude. Entonces dio el masaje por terminado y salió. Me vestí despacio, salí a la piscina y Javi me dijo:

»—Joder, te has dado masaje de dos horas al final.

»—¿Cómo? El masaje que yo había pedido era de una hora.

»—Pues ha pasado una hora cuarenta y cinco. ¿Te habrán regalado casi una hora porque sales en la tele?

»La hora extra no había sido por eso, claro. Lo peor de todo es que pagué el masaje. Javi me dijo que lo contara en recepción y que pusiera una reclamación, pero a mí me dio corte, porque sentía que no había pasado nada lo suficientemente obvio y grave como para hacerlo.

—Pero es que sí había pasado —dice Esther.

—Eso lo entiendo ahora —añado yo—. Y de todas formas, yo me sentía culpable por haberlo consentido.

Ahora sí que el ambiente es de un bajón total. Parece increíble que hace dos horas estuviéramos tronchándonos de risa en una terraza y ahora cada una esté perdida en sus propios pensamientos. Carla rompe el silencio.

—Yo también me sentí culpable una vez por haber permitido algo que, no es que estuviera mal, pero sí me hizo sentir mal.

—Si te hizo sentir mal, seguramente es porque estaba mal —dice Esther.

—¿Qué te pasó? —pregunto.

—Fue grabando una escena de cama en una peli. La escena era sencilla y a mí no me generaba mucho problema. El actor con el que tenía que rodarla era también el director y pensé que eso haría que todo fuera más rápido, ya que él tampoco querría repetir más tomas de las necesarias. Al entrar al set de rodaje, vi que estaba lleno de gente, cuando normalmente al rodar este tipo de escenas se suele vaciar y solo se queda el equipo mínimo. Vamos, yo siempre que he rodado escenas con algo de desnudez o de intimidad ha sido así. ¿Tú también, Leti?

—Sí, siempre. El equipo de dirección se encarga de vaciar el set y si hay algún despistado, se le pide también que salga. ¿Tú rodaste la escena con todo el equipo delante?

—Sí. Pero claro, es que tampoco era una escena de sexo desenfundado, lo hacíamos bajo el edredón, solo íbamos desnudos de la parte de arriba. Yo no quería parecer poco profesional o tímida, no sé. Así que procuré olvidarme y concentrarme para hacerlo lo mejor posible y no repetir muchas veces. Empezamos a grabar, una toma, dos tomas, tres tomas..., pero el director, ¿os he dicho que era también el actor de la escena?

—Sí —contesto.

—Pues el dire no se quedaba contento. Hasta el punto de que fue la escena que más tomas tuvo de todo el rodaje. Que, a ver, no pasa nada, pero en cada toma me tenía que chupar los pezones, y tías... Yo soy una mujer abierta y siempre me he sentido muy libre con mi cuerpo, soy tocona y besucona, no creo que el sexo sea algo sagrado y todo eso..., pero lo pasé mal. Y me fui a casa sintiéndome fatal.

—Vaya.

—No, si no pasa nada. Es solo que me sentí rara. No tuve claro hasta qué punto estábamos repitiendo por necesidad real o por capricho del director y tampoco fui capaz de verbalizar mi opinión y decir en la tercera toma que creía que ya lo teníamos. Pero vamos, que no es grave, era una escena de ficción, la rodé y ya está. No tiene mayor importancia.

• • •

La mirada de las cuatro parece buscar en los reflejos de la mesita de centro hecha de espejo que tenemos delante, una respuesta a por qué vamos por la vida teniendo experiencias que nos hacen sentir mal y que luego nos empeñamos en naturalizar o justificar. Experiencias que muchas veces tienen que ver con nuestro cuerpo o nuestra condición de mujeres.

No sé si contarles que a Marta, mi amiga de Zaragoza, la violaron tres tipos con burundanga hace un año, en pleno centro de la ciudad. No lo sabe casi nadie y no lo denunció, dijo que no quería que se enterasen sus padres para no hacerles sufrir y que entre tener que revivirlo y olvidarlo, escogía lo segundo. Creo que no lo ha olvidado.

O que a Carmen, la chica de márketing que les presenté en el concierto de Iván Ferreiro, la echaron del trabajo por quedarse embarazada. O que antes de salir de casa, me he cambiado tres veces de ropa porque llevar pitillos ajustados y escote me hacía sentir insegura para volver sola a casa por la noche. Dramas muy distintos en cuanto a gravedad, pero conectados entre sí en su raíz.

Esther sale de su ensimismamiento.

—¿Qué? ¿Pagamos y nos vamos? Eso o hundimos definitivamente nuestros culos en las butacas para cavar un túnel que nos lleve directas al infierno.

Miramos a Esther y sonreímos; ahora mismo nos viene bien alguien con su temperamento. Me hubiera gustado que compartiera lo suyo con Víctor, soy la única del grupo que lo sabe y no puedo contarlo, pero esta mujer fuerte, trabajadora, inteligente y alegre mantiene una relación sombría, insana y violenta. Pero yo no debo decir nada, entre otras cosas porque ella misma lo niega y porque siempre le he prometido que todo lo que me contase quedaría entre nosotras dos.

• • •

Ya en la calle, mientras andamos hacia Sol, debatimos si vamos a bailar o no. Vamos desertando una a una y en un efecto dominó todas decidimos irnos a casa. Eso sí, cada una de nosotras tendrá que mandar un mensaje al grupo avisando de que ha llegado bien.

Al entrar al portal de mi edificio, como siempre, miro detrás de mí al cerrar la puerta. No lo hago solo hoy, lo hago siempre. Una vez arriba y al entrar por la puerta de casa, mando este mensaje al grupo: «Ya en casa, *tutto bene*». Y un emoticono con la señal de victoria.

Mientras me pongo el pijama llega un mensaje de Carla: «¡Por fin en mi buhardilla de veinte metros cuadrados!».

Cuando me lavo los dientes entra el mensaje de Esther: «Sirviéndome la última en el salón de casa. ¿Alguien se apunta?».

La última en escribir es Pati: «He pillado un taxi, pero tranquilas, le he hecho yo de GPS». Contesto a Pati: «Pero ¿ya estás en casa o no?». Pati: «Sí, sí. Ya en casa».

Sucesión de emoticonos de todas: aplausos, corazones y flamencas.

Sí, celebramos que hemos llegado bien a casa. Esto es algo que solo hacemos nosotras, las mujeres, los hombres, no. De hecho, los hombres, amigos, ligues, novios, primos, hermanos, también nos piden que les mandemos mensajes confirmando que hemos llegado bien, como si viviéramos en guerra, como si ser nosotras fuera un motivo de persecución, de acoso. El peligro indivisible de nuestra condición de mujeres que van solas por la calle.

Pero, un momento, ¿no vivíamos ya en igualdad? ¿No es la nuestra una sociedad moderna? ¿No hay quien dice que el feminismo ya no es necesario?

El caso es que mi propia experiencia y la de mis amigas son la prueba de que eso no es verdad. ¡Ojalá lo fuera! Pero no, no vivimos en igualdad y sí, el feminismo sí es necesario.

El feminismo

No somos iguales, pero deberíamos ser equivalentes.
CLARA CAMPOAMOR

Confusión en torno al término

Está claro que el feminismo inquieta o incomoda todavía a algunas personas y esa inquietud ha generado un poco de confusión en torno al término. Te pongo algunos ejemplos de frases que me han dicho o, peor todavía, que he escuchado en televisión o leído en titulares de periódicos.

No quiero parecer feminista, pero sí veo desigualdad de género

Es decir, aun reconociendo que vivimos en una sociedad que discrimina a las mujeres, hay todavía cierto miedo a la palabra, como si ser feminista fuera algo terrible, como si te convirtiera en una persona que odia a los hombres. Ya os digo que no es verdad, quien escribe estas líneas es una feminista que ama a los hombres, bueno, a algunos hombres, los que me caen bien y tal.

Yo no soy ni machista ni feminista, intento ser buena persona

Hay que aclarar que el feminismo no es lo contrario del machismo. Repito: el feminismo no es lo contrario del machismo, no son antónimos.

El machismo es una actitud o manera de pensar que sostiene que el hombre es por naturaleza superior a la mujer.

El feminismo no sostiene que la mujer sea por naturaleza superior al hombre. El feminismo no habla de superioridad, sino de igualdad.

Así que, calma, las feministas no hemos venido a dominar el mundo y fundar un matriarcado donde los hombres seréis nuestros esclavos. De hecho, si eres hombre, puedes respirar tranquilo y de paso unirse a la causa, ya que, en el fondo, a ti también te libera un poquito.

Respecto a lo de buena persona, me parece algo estupendo a lo que aspirar. Ahora bien, puedes ser buena persona ¡y feminista!, ambas cualidades no son incompatibles. Ojo, que también puedes ser feminista y mala persona. Pero es que incluso puedes ser buena persona y machista, porque te han educado así y no eres consciente de tu propio machismo.

O sea, que decir esta frase es lo mismo que decir: «No soy ni machista ni feminista, intento comer mucha fruta».

Si por feminismo entendemos _____ [rellenar con algo que haga sentir cómodo al emisor] entonces sí soy feminista, pero si hablamos de un feminismo más radical, entonces ya no

Os juro que esto lo he oído en televisión, en concreto, dicho por un hombre. Aquí también hay chicha. Una vez más, hay distanciamiento con el movimiento, pero además está implícita la idea de que «las feministas deberían luchar por lo que yo diga y si no están equivocadas». Cuando precisamente un hombre, al no saber lo que vivimos las mujeres, no puede decidir cuándo debemos levantarnos y alzar la voz y cuándo no, porque no sabe lo que es vivir como mujer en una sociedad machista. Igual que yo no puedo saber lo que significa para una persona de raza negra vivir en una sociedad que todavía discrimina a las personas por el color de su piel. O tampoco puedo saber lo que significa realmente tener una discapacidad física, por ejemplo, y tener que cruzar Madrid. Puedo imaginarlo, puedo empatizar, pero no puedo sentirme con el derecho de decidir qué pueden reclamar y qué no estos colectivos discriminados por la sociedad.

Por otra parte, revela desconocimiento de la teoría y de la historia feministas, pues hace alusión al feminismo radical y tengo la sensación de que lo hace sin saber realmente lo que es (más adelante hablamos de lo que es el feminismo radical, así tú también lo sabrás).

Entonces, ¿qué es el feminismo?

Según la definición de la Real Academia Española (RAE): «Ideología que defiende que las mujeres deben tener los mismos derechos que los hombres».

Estando muy de acuerdo con la idea, es una definición que me resulta poco precisa y me plantea algunas dudas.

¿Que cómo me atrevo a poner en duda algo aprobado por la RAE? Pues por el mismo motivo por el que esta Real Academia ha puesto en duda durante siglos la valía intelectual de las mujeres. Tuvieron que pasar casi trescientos años para que aceptase a una mujer en uno de sus preciados sillones, ha tenido treinta directores y los treinta han sido hombres, y de sus quinientos miembros en tres siglos de historia, solo once han sido mujeres. Actualmente, de cuarenta y cuatro miembros, solo ocho son mujeres.

¿Cómo te quedas? Pues eso.

Vayamos con mis dudas. Te recuerdo la definición de la RAE: «Ideología que defiende que las mujeres deben tener los mismos derechos que los hombres».

Lo que me plantea dudas de esta definición es que parece que el feminismo persiga que las mujeres nos asemejemos a los hombres. Pone a los hombres y a sus derechos como lo aspiracional, como la representación de «lo humano» (en parte lo entiendo porque son los que ostentan los privilegios), pero es una definición un tanto androcentrista (luego profundizamos en el término, pero así rápido: *andro* es «hombre» y *centrismo*, lo que te imaginas, «colocar en el centro»).

Como definición sencilla y corta prefiero la que hacía Angela Davis: «El feminismo es la idea radical de que las mujeres somos personas».

Y estaremos de acuerdo en que todas las personas debemos tener los mismos derechos y oportunidades.

Una definición tal vez más académica es la que hace Nuria Varela: «El feminismo es una teoría política y un movimiento social que tiene como objetivo la liberación de las mujeres y la reivindicación de sus derechos para conseguir una sociedad igualitaria».

Vamos, que el feminismo lo que persigue es *la igualdad real entre hombres y mujeres*.

Escoge la definición que más te guste. Todas significan lo mismo.

• • •

Para gourmets que queráis profundizar: el feminismo también cuestiona la asignación de roles sociales según el género. Por ejemplo, que las niñas deben jugar con muñecas y los niños con camiones (yo jugaba con ambas cosas de pequeña), que los hombres tienen mayor capacidad de liderazgo que las mujeres (dame un estudio científico que demuestre eso, no los hay) o que nosotras poseemos eso que se llama «intuición femenina» (de eso sí que hay estudios y precisamente confirman que la intuición no tiene género). Bueno, y lo de que a nosotras se nos dan mejor las tareas del hogar, tipo planchar, cocinar, fregar..., no hace falta que aclaremos que eso no viene definido por nuestro ADN, ¿verdad? Por si acaso, lo aclaro: en el ADN de las mujeres no vienen implícitas mayores habilidades para el uso de la escoba, la bayeta o los fogones.

Pero sigamos con más términos, que estamos cogiendo carrerilla y me estoy viniendo arriba.

¿Qué es el patriarcado?

El patriarcado es una forma de organización política, económica, religiosa y social basada en la idea de autoridad y liderazgo del varón, en la que se da el predominio de los hombres sobre las mujeres.

Echando un vistazo a la sociedad actual, podemos ver como la industria, la tecnología, la política, la economía, los medios de comunicación, las universidades, la ciencia, el ejército..., en definitiva, el poder, está en manos masculinas.

Podemos hacer una división dentro del patriarcado:

- *Patriarcado de coacción.* Se da en aquellos lugares donde por ley las mujeres son inferiores a los hombres.
- *Patriarcado de consentimiento.* Se da en aquellos lugares donde legalmente mujeres y hombres somos iguales, pero en la práctica se siguen perpetuando relaciones de poder desiguales.

Está muy claro cómo funciona el patriarcado de coacción. Impongo una ley misógina y tú, mujer, si no la cumples tienes tres opciones: o vas a la cárcel o te apedrean o ambas cosas. Desgraciadamente, esto es así y está ocurriendo aún hoy mientras lees esto.

Sin ir más lejos, en 2017 se aprobó en Rusia una ley que permite a los hombres casados pegar a sus mujeres una vez al año. Tremendo, ¿no? Es una descriminalización desvergonzada de la violencia de género. En Rusia, entre doce mil y catorce mil mujeres son asesinadas cada año a manos de sus parejas (según un estudio de 2012 del Ministerio de Interior).

Sí, puedes volver a leer el párrafo anterior, no es una errata de imprenta, es la realidad de miles de mujeres. Y eso solo en Rusia.

¿Y el patriarcado de consentimiento? En países donde ya hay una igualdad legal, como España, se siguen dando casos de violencia de género y la sociedad sigue sin ser igualitaria. ¿Cómo se perpetúa el machismo entonces? Pues a través de la cultura, de los mitos y los relatos que nos cuentan, no solo en la infancia, también en la vida adulta, y que fomentan estereotipos y prejuicios en torno al género masculino y femenino.

La cultura y el relato nos construyen y modifican internamente mucho más que una ley y donde ya existe igualdad formal, el patriarcado se asienta en los roles y estereotipos que se reproducen a través de lo simbólico. Y mientras el imaginario cultural siga siendo patriarcal, nuestra imaginación y nuestras relaciones también lo serán. Por mucho que seamos iguales ante la ley.

Ya lo decía Napoleón (ese gran manipulador): «El pueblo no debe ser libre, sino creer que lo es».

Aunque en nuestra casa nos eduquen con valores de igualdad, no podemos vivir al margen de las historias que nos cuentan y de las imágenes que nos rodean en la televisión, en la publicidad, en los kioscos...

Niñas y niños no crecemos con la misma visión del mundo. Es innegable, como analiza la filósofa Amelia Valcárcel, que los niños, mientras crecen y cocrean su visión del mundo, ven reafirmado su valor innato en cuanto se asoman a la cultura. Al estudiar la historia (con las mujeres silenciadas en los libros de texto), al leer los periódicos (plagados de noticias sobre políticos, escritores o científicos hombres), al ir al cine (abarroado de héroes hombres), al ver el mundo del deporte (con veinte minutos al día de deporte masculino en el telediario) se encuentran siempre con la épica masculina. Pero no solo es importante la visión que construyen de sí mismos, sino de las mujeres, a quienes pocas veces ven en roles de autoridad. En cambio, las niñas, salvo excepciones, se encuentran con lugares secundarios y el mito de la belleza rondando. Y es que, como mujer, puedes tener éxito en tu trabajo, pero si no cumples con el mito de la belleza establecida, siempre parecerá que te falta algo (solo lo parecerá, pero te lo acabarás creyendo). Algo que con los hombres no pasa, porque ese mito no existe y porque ellos tienen referentes de éxito a los que se les da altavoz mediático con físicos y edades diversas.

El problema es que los prejuicios son mucho más difíciles de cambiar porque no se sustentan en la lógica ni en la razón, sino en lo subjetivo y lo emocional y ahí como se llega no es a través de una ley, es a través del relato cultural. Luego, ¡cambemos ese relato! ¡Construyamos un mundo más justo! ¿No te parece?

¿Y qué es el androcentrismo?

Esta es una palabra para soltar en cenas en las que te apetezca quedar como una persona leída e intelectual. El único inconveniente que tiene es que cuesta bastante pronunciarla, pero a la cuarta o quinta vez ya le coges el truco.

El androcentrismo es un concepto muy ligado al patriarcado.

Definición

Hace referencia a la práctica, consciente o no, de otorgar al hombre y su punto de vista una posición central en el mundo.

Es androcentrista identificar:

- Lo masculino con lo humano.
- Lo femenino con lo específico de las mujeres.

Poner al hombre en el centro como medida de todas las cosas hace que, por ejemplo, los problemas de los hombres sean «problemas sociales», pero cuando se trata de algo que atañe exclusivamente a las mujeres, se suele hablar de «problemas de mujeres».

Lo mismo ocurre con el cine. Están las pelis y las pelis de mujeres, la literatura y la literatura para mujeres. ¿Por qué?

Está bien visto que las niñas se identifiquen con personajes masculinos de ficción, yo misma de pequeña me disfracé de Peter Pan. Alguna profesora me propuso el disfraz de Campanilla, pero yo quería ser la prota de la aventura, la dueña de la acción, yo quería ser o Peter Pan o el Capitán Garfio. Pues bien, me disfracé y a nadie le pareció mal que me vistiera de chico y me hiciera llamar Peter durante un día entero, porque identificamos lo masculino con lo humano.

En cambio, no está bien visto socialmente que un niño quiera disfrazarse de princesa Frozen, por ejemplo (conocemos varios casos de hijos de gente conocida que han sido criticados) y eso es porque identificamos lo femenino con «la cosa de las mujeres» y esa «cosa de las mujeres», al vivir en un patriarcado, es percibida como inferior. Luego nos parece que un niño que se disfraza de princesa está rebajando su poder y su autoridad de futuro hombre, así que lo corregimos y le enseñamos que eso está mal.

Sé que cuesta mucho deconstruir ese imaginario, pero debemos entender que no es más que eso, imaginario, y como tal no viene de nacimiento, es cultural, son nuestros prejuicios y nuestra cultura androcentrista los que nos hacen percibir así la vida.

Otro ejemplo de lo injusto del androcentrismo se da en el terreno de la medicina. ¿Sabes cuáles son los síntomas de un ataque al corazón? Fijo que lo has visto en alguna peli: presión en el pecho y un fuerte dolor en el brazo izquierdo. ¿A que sí?

Pues bien, esos son los síntomas de un ataque al corazón en los hombres. En las personas que son biológicamente mujeres, los síntomas de un infarto son distintos, pero la cultura popular (vocaliza internamente conmigo) androcentrista no los ha recogido. ¿Cuáles son? Una fuerte presión en el cuello, dolor abdominal y sensación de estómago revuelto.

En el lenguaje también

Este es otro terreno profundamente androcentrista. El lenguaje es poder y a través de su uso se estructura el pensamiento.

Las mujeres somos colocadas en la construcción del lenguaje como un elemento secundario y nos enseñan desde pequeñas que cuando alguien utiliza el masculino genérico, también se está refiriendo a nosotras, aunque estemos invisibilizadas.

Igual te parece una tontería, a mí no me parecía algo tan relevante hasta que me paré a pensarlo y me pasó como con las gafas del feminismo: cuando te las pones, ya no hay vuelta atrás. Ahora, cuando alguien dice que los directores de cine tal o que los actores cual, yo no me siento aludida, no imagino a mujeres, más que nada porque no las veo en la frase y eso es porque no están. ¿Por qué tenemos que sentirnos incluídas si ya existe una forma específica de referirse a nosotras que es usando el femenino? Una vez más, ¿por qué identificar lo masculino con lo humano?

Las estructuras y formas del lenguaje no vinieron dadas por la naturaleza, alguien las creó y lo hizo con una visión androcentrista del mundo.

Pero no nos vengamos abajo, sencillamente hagamos pequeños cambios en nuestro día a día, pasemos a la acción.

Dejemos de decirle a una mujer que cuando ha sido valiente le ha echado cojones y digamos que le ha echado ovarios, por ejemplo. Lectoras, lectores..., ¡visibilicemos los ovarios!

¿Es necesario el feminismo?

Una vez aclarado lo que es el feminismo y lo que son el patriarcado y el androcentrismo (ambos sostienen el machismo que nos rodea), hagamos un repaso a las frases hechas que afirman que el feminismo no es necesario. Vamos, que tú, yo y miles de personas en el mundo, estamos haciendo el tonto. Te pongo algunos ejemplos.

El feminismo no es necesario, ya vivimos en igualdad

En los países del Primer Mundo, hombres y mujeres ya somos iguales ante la ley (hay otros países donde esto no es así, lo hemos visto antes, se trata del patriarcado de coacción). Aquí, mujeres y hombres podemos votar, estudiar, trabajar, viajar, tener una cuenta bancaria, etc. Si ya somos legalmente iguales y tenemos los mismos derechos, ¿por qué hace falta el feminismo?

Bueno, los datos nos dicen que hay algo que no marcha bien. Son datos de lo que pasa en nuestro país; no son opiniones, insisto, son datos:

- Una mujer necesita trabajar de media ochenta y cuatro días más al año, algo más de cuatro meses con semanas laborales de cinco jornadas, para cobrar el mismo salario que un hombre (fuente: Unión General de Trabajadores [UGT]).
- Solo un 7,5 por ciento del total de las figuras que aparecen en los libros de Enseñanza Secundaria Obligatoria (ESO) son referentes femeninos. A mí este dato me parece gravísimo por injusto y por el sexismo con el que impregna la educación de niñas y niños, esto sí es adoctrinar.
- Siguiendo con los libros de ESO. En el caso de personas reconocidas por su aportación a la historia, la cifra asciende al 95 por ciento de figuras masculinas y solo un 5 por ciento de mujeres. Ojo, no es porque no las haya; haberlas, haylas, pero no se las ha incluido. ¿Por qué? Pues por la visión androcéntrica de la vida (fuente: Ana López-Navajas, «Análisis de la ausencia de las mujeres en los manuales de la ESO: una genealogía de conocimiento oculta», Universidad de Valencia, 2012).
- Más de un millón y medio de mujeres en España reducen su jornada para encargarse de cuidar a hijos e hijas. Esto supone una diferencia salarial del 61,5 por ciento (fuente: UGT).
- Las mujeres dedican al día 2,5 horas más de media a las tareas del hogar —incluyendo el cuidado infantil— que los hombres (fuente: Fundación de Estudios de Economía Aplicada [Fedea]).
- Solo el 17 por ciento de las consejeras de las grandes empresas son mujeres, tasa muy por debajo de la media europea (fuente: Fedea).
- Las mujeres en cargos directivos cobran el 17 por ciento menos que sus pares masculinos (fuente: Fedea).
- Cada ocho horas se denuncia una violación sexual en España (fuente: Ministerio del Interior).
- Solo se denuncian un 20 por ciento de los casos y al final, apenas hay un 1 por ciento de condenas.
- El Instituto de la Mujer cifró en 6.562 los casos de abusos, acoso y agresiones de índole sexual en 2009 (uno cada hora y veinte minutos).
- Cada mes, 11.900 mujeres denuncian maltrato por parte de sus parejas o exparejas.
- Cuarenta y cuatro mujeres fueron asesinadas por sus parejas o exparejas durante 2016.

- Más de novecientas mujeres han sido asesinadas como resultado de la violencia de género en los últimos quince años.

Nadie puede decir que vivimos en igualdad. Es obvio que el feminismo sí es necesario. Y de manera urgente.

Pues en mi casa manda mi mujer

¿Eso significa que tu mujer decide cuándo pone la lavadora con tu ropa, cuándo va a comprar o a qué hora se come? Un trabajo que además no se valora social ni económicamente, que se hace sin cobrar y sin cotizar a la Seguridad Social. Injusto, ¿no? Es injusto que los trabajos no remunerados recaigan casi siempre en manos de mujeres: el cuidado de las personas dependientes, de los hijos, los trabajos del hogar... Llámame exagerada si quieres, pero trabajar sin cobrar, ¿no era esclavitud? Además, eso repercute directamente en las pensiones, donde las mujeres salen peor paradas al no haber cotizado por todas esas horas, recibiendo una retribución mínima que no reconoce toda esa labor.

Sinceramente, donde queremos empezar a ser visibles y tener voz es fuera de casa, sin desmerecer el trabajo del hogar, que más bien hace falta poner en valor; pero para cambiar realmente las cosas, queremos vernos en la política, en los medios de comunicación, como protagonistas de las historias de ficción y también como juezas, decanas de universidad o con sillas en la RAE. Hay tantos sitios en los que estar además de en el hogar...

No todos los hombres somos unos machistas

No todos los hombres, pero sí todo el sistema. Quiero decir, puede que no todos los hombres estén de acuerdo con el machismo, pero sí han sido todos educados en esa ideología, al igual que todas las mujeres. Es imposible escapar de ello, por mucho que te hayas criado con muchas hermanas o rodeado de mujeres a las que adoras, por mucho que en tu casa tu padre ponga la mesa o planche y sea tu madre la que trabaja y trae el dinero a casa y por mucho que te inculquen valores feministas; en el cole, en la tele, en la publicidad, el mundo sigue siendo machista y el mundo también educa. Así que, de entrada, me parece una afirmación un poco atrevida. Pero venga, vamos a «aceptar barco» y a afirmar que hay hombres que, tras haber leído sobre feminismo y haber reflexionado sobre sus privilegios, han conseguido deconstruirse y liberarse de su propio machismo. Aun así, mientras vivamos en un patriarcado, ellos seguirán formando parte del bando privilegiado y por lo tanto opresor (incluso los hombres que te caen bien, incluso los de tu familia, da cosica, pero es así). Al igual que yo, mientras sigamos viviendo en una sociedad racista que discrimina a las personas por el color de su piel, también seguiré formando parte del bando privilegiado y por lo tanto opresor, puesto que soy de piel blanca. Y digo opresor (que entiendo que suena un poquito fuerte) porque, en el momento en el que hay un bando de la sociedad que tiene privilegios, quiere decir que hay otro bando que carece de ellos y por lo tanto está oprimido por el primero, que se convierte en el opresor.

Una reflexión. Pensemos en las manifestaciones contra el racismo que hubo hace relativamente poco en Estados Unidos. En el caso de que seas de raza blanca, ¿tú irías a decirles a las personas de raza negra que están luchando por sus derechos: «Ey, parad de manifestaros un momento y escuchadme: me estáis ofendiendo, no todas las personas blancas somos racistas,

deberíais añadir eso en vuestras pancartas o por el contrario estaréis discriminando a las personas de raza blanca no racistas»? ¿Te imaginas la locura? O, por el contrario, ¿aceptarías que el sistema es racista (no tú, el sistema del que formas parte) y por lo tanto te sumarías a sus reivindicaciones para cambiarlo y conseguir un mundo más justo?

Pues con el feminismo, igual. Gracias.

Antes sí que estabais mal, ahora no sé de qué os quejáis

Esta es una frase que seguramente muchas mujeres feministas han escuchado a lo largo de la historia. Se lo dirían a las que, una vez conseguido el derecho al voto, también querían el derecho a trabajar o a tener una cuenta corriente en el banco. O, una vez conseguido el derecho al trabajo, querían no tener que abandonarlo por obligación al contraer matrimonio. Pero es que no nos conformamos con una igualdad a medias, queremos la igualdad total (los datos de las páginas 38 y 39 indican que estamos lejos todavía).

Es cierto, antes estábamos peor y es gracias a la lucha de muchas mujeres feministas y la complicidad de otros muchos hombres como hemos ido alcanzando derechos. Sigamos pues, que el ritmo no pare y que no demos ni un paso atrás.

Pues yo vivo en un matriarcado

¿Ah, sí? Dame la dirección que quiero ir de visita. Desde luego, en España no será, pues en este país, ni el liderazgo político ni el poder económico ni la autoridad moral se encuentran principalmente en manos de mujeres. Y en todas las comunidades autónomas, desgraciadamente, se registran cada mes nuevos casos de violencia machista o acoso sexual.

Sí es verdad que existen poblados en China, Guinea Bisáu, México o Indonesia donde la organización social pone en valor el rol de las mujeres y su capacidad para dar vida y donde, al contrario de lo que ocurre en el patriarcado, su autoridad no es coercitiva y es reconocida por consenso. Pero donde en ningún caso se ejerce violencia contra los hombres por el mero hecho de serlo. Es decir, como señala la antropóloga Anna Boyé, «son sociedades donde *matriarcado* no significa lo contrario de *patriarcado*, sino otra manera más igualitaria de organizar la vida». La mayor sociedad matriarcal que existe en el mundo se encuentra en Indonesia, en la isla de Sumatra, llamada los minangkabau, y la forman dos millones de personas.

En cualquier caso, hablamos de pueblos cuya cultura y forma de ver el mundo no tienen la influencia a nivel mundial que tiene el patriarcado, que es por el momento la forma de organización social que impera en el mundo.

El feminismo es una práctica activa

Cuando llevas tiempo sin ir al gimnasio, da mucho palo volver. Una vez que lo consigues, te aturden las agujetas y te sientes tentada de dejarlo. Con el feminismo puede que te ocurra lo mismo, sentirás la tentación de dejarlo varias veces, puede que llegues a pensar «con lo tranquila (o tranquilo) que estaba yo, no necesito la ansiedad de esta perspectiva feminista». No desfallezcas, hay luz al final del túnel.

Pero sí tendrás que asumir que decir frases como «soy feminista», «creo en la igualdad entre hombres y mujeres» o «apoyo vuestra causa al cien por cien» está muy bien, pero no te convierte en feminista. Para serlo de verdad, debes pasar a la acción, debes ir al gimnasio.

Tranqui, no tienes que vestirte de morado ni manifestarte una vez al mes; de momento, con dos al año te basta: el 8 de marzo, Día de la Mujer, y el 25 de noviembre, Día contra la Violencia Machista.

Pero sí debes abrir bien los ojos cada día y no pasar por alto ninguna discriminación, por muy insignificante que te parezca, porque las pequeñas discriminaciones, los pequeños micromachismos son los que sostienen la base del patriarcado.

Micromachismos

¿Y qué son los micromachismos? Pues esos detalles cotidianos de los que las feministas nos quejamos y al hacerlo somos tachadas de pesadas o recibimos miradas condescendientes, que antes me ponían de muy mal humor y ahora he aprendido a gestionar, aunque me siguen molestando.

Imagínate una pirámide. Esa pirámide representa el machismo. En su cima se encuentran la violencia y los asesinatos machistas. Justo debajo, las agresiones sexuales. Un poco más abajo, las discriminaciones laborales, la falta de representación en medios de comunicación, en la cultura... Pues bien, en la parte inferior de esta pirámide repulsiva en cuya cima está la muerte, se encuentran los micromachismos, sosteniéndola.

El término fue acuñado en 1991 por el psicoterapeuta Luis Bonino Méndez, que lo describe como «una práctica de violencia en la vida cotidiana que es tan sutil que pasa desapercibida, pero que refleja y perpetúa las actitudes machistas y la desigualdad de género».

Son prácticas que además están totalmente naturalizadas y legitimadas social y culturalmente, de ahí que pasen desapercibidas.

Te pongo algunos ejemplos de micromachismos cotidianos.

Los piropos callejeros

¿Por qué cuando vamos solas o con amigas andando por la calle hay quien se cree con la libertad de darnos su opinión sobre nuestro cuerpo sin que se la hayamos pedido? Y hago hincapié en lo de solas o con amigas porque no es casual que eso solo pase cuando no vamos acompañadas de un hombre. A mí nunca me han lanzado un piropo estando con un hombre; en cambio, he recibido cientos (unos de peor gusto que otros, todos innecesarios) yendo sola o con amigas.

Esto es porque en el subconsciente patriarcal nuestros cuerpos son como territorios conquistados o por conquistar, y si vamos con un hombre, eso significa que ese territorio ya tiene su patriarca, luego no se le lanzan piropos. Tiene dueño y al dueño sí se le respeta.

Pues no, no somos territorios, no tenemos dueño y la presencia de un hombre no debería cambiar nuestra experiencia en la vida o un paseo por la calle. Si eres hombre y estás leyendo esto, te cuento un secreto: no queremos tu opinión, queremos tu respeto.

Que nos abran la puerta y nos cedan el paso es un micromachismo disfrazado de caballerosidad, la cual es también una actitud machista

Me voy a detener en este punto, que es muy sencillo, pero siempre genera debate. Aquí es cuando muchos dicen «a ver si ahora no voy a poder ser caballeroso con una mujer», como si eso fuera una gran pérdida, ese gran derecho irrenunciable, pobre. Bien, tranquilidad, no se trata de que dejes de ser educado o detallista con otras personas, pero ¿por qué se es caballeroso solo con mujeres? Al abrirnos la puerta solo a nosotras, al dejarnos la chaqueta solo a nosotras, se nos está dando un trato paternalista a nosotras, como si hubiera que protegernos, cuidarnos... No queremos protección, con respeto y trato igualitario nos basta.

Pensemos una cosa más, ¿cuál es el término femenino de *caballerosidad*? Um... El femenino de *caballero* es *dama*. ¿Y qué se supone que hace una dama? ¿Dejar que la rescaten, quizá?

Así que desde aquí propongo, como acto microfeminista, que seamos las mujeres las que dejemos paso a los hombres y les abramos la puerta. A ver qué sucede.

Otro micromachismo clásico es que las mujeres paguemos menos en las discotecas y otra respuesta clásica es: «De eso no os quejáis, ¿eh?»

Aquí dejo mi queja por escrito. Que nosotras paguemos menos en las discotecas es tratarnos como ganado, como carne, que haya oferta de carne en el interior garantiza que haya demanda. No queremos ser un reclamo.

A quienes gestionáis discotecas, os animo a que eliminéis esta discriminación. Y a las chicas os propongo que os neguéis a pagar menos por entrar en una disco, o bien que cambiéis de disco y vayáis a una que proponga desde la entrada un trato igualitario a hombres y mujeres.

¿Señora o señorita? ¿Señor o... señor?

Con esto me encontré hace poco al comprar un billete de avión por Internet. A nosotras se nos da a elegir entre *señora* y *señorita*, pero para ellos solo hay una opción: *señor*. Es decir, que ellos son siempre *señores*. Una vez más, nos encontramos con un trato paternalista. ¿Cuándo debemos marcar la casilla de *señora*? ¿Cuando estamos casadas? Es decir, ¿sin un hombre somos menores de edad o cómo va?

La bebida light siempre es para nosotras

Si estamos en un bar con un hombre y hemos pedido una bebida *light* y una cerveza o un vino, otro clásico es que la bebida *light* sea para nosotras. A mí me ha pasado y no, no había pedido la bebida *light*. Esto lanza el mensaje de que las mujeres somos las que hacemos dieta y ellos son los que beben alcohol.

Las preguntas técnicas, para ellos

Un micromachismo que viví varias veces cuando buscaba financiación para mi primera peli como directora es que, en las reuniones a las que iba acompañada por uno o dos de mis productores (que eran hombres), las preguntas técnicas se las hacían a ellos en lugar de a mí. A lo que ellos respondían: «Eso mejor que te lo aclare la directora», o sea, yo, que estaba justo al lado.

Los libros de texto todavía están plagados de micromachismos

Un ejemplo es que, al estudiar las profesiones, todavía se presentan como femeninas la enfermería, el secretariado o la docencia, y como masculinas la abogacía, la ingeniería o la cirugía.

Durante los últimos Juegos Olímpicos la prensa sufrió una plaga de micromachismos en masa

Titulares que hacían referencia a las virtudes de los entrenadores cuando era una mujer deportista la que había ganado. Artículos dedicados a analizar las faldas que llevaban las tenistas, pasando olímpicamente, nunca mejor dicho, de los atuendos que lucían ellos. Titulares como «Deportistas que, además de guapas, son grandes atletas» o frases como que una nadadora que atesora quince títulos mundiales y ha batido varios récords «es tan buena porque nada como un hombre». No es un *fake*, es real.

Y, cómo no, listas de «buenorras que ganan medallas». Todo real. En fin.

Lo micro se convierte en macro, así que no hay que dejarlo pasar.

¿Sientes el miedo al cambio?

Abrazar el feminismo implica ser valiente.

Si eres hombre, tendrás que ser valiente para aceptar que tienes ciertos privilegios por el mero hecho de ser eso, hombre. Una vez aceptado, que ya es un grandísimo paso, tendrás que ser doblemente valiente para renunciar a ellos.

Es difícil, lo sé. ¡Ánimo, valiente!

Si eres mujer, tendrás que ser valiente para darte cuenta de que muchas de las cosas que has aceptado como naturales o normales no lo son, sino que son fruto de una educación machista. Te sentirás engañada, te enfadarás contigo misma por haber aceptado construcciones culturales como verdades universales, sentirás que has sido y eres cómplice del patriarcado. En algunas ocasiones te sentirás frustrada, ver el techo de cristal duele, pero poco a poco todo irá mejor, créeme. Cada vez serás más consciente y más libre.

Ser feminista implica para mujeres y para hombres empezar a mirar la realidad a través de un nuevo cristal. De ahí la expresión *ponerse las gafas del feminismo*. Al ponerte las gafas, te estarás atreviendo a observar la vida desde otra perspectiva, mucho más crítica con la sociedad de la que formas parte. También descubrirás machismos que tienes integrados en tu personalidad, querrás quitarte las gafas varias veces, pero ¿sabes qué pasa? Que una vez que te las pones, ya no hay vuelta atrás.

Todo esto implica un cambio de perspectiva, una resignificación de la realidad, y con ello, un cambio de valores y a la larga también cambios en tu vida. Y estarás de acuerdo conmigo en que el cambio, así, en general, nos da un poquito de miedo (por lo menos a mí).

Así que, llegado este punto, solo puedo decirte que, si le tienes miedo al cambio y no quieres enfrentarte a él, dejes de leer este libro y se lo pases a una amiga o a un amigo. Si, por el contrario, quieres enfrentarte a ese miedo y salir de tu zona de confort, sigue leyendo este libro, y luego otro y luego otro y otro. Al final de este, te recomiendo unos cuantos.

Mi primer miedo al cambio: el cambio de instituto

¿Cuánto rato puede aguantar una persona sin respirar? En las pelis llega un momento en que la víctima pierde el conocimiento y cuando la escena de acción ya ha terminado, vuelve en sí. Yo nunca me he desmayado ni he perdido la conciencia, pero creo que, si esta situación dura mucho más, sabré qué se siente. A ver: voy a intentar coger aire. Nada. Además, mis pies no tocan el suelo.

El chico que me tiene agarrada del cuello lleva gafas de pasta y tiene acné. Estamos en el pasillo que lleva de las clases de séptimo de EGB a las escaleras que unen todos los pisos. He salido de clase de mates para ir al baño y de repente me he encontrado protagonizando la escena de una peli de Schwarzenegger, solo que el chico de las gafas no se llama Arnold y no será en un futuro gobernador de California. Pero fijo que Arnold Schwarzenegger tuvo mogollón de acné en su adolescencia.

El chico de las gafas de pasta cuyo nombre no recuerdo y yo nos miramos a los ojos. Él tampoco parece entender muy bien lo que está pasando. Además, como no hay nadie mirando, nadie le aplaude y este momento tan particular pierde épica. ¿Una peli que nadie ve? ¿Para qué? ¿Un acoso sin que la manada te aplauda? ¿Cuál es la gracia?

Le miro, me mira. Me suelta. Quiero preguntarle por qué ha hecho eso, pero no me sale la voz y, seamos sinceras, tampoco quiero cagarla ahora que me ha soltado. Nos quedamos un microsegundo sin saber qué hacer. Imagino que ya me puedo ir, pero él no se mueve. Bueno, calma, el aire ya circula por mis pulmones, por lo menos puedo respirar hasta nuevo aviso.

¡Riiing! Salvados por la campana. La gente empieza a salir de clase. El chico de las gafas de pasta se aleja, me mira desde lejos, entre la gente. Ninguno de los dos sabe muy bien qué ha ocurrido, pero tengo la sensación de que no se volverá a repetir.

• • •

Vivo en el Clot, pero voy al cole en la otra punta de Barcelona. Mi madre me lleva en coche cada día antes de ir a trabajar. A mí me da rabia, me gustaría que me dejara ir sola para sentirme mayor, pero a ella le da cosa y yo tengo doce años. No hay mucho más que añadir.

Son las siete y cuarenta y cinco. La gente está entrando por el patio. Celso, el conserje, me mira preocupado al bajar del coche. Celso me cae superbién, voy a preguntarle qué le pasa.

—¡Venga, para adentro!

—¿Qué pasa, Celso?

—Que son menos cuarto, es la hora, corre, corre.

¿Por qué quiere que corra, si voy sobrada de tiempo? Me vuelvo y veo a unas compañeras de clase mirando la pared de la entrada. Me ven, apartan la mirada, disimulan y entran al patio. Miro la pared y me encuentro con mi nombre y apellido, escritos a rotu tamaño gigante en el cemento, acompañados por mi número de teléfono, el dibujo de un pene gigante y el siguiente texto: «Si quieres que te la chupen, llama aquí».

Lo primero que hago es comprobar que mi madre no lo haya visto. En efecto, no lo ha hecho, me alegro. Lo segundo que hago es pensar que nadie se va a tomar en serio esto y en realidad nadie va a llamar.

Me cruzo de nuevo con la mirada angustiada de Celso.

—Venga, tira *pa* dentro que yo lo limpio.

El gesto tierno de Celso me da ganas de llorar, pero no lo hago.

• • •

La hora del recreo está terminando. Estoy con la chica nueva, que ha entrado con el curso empezado, Marina. No sabe que por ser mi amiga igual acaban metiéndose también con ella, tal vez debería contárselo, aunque tampoco es algo seguro al cien por cien. De momento le cuento cuáles son los profes más majos y las manías de cada uno y me ofrezco a dejarle todos mis apuntes.

Vamos hacia la zona cubierta del patio, hay que pasar por ahí para ir a clase. Como siempre, hay atasco porque solo hay una puerta, pero hoy más porque alguien se ha olvidado de abrirla para que podamos subir. Esto, en lugar de un cole, parece la entrada a un concierto de Take That.

—El de dibujo es el que parece más antipático, pero si le haces preguntas se vuelve majo. Yo el otro día le pregunté por el origen de los Rotring y...

Recibo un empujón por detrás. No pasa nada, estoy acostumbrada. Sigo hablando, no quiero que Marina se agobie, pero por el rabillo del ojo veo a David, Jordi y dos chicos más cotilleando. Algo traman. Qué rabia, cuando van juntos es peor.

—... Y estuvo cinco minutos explicándome la historia de los Rotring y hablándome de una escuela de diseño alemana que se llama Bauhaus.

—¿Como las neveras?

—¡Yo pensé lo mismo! ¿Eso no es una marca de neveras?

Jordi se me tira encima otra vez. Como hay mucha gente parece que es fruto de la aglomeración, pero no lo es. Solo espero que Marina no se dé cuenta. Que venga, me empuje y me deje. Pero este empujón es distinto. He notado una presión en la entrepierna. ¿Cómo? ¿Jordi me acaba de tocar ahí? ¿Me acaban de tocar ahí por primera vez? Ha sido muy rápido, ni siquiera sensual. Ha sido más bien como si jugara a los cromos entre mis dos ingles. Qué raro. A los cromos se juega en el suelo o en una mesa.

Marina me sigue hablando, pero no la escucho, estoy reproduciendo en mi cabeza la sensación extraña de tener una mano ajena ahí. Ha sido desagradable, pero en realidad ya no está pasando, así que no tengo por qué darle más vueltas. Espera, ¿qué me ha dicho Marina?

—Y por eso mis padres han decidido quedarse en Barcelona.

Disimula, Leti.

—Barcelona es una ciudad muy bonita, a mí me encanta.

—Oye, ¿siempre se hace tanto atasco para entrar?

Voy a contestar a la que espero que sea mi nueva amiga, pero recibo otro empujón, esta vez más fuerte. Jordi me arrastra un metro y... ¡Au! ¿Y esto? Jordi ha confundido mis tetas con las bolas esas que se aprietan para aliviar el estrés. Mi madre tiene unas, se las regalaron en el amigo invisible del trabajo. Yo las uso a veces. Y siendo bolas inertes, no las aprieto tanto como ha hecho Jordi con mis pechos: me ha hecho daño. Que se compre unas bolas de esas, si se quiere relajar.

Ya sabía yo que estas dos protuberancias que me han salido este verano me iban a traer algún disgusto.

. . .

Estuve sufriendo acoso escolar durante dos años y medio. Mi madre me propuso cambiarme de cole varias veces, pero yo no quería, le tenía miedo al cambio. Prefería malo conocido que bueno por conocer. ¿Y si me cambiaba y era peor? Además, en este cole tenía una mejor amiga (luego profundizamos en ese concepto). ¿Y si en el nuevo cole no tenía ninguna? Me agarraba a lo conocido, pese a que me hiciera daño.

. . .

Pero lo que quiero compartir aquí es cómo me he ido dando cuenta con el tiempo, y sobre todo al ponerme las gafas feministas, de que ese *bullying* estaba cargado de machismo. En mi mismo curso se metían con otro chaval, un chico con una discapacidad intelectual al que yo a menudo defendía (sí, encima yo iba de justiciera, esto es así), y a él nunca le metieron mano, ni pintaron su teléfono en las paredes anunciando que podría realizar prácticas sexuales a buen precio. A él le pegaban, le insultaban o le escupían. Esas tres cosas también me las hacían a mí; por cierto, que te escupan es asqueroso y humillante. Pero en mi caso, había un acoso extra por ser mujer, una muestra de poder que se ejercía a través de mi cuerpo, mi genitalidad y mi sexualidad.

Hoy no les guardo rencor a quienes se metían conmigo. Lo que me ocurre es que a veces, cuando voy sola en el metro y veo un grupo de adolescentes con bomber y pantalones pitillo, me asusto un poco y me siento pequeña. Entonces dejo que la mujer adulta que ahora soy, empoderada gracias al feminismo, se comunique con la adolescente asustada que era entonces y eso me reconforta.

Estoy pensando algo... ¿Te imaginas que alguna de las personas que me hizo *bullying* está leyendo esto? Si es así: «Hola, me dirijo a ti, que sepas que no te guardo rencor. He asimilado esa fase de mi vida como parte de mí, y el yo que soy ahora está bien. Entiéndeme, tampoco te voy a dar las gracias o... quizá sí, porque lo que viví me ha hecho la persona que soy y, oye, esa persona no está mal».

También he comprendido que el grupo de chavales que se metían conmigo estaban construyendo su masculinidad (evidentemente patriarcal). De ahí que fueran agresivos y desagradables cuando iban en manada. Y en cambio, en el trato directo me parecieran incluso majos. Las dos chicas que los animaban y acompañaban estaban también jugando el rol de *mujer* que les habían contado: por un lado, buscar el agrado y la aprobación del género masculino y, por otro, esa idea que aparece tanto en los cuentos, ese tan rancio, falso y malintencionado mito de que las mujeres nos odiamos entre nosotras.

El mito de la mejor amiga

Durante los años de *bullying* tuve dos mejores amigas. Primero una y luego otra, porque lo de las dos a la vez por algún extraño motivo no podía ser. Podías tener tantas amigas como quisieras, pero solo una debía alzarse con el título de «tu mejor amiga». ¿Te suena?

Todas las niñas de mi clase tenían una mejor amiga. De hecho, si la tenías o no y quién era eran preguntas recurrentes entre nosotras y una expresión que leíamos en las revistas para preadolescentes que nos comprábamos y con las que jugábamos a sentirnos mayores rellenando test sobre feminidad, amistad y sexo (sin tener ni idea de lo que era).

Test y artículos con títulos parecidos a estos. Ojo, no son inventados, están sacados de revistas reales, pero no de los noventa, sino de A-HO-RA.

«¿Qué tipo de mejor amiga eres?»

«¿Es de verdad tu mejor amiga?»

«¿Qué modelo podría ser tu mejor amiga?»

«¿Qué hacer cuando a tu mejor amiga y a ti os gusta el mismo chico?»

Y así fuimos socializadas las niñas, con el mito de la mejor amiga en nuestro imaginario. Era algo ineludible, te lo decían las pelis, las revistas y la tele. Hasta hace poco Paris Hilton tenía un programa sobre el tema: *My BFF, My Best Friend Forever* [*Mi mejor amiga para siempre*].

Cada una de nosotras, como niñas, podíamos entregar un título de mejor amiga a otra niña. Recuerdo como algo terrible tener que pasar por ese momento de decidir quién ostentaba el título. Pero todavía peor era vivir con la presión de conseguir uno. Una vez conseguido, ¿qué pasaba si te enfadabas con tu mejor amiga? Pues que estabas perdida, sola en el mundo. Sobre todo, en mi caso.

Y es que el mito de la mejor amiga tiene cierto paralelismo con el mito del amor romántico: tiene que ser para siempre, no puedes vivir sin él (o sin ella), es algo incomparable con nada que hayas sentido antes, y es posesivo y celoso. Si no, no es amor/amistad de verdad, y si se acaba, es el fin del mundo.

Si encontrabas a otra niña que te caía bien, con la que querías jugar o quedar para escuchar música y hablar..., ¿qué? Pues entrabas en terreno pantanoso, el título de la mejor amiga era exclusivo, su valor era tan inmenso que aceptar otro significaba minusvalorar el que ya tenías y por lo tanto ser una «mala mejor amiga», lo cual te invalidaba como receptora del título. ¡Qué horror y qué estrés!

Yo viví la dolorosa transición de pasar de una mejor amiga a otra. Viví los celos, el miedo a que se enterase de que a veces llamaba a la otra por teléfono, el miedo a que no se sintiera la más especial del mundo porque hubiera otra chica con la que también me lo pasaba bien... Además,

con el *bullying* de por medio, tenía que valorar a mi mejor amiga todavía más, porque ella se atrevía a desafiar el orden establecido por «los guais» de clase.

La transición fue dura; durante un tiempo fuimos mejores amigas las tres. Parecía que rompíamos con un mito antiguo para escribir otro nuevo, pero la presión social pudo con nosotras. La gente nos decía: «Sí, sí, sois amigas las tres, pero ¿quién es la mejor amiga de quién?». Yo propuse hacerlo de manera circular, es decir: yo sería la mejor amiga de Marina, pero Aina sería mi mejor amiga, mientras que Marina sería la mejor amiga de Aina y... ya me he liado.

Al final, Aina no pudo con la presión y se buscó una mejor amiga en exclusiva, como debía ser.

Nos escribimos cartas para despedirnos, yo lloré leyéndolas, ella imagino que también. Vamos, un drama, pero sobre todo un drama innecesario.

Los chicos, en cambio, estaban libres de ese mito (con algunas excepciones), pero en general iban en pandilla y nadie les preguntaba quién era su mejor amigo y en lugar de pensar que los test de las revistas eran lo que les tocaba hacer (no había revistas PARA CHICOS), el sistema les enseñaba que el fútbol era lo suyo (y el fútbol es un deporte que se juega en equipo).

Nosotras también hacíamos pandilla, pero con el mito de la mejor amiga rondando, y os digo una cosa: no quiero una mejor amiga, quiero varias, las quiero todas.

La sororidad

Las mujeres ponen mayor empeño en mejorar sus relaciones con los hombres, pero lo más importante es cambiar las relaciones entre mujeres.

KATE MILLET

El término *sororidad* hace referencia a la hermandad entre mujeres, a un compañerismo consciente y activo en el que nos reconocemos unas a otras como sujetos políticos que formamos parte del mismo grupo social, ese que viene marcado por el género MUJER.

Pero, claro, la sororidad es algo que no nos han inculcado desde la cultura patriarcal. Más bien lo contrario, la han demonizado. No solo hemos crecido con el mito de la mejor amiga, el sistema ha pulido otro para nosotras, que se resume en estas frases que seguro te sonarán: «Las mujeres os tenéis envidia», «Os dais la vuelta y os criticáis», «No podéis trabajar juntas», «Siempre acabáis discutiendo por un tío o por quién es la más guapa». Uy, espera, eso me suena... Blancanieves y la madrastra.

Parece una tontería, pero crecer con cuentos e historias en los que las mujeres somos envidiosas, no tenemos amigas y solo pensamos en enamorarnos afecta a nuestra visión del mundo, a nuestras relaciones y a nuestra propia construcción como seres humanos.

Si te cuesta creerlo, hagamos un inciso. Apliquemos la misma reflexión, pero en lugar de tomar como ejemplo las relaciones entre mujeres, tomemos el uso del tabaco en las películas.

Con la llegada del cine negro y esas imágenes hipnóticas en blanco y negro de estrellas de cine fumando a contraluz, rodeadas de un humo que las dotaba de misterio y personalidad, el consumo de tabaco se disparó en Estados Unidos y las tabacaleras estaban encantadas. Es más, en las décadas de los treinta, cuarenta y cincuenta, los grandes estudios firmaron acuerdos con las compañías tabacaleras para que actores como Clark Gable, Marlene Dietrich, Barbara Stanwyck o Humphrey Bogart fumaran en sus películas. Todo el mundo quería parecerse a las estrellas, todo el mundo quería fumar.

En cambio, en la actualidad, ahora que toda la sociedad conoce las maldades del tabaco sobre nuestros cuerpos, las autoridades norteamericanas han trabajado para erradicar la presencia del tabaco en el cine. La Motion Picture Association of America (MPAA), institución encargada de otorgar clasificaciones morales a las películas, está castigando con la calificación «R» (*restricted*) los filmes con personajes que consumen tabaco.

¿Tú crees que las empresas tabacaleras hubieran invertido cientos de miles de euros si no estuvieran seguras de que el cine y su épica hacen que nos queramos parecer a aquello que vemos en la pantalla?

Pues con las princesas, los príncipes y las dinámicas y relaciones de poder que se establecen en las películas, cuentos y obras de teatro pasa lo mismo. Tendemos a querer parecernos a

aquello que vemos en las historias.

Si hago un repaso de los cuentos que han moldeado mi subjetividad y mi imaginario durante la infancia, en todos ellos las mujeres no van en piña, no hacen grupito, en la mayoría ni siquiera hablan entre ellas. Pienso en Blancanieves (enfrentada por el mito de la belleza a su madrastra, que cuando escapa se dedica a las labores del hogar de los siete enanitos, ¡qué suerte!), la Sirenita (cuyo único amigo es un cangrejo), la Bella Durmiente (que no despertará hasta que un príncipe azul la bese o dormirá durante toda la eternidad, vaya plan de cuento, ¿no?), Cenicienta (enfrentada a sus hermanastras), etc.

Por suerte, hoy también están las Supernenas, historias como *Frozen* y una nueva ola de cuentos infantiles que fomentan la igualdad, la diversidad y la sororidad. Te sugiero algunos títulos: *Rosa Caramelo*, *Malena Ballena*, *Mercedes quiere ser bombera*, *La peluca de Luca*, *Eloísa y los bichos*, *¿Hay algo más aburrido que ser una princesa rosa?*, *La princesa que quería escribir*, *Ricitos de Oso*...

Por otro lado, tengo que confesar que yo fui de las que sentía envidia por las chicas que decían: «Yo es que tengo muchos amigos tíos». Me parecían las más enrolladas, las más modernas, las más interesantes. Yo quería ser ellas, pero suficiente tenía con cuidar el título de la mejor amiga.

Luego, gracias al feminismo, descubrí la SORORIDAD y eso me cambió la vida. Te lo juro, la hizo más rica, mejor y mucho más divertida.

Las mujeres, al igual que los hombres, somos diversas y en cada una de nosotras hay muchas cosas que nos hacen distintas y nos separan, pero hay una que nos une y que atraviesa todas las etapas de nuestra vida y prácticamente todos los ámbitos: la experiencia de ser mujer en un mundo patriarcal. Eso, compañeras, puede y debe unirnos.

Todas hemos pasado por situaciones o sensaciones parecidas, de miedo o discriminación. Compartirlas nos hace más fuertes y nos ayuda a sentir que no estamos solas y que no estamos locas.

Lo que pasa es que hemos crecido con relatos que nos hacían creer que éramos enemigas (aunque tuviéramos amigas), nos han enseñado a desconfiar entre nosotras, a tenernos celos. Pues bien, la sororidad va de todo lo contrario, va de empatía, de hermandad, de solidaridad y de apoyo mutuo, de reforzarnos entre nosotras. Compartamos lo que nos pasa, hablemos, generemos lazos de confianza.

Si el feminismo es una práctica activa y solo con decir «soy feminista porque creo en la igualdad» no te conviertes en feminista, con la sororidad pasa un poco lo mismo, también es una práctica del día a día.

He aquí unos cuantos ejemplos de cómo ponerla en práctica; si se te ocurren más —seguro que sí—, te animo a que los compartas en redes sociales o con amigas, alcemos la voz:

1. Cuando te sientas insegura por estar con una mujer que consideras más guapa que tú, recuerda que la belleza es un mito cultural y una exigencia del patriarcado, y que seguramente esa mujer está atravesada, al igual que tú, por miles de complejos al intentar conseguir ese mito irreal e insostenible.
2. Cuando te encuentres a ti misma juzgando el cuerpo de otra mujer, con comentarios o pensamientos del tipo «cómo ha engordado», «con los años está peor», «cuánta celulitis, debería hacerse una lipo», «tendría que pasar por el tinte», «no se cuida nada»..., piensa que en el fondo te estás juzgando a ti misma y estás reforzando las cadenas invisibles que tanto nos pesan a todas.

3. Por el contrario, cuando te parezca que una mujer va demasiado maquillada o arreglada o ha pasado demasiado por el quirófano, recuerda que es libre de hacer lo que quiera con su cuerpo y su rostro, y una vez más, que a ella también la oprimen las exigencias patriarcales, como a ti, como a todas. No seas tú la que la juzgue por su aspecto.
4. Cuando en una reunión de trabajo o con amigos sientas que a una compañera no se la deja hablar o se le corta constantemente, di que te interesa mucho su punto de vista y que quieres que lo desarrolle. Reforzando la voz de una mujer, refuerzas un poco la de todas.
5. Cuando una mujer te cuente que un tío la ha hecho sentir incómoda o la ha violentado, no le preguntes qué ha hecho ella para que él se ponga así, escúchala y cógele la mano.
6. Cuando te sientas tentada de juzgar a una mujer porque lleva un escotazo o porque va vestida mostrando su sensualidad sin pudor, celebra que se sienta libre de hacerlo y reivindica el derecho a que no tenga que aguantar comentarios sobre su cuerpo por la calle por ir vestida como le dé la gana.
7. Cuando una mujer en una posición de poder te parezca mandona, párate a pensar si, en lugar de ser mandona, está básicamente haciendo su trabajo con asertividad.
8. Cuando una mujer en una posición de poder te parezca agresiva, intenta empatizar con el hecho de que seguramente le ha costado más que a un hombre llegar a donde está y sienta una presión extra por el hecho de ser una mujer en un puesto de responsabilidad. Así que acércate a ella y hazle saber que no eres su enemiga, que sois compañeras y que estás ahí para currar en equipo.
9. Cuando alguien sospeche del talento de una compañera tuya y se pregunte con qué jefe se habrá acostado para llegar donde está, contéstale que, si eso ha ocurrido realmente, de quien tenéis que preocuparos es de vuestro jefe, pues estaría utilizando una posición de poder para aprovecharse de alguien que lo único que quiere es un trabajo, y podría estar cometiendo un delito de acoso laboral. Y puedes añadir también que estamos en 2018 y que ya va siendo hora de aceptar la libertad sexual de las mujeres, que somos libres de acostarnos con quien nos dé la gana y por el motivo que nos dé la gana.
10. Cuando mires a los ojos a otra mujer, reconócelte en ella.

Toda esa energía que nos han dicho que teníamos que invertir para competir entre nosotras y juzgarnos como si fuéramos las hermanas de Cenicienta, podemos invertirla en estrechar los lazos que ya existen y crear otros nuevos.

Yo estoy en ello y te aseguro que está siendo un viaje tan enriquecedor como liberador, y además me estoy riendo muchísimo por el camino.

¡Somos la mitad del mundo, juntas el futuro es nuestro!

• • •

Si eres hombre y estás leyendo esto, no te sientas atacado ni nervioso, que nosotras estrechemos lazos no tiene nada que ver contigo ni con nuestra relación con los hombres, es algo independiente, algo nuestro. Igual que existe el compadreo (del latín *pater*, «padre») también existe la sororidad (del latín *soror*, «hermana»).

¿Te ves gorda?

Una consecuencia del amor propio femenino es que la mujer crece convencida de su valor social. Si le gusta su feminidad, luchará por sus derechos.

NAOMI WOLF

A causa del estrés que me producía el *bullying*, perdí quince kilos. Con catorce años y quince kilos menos en mi cuerpo, ¿qué creyó todo el mundo? Pues que tenía anorexia. Eran los años noventa y la imagen de Kate Moss fotografiada por Mario Testino para una conocida marca de ropa daba la vuelta al mundo, convirtiendo su delgadísimo cuerpo y su mirada perdida en referente y modelo a seguir.

Una vez más, los patrones de los cuerpos de las mujeres no eran diversos y venían marcados por la publicidad.

Cabe abrir un paréntesis para señalar que aún hoy, según los datos que baraja la Fundación ABB, dedicada a la prevención de trastornos alimentarios, el 65 por ciento de los adolescentes españoles no se sienten satisfechos con su propio cuerpo.

Pero volvamos a los noventa.

En las consultas de los médicos había cada vez más casos de niñas con ese problema. Además, yo tenía el perfil, pues solían ser niñas responsables y que sacaban buenas notas, o eso me dijeron.

Recuerdo la visita al médico.

Estoy tumbada en ropa interior en la camilla. Hace cuatro meses que no me viene la regla y eso es un mal síntoma. Ahora que les había pillado el truco a las compresas, resulta que me deja de venir. Es curioso, porque hace un año y medio, cuando me vino por primera vez, toda mi familia lo celebró con un «ya eres mujer». Me pregunto si sigo siéndolo ahora que no la tengo.

El doctor Casado me toca el estómago. Me duele muchísimo. Me pregunta si me gusta comer.

—Sí, me encanta, pero cada vez que como me duele la barriga.

—¿Entonces no comes?

—Como hasta que me duele, entonces paro.

—A ver, vamos a la báscula.

En la consulta están mi madre y mi tía. Todo el mundo está muy serio. ¿Qué culpa tendré yo de que me duela el estómago al comer? Ojalá pudiera comerme un plato de pasta sin sentir que tengo un huracán dentro.

Una vez en la báscula, el doctor aprovecha para medirme. ¿Habré crecido? Estoy obsesionada con ser más alta; me han dicho que puedes crecer hasta los dieciocho años. Una señora que nos paró por la calle a mi madre y a mí nos dijo que yo podría ser modelo, pero que

tendríamos que ver cuánto crecía. Supongo que ser modelo mola, todo el día te hacen fotos y sales en las revistas, y le gente te mira en lugar de meterse contigo. Me voy a poner superrecta. No, no he crecido, y no, no llego a los cuarenta kilos de peso.

El doctor me dice que me ponga frente al espejo y me mire. Lo hago. Soy obediente y quiero que me curen.

—Leticia, ¿tú te ves gorda?

¿De verdad me está preguntando esto? Me miro con detenimiento: se me marcan todos los huesos. En los brazos, en las costillas, en las caderas... Y tengo la barriga hinchadísima. No entiendo por qué me hace esta pregunta. Bueno, sí lo entiendo, el doctor cree que me pasa como a Núria, una compañera de clase. Núria no come y ha perdido diez kilos, todo el mundo le dice que está más guapa, pero su mirada es cada vez más triste.

—No.

—¿Y qué ves cuando te miras?

—Mi cuerpo.

Y así, sin comerlo ni beberlo, entró en juego el juicio sobre mi propio cuerpo.

Mi cuerpo, mis pelos y yo

Nuestro cuerpo es nuestro campo de batalla.

BARBARA KRUGER

Esa relación de juicio con mi propio cuerpo sigue latente en mí. Siendo mujer, en esta sociedad que hipersexualiza nuestros cuerpos y los usa como elemento de marketing, es muy difícil escapar de ello. Siendo actriz es prácticamente imposible.

Parece que las mujeres somos nosotras, más un cuerpo que nos acompaña y sobre el que se puede opinar. Ya hemos visto antes como los piropos callejeros son un ejemplo de micromachismo.

Por otra parte, la relación que establecemos con nuestro propio cuerpo se ve afectada por los referentes estéticos que nos rodean, que son insostenibles y nada diversos.

El patrón viene definido por el mito de la belleza: mujer joven, blanca, delgada pero con curvas, que viste sabiendo combinar elegancia y sensualidad, y que tiene una bonita sonrisa. Si no encajas en eso, ¡corre! Pero corre al gimnasio, a comprarte cremas, maquillajes, ropa para arreglar ese drama y al dentista para hacerte un blanqueamiento dental. ¿Qué? ¿Que tienes cincuenta? Lo siento, con las cremas y el *California white* no te bastará.

La escritora Naomi Wolf reflexiona sobre ello en el libro *El mito de la belleza*,¹ superventas internacional publicado en los años noventa. Wolf sugiere que existe una relación perversa entre la liberación de las mujeres y la exigencia de unos ideales de belleza imposibles. El sistema nos viene a decir algo así como «¿te crees libre y empoderada? Pues, hala, ahora te va a tocar ser guapa como yo te diga y te lo diré a través de la publicidad, el cine y la televisión, no tendrás escapatoria y entre manifestación y manifestación feminista, te acabará preocupando más de la cuenta tu imagen en el espejo».

Así es, el mito de la belleza daña nuestra autoestima, nos convierte en mujeres más dóciles, inseguras y frágiles, sometidas a la presión de alcanzar ese ideal, y si no lo alcanzamos, que es lo lógico (el Photoshop todavía no ha llegado a la vida real y los filtros de las cámaras de cine tampoco), nos sentimos culpables y dedicamos tiempo y energía mental a acercarnos al mito todo lo que podamos.

Dice Naomi Wolf: «Una cultura obsesionada con la delgadez femenina no está obsesionada con la belleza de las mujeres, está obsesionada con la obediencia de estas. La dieta es el sedante político más potente en la historia de las mujeres». Y tiene razón.

Nosotras, aunque seamos feministas, peleamos con nuestros propios referentes estéticos y nuestras propias contradicciones. Yo, por ejemplo, cuando me miro en el espejo, si me veo un grano me lo tapo, si me veo ojeras me las tapo, si me veo celulitis pienso que tengo que ir más al gimnasio. ¡Eso sí! He conseguido dejar de odiar las estrías que tengo en el culo y entender que

son rastros de mi paso por la vida. Chicas, que no os engañen, no merece la pena gastar dinero y tiempo en borrar esas líneas de nuestros culos. Además, ¿cuándo nos las vemos? ¡Nunca! Luego no es que nos molesten las estrías, es que nos hace sentir inseguras que otras personas nos las vean. Pues basta, no depositemos nuestra seguridad en la mirada de nadie, la percepción que tenemos de nosotras mismas no puede depender de la mirada de otra persona, sino únicamente de nuestra propia mirada, que tiene que partir de la aceptación, la libertad (eso implica estar libre de referentes estéticos patriarcales) y el amor propio.

Yo, como mujer blanca y delgada, encajo bastante en ese patrón cultural de mujer heteronormativa, pero da igual, precisamente como soy mujer, allí donde voy sigo siendo yo más mi cuerpo y de eso las delgadas tampoco escapamos. Yo he visto fotos mías en algunas revistas con un pie del tipo: «Leticia, más delgada que nunca, es decir, *demasiado*». Esta es otra habitual: «Tras su menuda figura se esconde una mujer de armas tomar».

Una vez más, el relato se construye haciendo referencia a mi cuerpo y luego a todo lo demás. ¿Te imaginas una entrevista a Alejandro Amenábar o Raúl Arévalo que empezara con: «Tras su menuda figura se esconde un hombre de armas tomar»? Yo tampoco.

Con todo esto no estoy diciendo que esté mal querer verse mejor, el problema es que ese «mejor» es el resultado de una serie de referentes estéticos y culturales creados por otros para nosotras. Y digo *otros* porque a lo largo de la historia han sido hombres los que han tenido acceso a la creación. De hecho, hoy, todavía las grandes empresas de cosméticos, de coches o de cine, las que pueden permitirse pagar gigantescas campañas de publicidad y por lo tanto generar referentes aspiracionales, están dirigidas por hombres.

Pero claro, tener a la mitad de la población invirtiendo dinero en cremas antiarrugas, anticelulitis, hidratantes para el pelo y ropa que hay que renovar cada temporada... ¡da mucho dinero! El mito de la belleza es superrentable para algunos.

Como mujer feminista que soy, intento liberarme de todo eso, pero a la vez lo tengo metido tan dentro que no puedo evitar querer encajar en ello. Es decir, (como dice mi amiga Ruth) al quitarme las cadenas, me encuentro con las cicatrices.

Voy a un ejemplo sencillo y aparentemente superficial del mito de la libre elección: la depilación. Sí, me depilo las piernas porque quiero, soy libre de hacerlo o no, pero... ¿es porque quiero o porque me han enseñado que las piernas de mujer con pelos son feas? Nunca lo sabré, porque he crecido viendo las piernas de las mujeres depiladas.

Hace poco hice el experimento personal de estar unos meses sin depilármelas. Cada vez que me las veía me sentía rara, pero pensaba, aguanta, a ver qué pasa. ¿Qué pasaba? Que me encontraba con comentarios del tipo: «Hija, ¿dónde vas con esos pelos? Pareces un tío». A ver, un momento, si tener pelos en las piernas me convierte en tío, entonces en realidad, ¡soy un tío!, porque los pelos me salen ahí de manera natural. Quizá tener pelos en las piernas sea algo humano y no algo que determine nuestro género. Um...

También me decían cosas como «¿te crees más feminista por ir sin depilar?».

Es curioso lo que pueden generar unos pelos en MIS piernas, ¿no? Que alguien llegue a preguntarse cuán feminista me siento. Bueno, me alegro por la preocupación sobre mi nivel de feminismo. No, no me sentía más feminista por ir sin depilar, ni menos feminista por ir depilada, pero sí más consciente de por qué hago las cosas que hago con mi cuerpo, de eso va el feminismo también. Entender que, si mi cuerpo me pertenece, también debo comprender de dónde viene la mirada que poso sobre él.

Así que, tras el período de prueba, decidí volver a depilarme las piernas. ¿Por qué? No por los comentarios, sino porque no me sentía femenina con pelos en las piernas. Aun siendo

consciente de que la masculinidad y la feminidad son construcciones culturales (de eso hablaremos en el siguiente capítulo), esa construcción atraviesa ya mi propio punto de vista.

Por si te interesa, los pelos de las axilas sí llevo un par de años sin depilármelos (si no te interesa, algo que puedo entender perfectamente, puedes pasar al capítulo siguiente). Evidentemente, esto también ha incomodado a varias personas que me lo han hecho saber, tanto hombres como mujeres. A los hombres que me preguntan por qué no me depilo las axilas, les pregunto que por qué no lo hacen ellos. La respuesta que ellos me dan suele ser: hay hombres que sí se las depilan. Pues hala, ya está, según esa afirmación también puede haber mujeres que se depilen y mujeres que no sin que nadie tenga que preguntarles por qué lo hacen, como tampoco se lo preguntan a ellos.

Ojo, a lo mejor cuando se publique este libro he vuelto a depilármelas.

Lo haga o no, sabré el porqué.

Contradicciones de una feminista en la alfombra roja²

Ser una mujer feminista y vivir en la sociedad heteropatriarcal de 2017 implica convivir con la contradicción. Si además te dedicas, como es mi caso, al mundo del cine o la televisión, esa contradicción puede por momentos resultar asfixiante, os cuento por qué.

En diciembre ya empieza el runrún. En febrero son los Goya. ¿Vas a ir? ¿Sabes quién te va a vestir? ¿Das premio? ¿Qué te vas a poner? Enhorabuena por los *spots* de la gala que has dirigido; pero, sobre todo, ¿qué llevarás en la alfombra roja? Yo respondo que no lo sé, que no quiero pensar en ello, improviso que voy a ir con pantalones y zapato plano. Cuando respondo esto, la mirada de mi interlocutor me divierte.

De pronto, una mañana, mientras escucho en la radio una entrevista a un cargo público y reflexiono sobre qué significa exactamente feminizar la política, se cuela en mi pensamiento la pregunta fatal: ¿qué me voy a poner en los Goya?

Así, tal cual.

El humo del café que empaña mis gafas me ayuda a abstraerme y fantasear. Me imagino en la alfombra roja como una femén, entrando con una falda hecha de material reciclado y el torso al aire. Espera, Leti, te falta el mensaje; rebobino en la fantasía, vuelvo a entrar en la alfombra, el mensaje que llevo escrito con rotulador sobre la piel es: «¿Dónde están las directoras?». No, mejor otro, vuelvo a rebobinar; vuelvo a entrar: «Nosotras también contamos la historia». O, tal vez, *rewind*: «El relato cultural también nos pertenece» (eso no me cabe en el pecho). *Rewind*: «Más personajes femeninos protagonistas». *Rewind*: «Tía, no te engañes, no tienes ovarios para esto».

Comiendo con amigas y amigos con quienes a menudo debatimos sobre feminismo, pregunto qué pasaría si fuera fiel a mis fantasías y asustados me responden: «¡NO LO HAGAS!». Su gravedad me hace feliz, me creen capaz de hacerlo.

Les pregunto por qué no debería hacer algo así y me dicen que si lo hago debo asumir las consecuencias; es decir: olvídate de ser actriz y suerte con la financiación de tu próximo proyecto como directora, porque si haces algo así, te quedarás solo con la etiqueta de activista (y puede que con la de desequilibrada).

Me gusta lo de activista, quiero serlo, pero en la pantalla: ahí está mi lucha y también mi pasión y lo que me hace feliz.

Creo firmemente en la importancia del relato cultural para cambiar las cosas, que todo cambio político y social tiene que estar apoyado por un cambio cultural para que cale y perdure.

Por eso pienso que quienes nos dedicamos a contar historias tenemos una responsabilidad que va más allá del entretenimiento. No se trata de adoctrinar, pero sí de analizar qué se visibiliza y cómo. Las mujeres no solo estamos infrarrepresentadas en los cargos de toma de decisiones en la industria del cine, sino también, y sobre todo, en el propio relato. Los datos nos dejan claro que en los guiones aparecemos menos, hablamos menos y somos más jóvenes que nuestros compañeros hombres. Todo esto me preocupa porque ayuda a perpetuar el rol secundario de las mujeres en la sociedad.

Pero la alfombra roja de los Goya, ¿no es otra suerte de relato? ¿No estamos también contando algo? ¿Y qué contamos? Que ellos llevan pantalones y zapatos cómodos y se arreglan en diez minutos y nosotras pasamos por una sesión de maquillaje, más peluquería, más depilación, más vestidazo, más tacón, más complementos..., tiempo extra que podríamos estar dedicando a otras cosas. Porque, a ver, ¿nos maquillamos y arreglamos porque queremos o porque hemos crecido con ese imaginario femenino que ha dibujado el heteropatriarcado para nosotras? Entonces, como mujer feminista, ¿no debería vestir de otra manera distinta a lo que se espera de mi rol de mujer en una alfombra roja?

La respuesta es contradictoria, es sí y es no.

Sí, porque esa imagen está claro que viene de la literatura infantil (y machista) donde nosotras somos princesas etéreas y deseables, y ellos caballeros siempre dispuestos a la acción; y ya sabemos qué tipo de relaciones puede generar en la vida adulta ese imaginario.

Y no, porque nuestra liberación pasa por el hecho de que podamos vestarnos como queramos y nos apetezca, sin que se nos juzgue, sin que eso nos sume o reste credibilidad o capacidad de liderazgo.

¡Qué lío, qué contradicción!

Tengo amigas que se dedican a la moda, con quienes también hablo mucho del poder de la imagen en su campo, para bien y para mal. Así que decido que sean ellas quienes se ocupen de todo mi estilismo. Probamos un solo vestido y a la primera me decido por ese, por un lado, porque no quiero volverme loca probando, pero sobre todo porque es precioso. Así que listo, en una tarde lo tenemos.

El sábado es el día. Una maquilladora estupenda viene a taparme las ojeras perennes y los granos hormonales que pueblan mi barbilla, a ponerme pestañas postizas, sombra de ojos y colorete para resaltar el pómulos y a hacerme un moño muy estudiado para que parezca mal hecho; una paradoja más, por si no tenía suficiente.

Mis contradicciones, mi vestido y yo ponemos rumbo a la alfombra roja. Mientras poso frente a las cámaras pienso en todo esto, en las listas de las mejor vestidas, en toda esa especie de competición mediática que se crea en torno a nuestros estilismos y nuestra supuesta belleza exterior. Pero, si no me gusta esto, ¿qué hago aquí? ¿No será que en el fondo me divierte formar parte de esta locura? Los focos, la magia, la irrealidad..., no lo sé, estoy confusa.

En el arranque de la gala paso al *backstage*, comparto risas, saludos y abrazos, pero no le suelto este rollo a nadie.

Aturdida por unos tacones que todavía no comprendo por qué me he puesto, me siento en un taburete a esperar mi turno como entregadora, mientras veo la gala por una pequeña tele. Y entonces sale ella, Ana Belén, con elegancia y serenidad recoge su merecido Goya de Honor y pronuncia el primer discurso feminista de la noche. Lo hace también subida a unos tacones y con vestido de alta costura y nada de eso mengua la fuerza de sus palabras, tan necesarias, tan bien dichas, tan llenas de verdad.

Ahí, viendo a esa artista llenar el escenario de forma gloriosa, me perdono a mí misma mis propias contradicciones y entiendo que todo este foco se puede utilizar para bien.

Me vengo arriba, dejo de juzgarme y me levanto a aplaudir.

Al rato me toca. Voy a entregar un Goya con mi amigo Manuel Burque. Camino al escenario le digo que antes de que él pronuncie la frase: «Las nominadas son...» quiero darle las gracias a Ana Belén y apoyar su discurso públicamente. A Burque le parece estupendo. Vamos.

En la oscuridad de los bastidores *microfonan* a Manuel. ¿Y yo? ¿Qué pasa? ¿A mí no me ponéis micro? «No, tú no hablas hasta que paséis al atril a leer el nombre del ganador». Pero «¿y si quiero decir algo al bajar las escaleras?». «Pues no lo dices, hablas cuando estés en el atril, que ahí sí hay micro.» Pero claro, pienso yo, ahí ya no toca decir nada, eso sería robar foco a las nominadas. «¿De verdad no me vais a poner micro?» El estrés entre bambalinas crece, la gala es en directo, nada puede fallar, nos toca enseguida. «Lo siento, no hay tiempo para esto y con el vestido que llevas, ahora mismo es imposible.»

Me quedo muda. Muda televisivamente. Bajo las escaleras. Me planto en medio del escenario sabiendo que por mucho que hable, nadie me va a oír. Estoy desconcentrada, vuelven las preguntas internas. ¿Llevar vestido me ha dejado sin voz? Siento rabia por dentro y ya en el atril y con micro delante, leo mal el título de la peli ganadora, aunque casi nadie se da cuenta o eso creo.

Ya veis, en un giro inesperado, la contradicción ha reaparecido. Va a ser que no puedo deshacerme de ella y que tendré que aprender a convivir con esa sensación para que no se transforme en culpa, porque eso no, amigas, de culpa nada. Faltaría más.

Asumir los claroscuros y paradojas de mi propio feminismo va a ser mi nuevo reto personal, un reto hacia la libertad.

Os veo allí.

Género, sexo y orientación sexual no son lo mismo

Por un mundo en el que seamos socialmente iguales, humanamente diferentes y totalmente libres.

ROSA LUXEMBURGO

A quien lee:

¿Eres mujer? En caso afirmativo, ¿llevas agujeros en las orejas? Yo sí. ¿Naciste con ellos? Yo no. ¿Te los hicieron nada más nacer? A mí también. ¿Eres hombre? En caso afirmativo, ¿a ti te hicieron agujeros en las orejas con días de vida? A mis amigos tampoco.

Sí, ahora cada vez hay más excepciones, pero la regla cultural sigue siendo esta.

Nada más nacer, la sociedad nos marca según nuestro sexo biológico: a las niñas se les suelen hacer agujeros en las orejas y a los niños, no. Nos están marcando cultural y socialmente con diferencias que no tienen que ver con nuestra biología, sino que son de nuevo construcciones culturales y sociales. A nosotras simbólicamente nos están diciendo que necesitaremos complementos y adornos en el futuro, mientras que los niños, tal cual llegaron al mundo, ya están bien. Es simbólico y sutil, pero es así.

Es un gesto que marca el inicio de una serie de estereotipos que nos separan por sexo y definen lo que para la sociedad significa ser hombre y ser mujer, tanto en el nivel estético como, a la larga, en el nivel de los comportamientos o las aspiraciones.

Así, tanto hombres como mujeres perdemos la opción de descubrir por nosotras mismas lo que realmente es ser hombre o ser mujer.

Y es que una cosa es el sexo biológico, otra la orientación sexual y otra la identidad de género.

- El *sexo biológico*, con el que nacemos, tiene que ver con nuestra genitalidad y nuestros cromosomas sexuales. Se venía considerando que existen dos sexos biológicos como realidad objetiva e inmutable, hombre y mujer, pero esa certeza ha sido puesta en cuestión por la existencia de personas intersexuales, que tienen rasgos genitales, hormonales o cromosomáticos variables que no encajan con esa concepción binaria del sexo. (La intersexualidad hace referencia a las personas que nacen con rasgos biológicos tanto masculinos como femeninos.)
- La *orientación sexual* u *orientación del deseo* concierne al patrón de atracción sexual, erótica, emocional o amorosa que sentimos hacia otras personas.

- La *identidad de género* tiene que ver con la construcción del yo, es una construcción interna y subjetiva, y como tal debería ser libre y no estar condicionada por estereotipos ni presiones culturales o sociales.
- La *expresión de género* es tu forma de mostrarte ante el mundo, a través de la ropa, el maquillaje o tu forma de moverte, y es independiente de tu identidad de género.

Es decir, tú y yo tenemos derecho a sentirnos por dentro como queramos, a identificarnos libremente con el género que queramos y a expresarlo al mundo con total libertad. Y partir de ahí crear combinaciones infinitas.

Por ejemplo, tu expresión de género puede ser masculina (te vistes y te mueves como lo que entendemos hoy que es un hombre), pero tu identidad de género puede ser de mujer. ¿Quién tiene derecho a decirte que porque te «vistes como un hombre» no puedes sentirte como una mujer? Nadie. Es más, la expresión e identidad de género y el sexo biológico son independientes de tu orientación sexual. Por ejemplo, una persona puede tener rasgos biológicos masculinos, pero sentirse mujer, sin necesidad de pasar por un proceso de transición de género y que le gusten otras mujeres; una mujer que sí ha pasado por una transición de género puede ser lesbiana o bisexual o lo que sienta; un hombre trans puede ser gay... Lo dicho, las combinaciones son infinitas y libres como personas hay en el mundo y no deberíamos juzgar nunca las identidades, las sexualidades y las expresiones de género de otras personas solo porque no las entendemos. Al contrario, celebremos y fomentemos la libertad.

¡Inventémonos a nosotras mismas!

Queremos que seas más mujer

*Lo que conocemos como femenino en el patriarcado no es lo que las mujeres son o han sido,
sino lo que los hombres han construido para nosotras.*

LUCE IRIGARAY

He quedado para merendar con Carla, mi amiga actriz que se acaba de mudar a Madrid y que cuando te escucha te mira muy fijamente, casi sin pestañear (si no te acuerdas de ella, puedes volver a la página 11).

Carla está muy contenta con su nuevo curro, por fin una serie de emisión nacional. Trabajan muchas horas, pero se lleva muy bien con sus compis de reparto y se sabe afortunada.

Hemos quedado en La Latina para tomar tarta de queso sin azúcar: la que hacen en el Ruda Café nos vuelve locas. Es casera y no empalaga. Yo estoy muy contenta porque me han confirmado una peli con una directora novel para rodar en diciembre. ¡Todo esto hay que celebrarlo!

Al ver a Carla, me doy cuenta de que algo le pasa.

—¿Estás bien?

—Sí. Es que hoy me ha pasado una cosa un poco friki en la serie.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos terminado de grabar una escena y me han pedido desde el departamento de vestuario que fuera a verlas cuando tuviera un hueco en la jornada, porque teníamos que ver algo con calma. Cuando he tenido media hora libre, he ido a verlas. Las he notado un poco incómodas al entrar, no con la alegría de siempre, ¿sabes? Entonces me cuentan que la cadena ya ha visto los capítulos. «¿Ah, sí? ¿Y qué tal? ¡Contadme! ¿Sabéis algo?», les he dicho con ilusión, claro. «Bueno, hay un pequeño, pero solucionable, problema.» Ahí es cuando he pensado que me iban a echar.

—No te han echado, ¿no?

—No.

—Joder, qué susto —digo con tarta de queso en la boca—. Oye, tía, coge o me la voy a comer yo entera.

—Da igual, ahora pedimos otro cacho.

—Bueno, entonces, ¿cuál era el problema de la cadena tras el visionado?

—Mis tetas.

—¿Qué?

—Sí, sí.

—¿Cómo que tus tetas?

—Que tengo pocas.

Carla y yo nos miramos en silencio. Yo trago el trozo de tarta casera, que ahora me sabe un poquito a patriarcado. Abro mucho los ojos al tragar, Carla asiente y coge tarta. Empezamos a comunicarnos por gestos. Yo frunzo mucho las cejas, ella las levanta y además aprieta la boca torciendo el gesto. Yo niego con la cabeza, ella levanta los hombros. ¿Cuánto rato podemos estar así? Parecemos dos mimos de la Rambla.

—Perdona, ¿qué?

—Sí, sí. Las de vestu, pobres, me dicen que no me preocupe porque me han comprado unos sujetadores con relleno. Y les digo: «Pero ¿la decisión ya está tomada? ¿Yo no tengo nada que decir? ¿Me tengo que poner el relleno sí o sí?». Entonces Claudia, que es muy maja y yo creo que lo estaba pasando fatal, me dice: «Bueno, tú piénsatelo, pruébate el suje en el camerino y lo vemos con calma».

—¿Y qué has hecho?

—He ido a mi camerino y por el camino no podía dejar de pensar en esa reunión de altos cargos con traje y corbata viendo atentamente el capítulo de la serie que acaban de producir y en el que han invertido bastante dinero, comentando... ¡el tamaño de mis tetas! En un despacho, tía, hablando del tamaño de mis tetas. No de cómo lo hago o si le doy credibilidad al personaje, ni del guion, ni del ritmo de la serie o la música, yo qué sé... No. Tienes a unos ejecutivos de televisión en un despacho que se han gastado una pasta en un proyecto que va a ver toda España, y lo que comentan tras el visionado es ¡el puto tamaño de mis tetas! Y perdona por lo de puto.

—Nada que perdonar. ¿Tú cómo te has sentido?

—Primero mal, muy mal. He tenido ganas de llorar. Con lo que me estoy currando este personaje, que estoy todo el día estudiando, esforzándome... y solo ven mis tetas. Bueno, más bien, no las ven.

Carla y yo nos reímos dos segundos, quizá tres.

—En eso se fijan ellos, cariño, el público verá lo buena actriz que eres.

—Luego ha venido al camerino Laura, la actriz gallega, ¿sabes quién es?

—Sí.

—Se lo he contado y me he relajado. —Carla se queda pensativa—. Claro que yo a veces me pongo sujetadores con *push up* o con relleno, pero cuando quiero, cuando me apetece a mí. Y no creo que para interpretar el papel de una abogada sea fundamental tener más tetas.

—¿Y a los actores no les han puesto más paquete o algo? —Carla se ríe. La broma no es muy graciosa, pero nos agarramos a un clavo ardiendo—. ¿De qué te ríes? —pregunto.

—Nada, nada. He pensado en el paquete de Juanma, que sabemos que no llama la atención por su tamaño, pero que luego lo maneja muy bien.

—¡Es verdad! No recordaba ese *affaire*, querida. —Pronuncio *affaire* alargando mucho la segunda a, que se pronuncia como una e. *Afeeeeeer*—. No me acordaba.

—Yo sí.

—Ya imagino, ya. Bueno, y ¿qué ha pasado al final?

—Hemos llegado a un acuerdo, qué remedio. De los sujes que me han traído, me he puesto el de menos relleno. Pero lo peor de todo es que cuando me estoy poniendo la ropa, la jefa de vestuario me dice: «Carla, que tú eres guapísima, eso está claro, es solo que ellos quieren que la imagen de la prota sea MÁS MUJER».

—¿Más mujer? —Volvemos a ser dos mimos de la Rambla—. Tronca, voy a pedir otro tozo de tarta.

• • •

Más mujer. ¿Qué es ser más mujer? ¿Hay un tipo de mujer? ¿Somos todas un ente uniforme que encaja en ese patrón? Y sobre todo, ¿quién decide ese patrón de MUJER?

El segundo sexo de Simone de Beauvoir

No se nace mujer, se llega a serlo.

SIMONE DE BEAUVOIR

Creo que este es un buen momento para que nos paremos a hablar de Simone de Beauvoir y su libro *El segundo sexo*.³ Una obra clave en la historia del feminismo.

Simone de Beauvoir fue una escritora, profesora y filósofa francesa defensora de los derechos humanos y feminista, además de una figura clave en la legalización del aborto en Francia. Autora de ensayos y libros de contenido político, social o filosófico, en 1949 publicó *El segundo sexo*.

El libro llegó en un momento en el que la lucha feminista había pasado a un segundo (o tercer) término. Las sufragistas ya habían conseguido el derecho al voto y a una educación básica, así que tras la Segunda Guerra Mundial el feminismo decae hasta que Beauvoir publica *El segundo sexo* y vuelve a remover conciencias.

Beauvoir, como filósofa existencialista, sostiene que no somos una esencia, sino que somos una existencia. No somos esencialmente hombres o esencialmente mujeres o esencialmente nada, somos en tanto que existimos y tomamos decisiones que nos construyen como seres humanos y que marcan un destino y una vida.

Por lo tanto, si se nos priva de la posibilidad de elegir nuestro destino y nuestro día a día, se nos está privando de ese «ser», de ese «existir».

¿Qué es lo que a ella le chirría a partir de esta reflexión existencialista?

Que en ese momento a las mujeres ya se les marca un destino y un tipo de vida y de elecciones desde que nacen: casarse, tener hijos y cuidar del hogar. Al no tener libertad para decidir sobre su destino, se las estaría privando de su estatus humano.

¿Y los hombres? Bueno, los hombres podían casarse o no, sin ingresar por lo segundo en un convento, y podían dedicarse a su carrera profesional tuvieran hijos o no. Las mujeres, si se casaban, que era lo que les enseñaban como el buen camino, tenían que dejar de trabajar.

Una de las afirmaciones más conocidas de Beauvoir es la de «no se nace mujer, se llega a serlo». Seguro que te suena, ¿qué quiere decir exactamente? Pues que la categoría de *mujer* es un constructo social y cultural (la palabra *constructo* es de las que también quedan muy bien en cenas con sobremesa y debate; yo finjo naturalidad cuando la digo, pero en el fondo me siento más lista mientras la pronuncio).

Todo lo que se supone que nos hace mujeres, tener hijos, cuidar de la familia, del hogar, preocuparnos por la belleza y ser coquetas, es algo predeterminado por la cultura y la educación

recibidas. Elecciones preestablecidas que nos cierran los caminos de la rebeldía y la aventura, ensalzando en nosotras un elevado valor del amor, la entrega y los cuidados a los demás.

Um, todo esto me suena, ¿seguro que el libro se publicó hace casi setenta años?

Imagino que vincular mujer con maternidad hace que en el imaginario patriarcal las mujeres de verdad, y por lo tanto deseables, tengan que tener un tamaño de pecho considerable, o tamaño embarazada. Estamos hablando, mínimo, de una talla 90. De ahí que a Carla le dijeran que no parecía lo suficientemente mujer por tener una talla 80 de pecho. Pero es que Carla, con una talla 80 o con una talla 100, sería igual de mujer, ni más ni menos.

Beauvoir reivindica la necesidad de reconquistar nuestra propia identidad específica y bajo nuestros propios criterios, pues hasta el momento, los criterios, los referentes y los relatos habían sido androcentristas y patriarcales.

Insisto, qué bien enfocó el problema Simone y qué pena que todavía ese relato cultural no sea igualitario y no muestre a mujeres diversas, tan diversas como las que existimos en la realidad.

Por cierto, un dato curioso, el Vaticano añadió *El segundo sexo* al *Index librorum prohibitorum*, en español: *Índice de libros prohibidos*. Una lista de publicaciones que la Iglesia católica catalogó como libros perniciosos para la fe y que dejó de renovarse en 1966.

Algunos hombres sabios empeñados en definir a las mujeres

La oposición masculina a la independencia femenina es quizá más interesante que la independencia en sí.
VIRGINIA WOOLF

Cuando Simone de Beauvoir dice que tenemos que reapropiarnos de nuestra identidad a partir de nuestros propios criterios, se refiere a la necesidad urgente de eliminar de nuestra cultura y nuestra memoria, tanto de hombres como de mujeres, afirmaciones y relatos machistas sobre los que se ha construido la sociedad históricamente y sobre los que se ha elaborado la idea de lo que es ser hombre y lo que es ser mujer.

Ha habido muchos hombres sabios y respetados que han invertido tiempo y esfuerzo en describir y desprestigiar al género femenino.

Voy a transcribir aquí algunas de esas afirmaciones, aunque hay muchas más. Cuando las leas entenderás muchas cosas, lo único que no lograrás comprender es por qué no dedicaron todo ese tiempo y ese talento a... yo qué sé, fregar los platos o hacer macramé.

Bueno, quizá es fácil de comprender, puede que lo hicieran por miedo a perder esos privilegios de los que hablábamos antes.

ARISTÓTELES: «La hembra es hembra en virtud de cierta falta de cualidades».

Vale, tío, tomamos nota. Supongo que las que nos faltan son las que a ti te sobran.

PLATÓN: «Doy gracias a Dios por haberme hecho hombre y no mujer».

Aunque viendo los privilegios de los que gozaban, le comprendo.

EURÍPIDES: «Aborrezco a la mujer sabia. Que no viva bajo mi techo la que sepa más que yo y más de lo que le conviene a una mujer».

Tú te lo pierdes, la mujer sabia es mucho más interesante y divertida.

PITÁGORAS: «Hay un principio bueno que ha creado el orden, la luz y al hombre y un principio malo que ha creado el caos, las tinieblas y a la mujer».

¿En serio este es el nivel? Claro, Piti, porque tú lo digas.

FRIEDRICH NIETZSCHE: «¿Vas con una mujer? Pues no olvides tu látigo».

La violencia de género tiene siglos de historia.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU: «La educación de las mujeres debe estar en relación con la de los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos, educarlos cuando niños, cuidarlos cuando mayores, aconsejarlos, consolarlos, hacerles grata y suave la vida son las obligaciones de las mujeres en todos los tiempos, y esto es lo que, desde su niñez, se les debe enseñar».

Vamos, otro que no quería fregar un plato.

MOLIÈRE: «La mujer no necesita escritorio, tinta ni papel. Entre gente de buenas costumbres, el único que debe escribir en casa es el marido».

O sea que, según Molière, mientras tecleo esto (aunque no lo esté haciendo con tinta y papel) estoy desobedeciendo las reglas universales de mi propio género. Gracias, Molière, también tomo nota y no dejaré de ser desobediente.

RAMÓN M.^a DEL VALLE-INCLÁN: «Siempre he creído que la bondad de las mujeres es todavía más efímera que su belleza».

¿Y tú? ¿De belleza y bondad qué tal andabas, cariño?

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA: «Sepa una mujer hilar, coser y echar un remiendo, que no ha menester de saber gramática ni hacer versos».

De verdad, dedícate a tus movidas y deja que las demás nos dediquemos a lo que queramos. ¡Ah! Y tus botones, ya te los coses tú, ¿vale?

SIGMUND FREUD: «El orgasmo vaginal es el natural y propio de mujeres sanas y maduras. El clitoriano es el característico de las desviadas».

¿Sabes qué te digo, querido? Jajajajajajaajajajaja.

¿Cómo os quedáis? Fuerte, ¿verdad? Esto nos hace ver lo arraigada que está la cultura machista, que lleva siglos de pico y pala para mantener el orden social donde las mujeres somos seres subordinados a los hombres.

Masculinidad y feminidad

La construcción patriarcal de la diferencia entre la masculinidad y la feminidad es la diferencia política entre la libertad y el sometimiento.

CAROLE PATEMAN

Antes del cole en el que me hacían *bullying*, fui a un cole de uniforme. Yo tenía diez años y en esa época mis dos objetivos principales en la vida eran:

1. Ser capaz de hacer tres veces seguidas una rueda perfecta.
2. Aguantar más de un minuto haciendo el pino.

¿Qué pasaba? Que los niños llevaban pantalones, pero nosotras falda. Comprenderás que la falda era un impedimento para mis objetivos: no solo se te veían las bragas haciendo el pino y la rueda, sino que, estando boca abajo, la falda te tapaba toda la cara y además de dificultar un poco la respiración, no te permitía ver las caras de tus colegas contando los segundos.

Esto último no tenía solución, pero lo primero, sí. Mis amigas y yo nos poníamos pantalones cortos bajo el uniforme. Lo cual también nos protegía de que se nos vieran las bragas cuando algunos niños jugaban a ese juego no tan inocente de levantarnos la falda.

¿Por qué tienen que ser diferentes los uniformes de niñas y niños? ¿Qué hacen un niño o una niña en el patio o en clase que sea tan distinto? Es más, para jugar, es mucho más cómodo ir con pantalones y las niñas también corren, saltan y juegan.

Los juguetes son otra fuente de educación sexista.

¿Has visto hace poco el catálogo de alguna juguetería? Si puedes, busca uno y échale un ojo. Verás que para las niñas están las cocinas, las muñecas (delgadas, maquilladas y con pelazo) y el color rosa. Mientras que para los niños están los coches, los deportes, los superhéroes y el color azul.

Puedes hacer el mismo ejercicio con la publicidad. En los anuncios de coches, ¿cuántas veces es una mujer la que conduce y cuántas un hombre? O en los anuncios de comida, ¿cuántas veces somos nosotras las que aparecemos en una cocina y cuántas veces son los hombres?

Detalles aparentemente nimios como estos hacen que, a la larga, lo masculino y lo femenino se conviertan en identidades y desarrollos de vida totalmente distintos y, como vivimos en un patriarcado, todo lo vinculado a lo femenino se considera inferior o secundario, mientras que lo masculino deviene el centro, el referente, el modelo. Luego no es lo mismo ser hombre o ser mujer en términos de clase.

Te pongo otro ejemplo sencillo.

Me encantan las islas Baleares, casi cada verano paso unos días por allí. Recuerdo que hace un par de años, estando en una de esas calas donde hay piedras para saltar desde distintas alturas, viví un momento que puede parecer baladí, pero no lo es.

Un chaval de unos trece años estaba en el borde de una de las rocas de altura media, pensando si tirarse o no; tenía un poco de miedo debido a la altura y sus amigos desde el agua le gritaban: «¡No seas nenaza! ¡Tírate! ¡¡Nenazaaaa!!».

Le llamaban *nenaza*; es decir, vinculaban el miedo, la duda o la precaución con lo femenino y lo usaban como un insulto.

Justo unos metros más a su derecha, unas niñas de su edad se tiraban al agua desde una piedra más alta, pero daba igual, ellos seguían usando la palabra *nenaza* como algo peyorativo.

Esto los niños no se lo inventan, no sale de la nada, lo aprenden, sale de la cultura y de la socialización, de lo que ven en los libros de texto (recuerda la falta de mujeres), en la tele y en los adultos que los rodean (todos ellos, influidos por el patriarcado también).

A los doce años, niñas y niños ya tienen ciertos roles establecidos de los que es muy difícil que se deshagan en la vida adulta.

A los niños el entorno les refuerza una posición de liderazgo y de supremacía: ellos son «el guerrero» mientras que las niñas aprenden a conformarse con un rol secundario y sumiso, «la princesa». Da igual que en casa sean educados de otro modo, la sociedad también educa, los referentes o la falta de ellos están ahí.

Así, llevamos a las niñas y a los niños a identificarse con lo que llamamos masculinidad y feminidad hegemónicas. Ambas se convierten en jaulas invisibles de las que es muy difícil escapar y que acaban generando frustraciones en los dos sexos y en los peores casos, violencia.

Algunos de los *rasgos de la masculinidad hegemónica* son estos:

- Ser fuerte (para poder ejercer como un hombre la violencia si hace falta).
- Ser valiente (¿un hombre con miedo?, eso no existe, eres un campeón, un machote).
- Ser siempre asertivo (que no te vean dudar, parecerás débil).
- No hablar de sentimientos (porque eso es cosa de chicas, luego ¡es *meeeh!*).
- No dejarse llevar por los sentimientos (eso también es cosa de chicas, luego ¡es *meeeh!*).
- Adoptar conductas de riesgo (en presencia de otros hombres, sin testigos no cuenta).
- Ser campeones (y en la vida adulta hombres de éxito).
- Ser hetero, pero hetero-hetero. Sin mariconadas (es decir, con un pelín de homofobia, pero la justa para que pase desapercibida).
- Acceder cuando se desee a los cuerpos de las mujeres, cuantas más conquistas, más macho (o serás un pringado).
- Si no logras conquistarlas, todo irá bien mientras tengas el estatus económico para poder pagar por sus cuerpos (no te hará falta un estatus muy alto, hay miles de mujeres explotadas).
- Ver el sexo como una reafirmación del propio poder y no como una fuente de placer y cariño.
- Ser protector (con otras mujeres, claro, no seamos maricones).
- Ser el que trae el pan a casa (no el que compre el pan, no, que traigas el dinero o no serás lo suficientemente hombre).
- Ser el que lleva los pantalones en las relaciones con otras mujeres, es decir, establecer con ellas relaciones de dominación.

Si no cumples con este último punto, el lenguaje ha inventado un término para ti...

Calzonazos: hombre de carácter débil, que es muy condescendiente y se deja dominar con facilidad por otra persona, especialmente su mujer.

Es decir, si un hombre no domina a su mujer es un calzonazos. Me pregunto cuál es el femenino de *calzonazos*. ¿*Calzonazas*? ¡Ah! No lo hay. No hace falta inventar un término porque el lenguaje presupone que naturalmente, en una relación de pareja heterosexual, es la mujer la que es dominada por el hombre.

¡Uy!, me dejaba uno: no vestir nunca de color rosa.

Cansado, ¿verdad? E innecesario.

Pues vamos a por los *rasgos de la feminidad hegemónica*:

- La sensibilidad (todas las mujeres debemos ser hipersensibles, algo que los hombres machos no son).
- La empatía (las mujeres de verdad no son frías ni distantes).
- La emotividad (porque la razón no prevalece en nosotras nunca).
- La fragilidad (¿una mujer dura o fuerte? Eso es ser marimacho).
- El miedo (no vayas sola por tal calle, que te acompañen al portal, etc.).
- La indefensión (para que pueda venir un príncipe azul a rescatarnos).
- La eterna juventud (hombre con canas, bien; mujer con canas, mal).
- La belleza (insostenible e inalcanzable).
- La culpa (por no conseguir esa belleza insostenible e inalcanzable).
- Ser deseada y agradar a otros hombres (para eso somos bellas, para convertirnos en sus conquistas, ¿qué te crees?).
- Ser conquistadas (no te pases con tomar la iniciativa en lo sexual o serás una puta).
- La enemistad entre mujeres («las mujeres os dais la vuelta y os criticáis»).
- La maternidad (esa será tu plena realización como mujer-mujer).
- La capacidad de sufrimiento (nadie sufre como una madre, o sea, como una mujer-mujer).
- Las tareas del hogar (esas que se hacen sin cobrar, a no ser que seas de clase media-alta, entonces contratarás a otra mujer para que las haga por ti).
- Los cuidados (*idem*).

Debemos desmontar estas construcciones porque constriñen la vida de hombres y mujeres, nos obligan a ser de una manera muy concreta y muy estereotipada y además generan violencia y discriminación.

Debemos transformar el mundo que heredamos porque es un mundo que ha construido la idea de que hay aspectos de lo humano que son inferiores, como la compasión o los sentimientos, y otros superiores, como la violencia o la capacidad de controlar las emociones, dos modelos muy diferenciados de conducta asociados a dos géneros. ¿Y si ponemos en valor los primeros? Y no solo eso: ¿y si esos valores no se identificaran con hombres o mujeres, sino con los seres humanos independientemente de su género? ¿Cómo cambiaría el mundo?

Toca pues mirar hacia dentro y deconstruirse para construirnos de nuevo desde un prisma sin estereotipos. De esa forma, mujeres y hombres seremos más libres.

Un día normal en el dermatólogo

El «mito de la belleza» está en realidad determinando el comportamiento y no la apariencia.

NAOMI WOLF

En mi adolescencia tuve, como muchas personas, que lidiar con el acné. Sin ser un caso extremo, sí recuerdo salir acoirazada a la calle porque pensaba que la gente nada más verme pensaría que llevaba una paella en la cara o, en lugar de mirarme a los ojos al tener una conversación, no podrían evitar mirar un poquito más arriba, a mi frente, y entretenerse contando las espinillas que la poblaban. En fin, cosas de la edad.

Todo el mundo me decía: «Cuando seas mayor te preocuparán las patas de gallo, ya verás». Ahí estaban, preparándome para apreciar las arrugas y el reflejo del paso del tiempo en mi piel.

Hoy no me preocupan las arrugas, pero sigo teniendo granos, en unas épocas más y en otras menos. Igual crees que no, porque lo que has visto son mis fotos con filtro de Instagram o algún reportaje en el que aparezco ideal en una revista de moda. Debes saber que ahí los granos nos los borran, a veces nos borran hasta el alma. Así que, harta de batallar con mi acné de treintañera, decido ir al dermatólogo, uno que me han dicho que es buenísimo y al que van fulanita y menganita.

El doctor me ve y me dice que me va a hacer un *peeling* de salicílico. A mí eso me suena fenomenal, me suena a ácido sulfúrico, a veneno asesino y es lo único que quiero, asesinar mi acné, te lo juro. Suelto bastantes euros y me hago el *peeling*.

La primera sesión me funciona estupendamente, así que vuelvo a por la siguiente. Antes de pasar a la consulta, el doctor y yo hablamos un rato. Me comenta que hay otro *peeling* buenísimo para cuando tenga que ir a un evento importante. Me lo puedo hacer el día antes y me quedaría una piel resplandeciente. Quiero, quiero. Lo quiero todo, de repente quiero ser la más guapa del reino, como la madrastra de Blancanieves. La más todo. El mito de la belleza es adictivo.

—¿Sabes lo que le sentaría muy bien a tu rostro?

Siento que mi rostro no soy yo, que es un ente con vida propia.

—No —contesto, con miedo a lo que mi rostro pueda desear.

—Mira, coge este espejo. —El doctor me alcanza un espejo pequeño y me lo planta frente a mi cara. Espejo, espejito..., este cuento me suena—. Mira, ¿ves tus mofletes? —Seguramente no dijo mofletes, diría algo más técnico—. Empiezan a caer un poco. Eres una mujer guapísima de todas formas y eso no te resta belleza, pero hay una técnica nada invasiva que te podría hacer estar todavía más guapa.

Espejo, espejito..., ¿quién es la más guapa del reino?

—Consiste —prosigue el doctor— en rellenar un poquito de nada la zona de tus pómulos. Pero casi nada, es prácticamente imperceptible. —Tan imperceptible no será si cuesta trescientos cincuenta euros, pienso yo—. Puedes hacer tú misma el gesto, pruébalo. Levanta un poco los pómulos como si fueras a sonreír. ¿Ves como tu rostro se vuelve mucho más equilibrado? Al final la belleza es cuestión de armonía.

Achino un poco los ojos y levanto mis mofletes buscando esa armonía que ahora mismo no encuentro y me miro en el espejo. Estoy en el despacho de un señor que no mueve la frente cuando habla, descubriendo fallos en mi cara que hace cinco minutos eran desconocidos para mí, haciendo un gesto absurdo una y otra vez, como si yo misma fuera un GIF.

Y así es como entra en juego el juicio sobre el paso del tiempo en mi propia cara.

Vuelvo a casa. Entro al baño a hacer pis, me paro frente al espejo, repito el movimiento facial y entro en un monólogo interno de autodestrucción: el tío tiene razón, estoy más guapa con los pómulos un poco más hacia arriba. Bueno, si engordara un poco, igual conseguía el mismo efecto. Empiezo a tocarme la cara, pruebo a levantarme las cejas, a estirarme la piel... ¿Seguiré trabajando como actriz dentro de diez años? Casi no hay papeles para mujeres entre los cuarenta y los sesenta... ¿Qué haré? Bueno, por lo menos escribo y dirijo, puedo escribirme papeles donde tenga que aparentar la edad que yo quiera, es decir, la que tenga.

Ojo, que sigue el monólogo interno de la culpa. Si nos fustigamos, lo hacemos bien.

Con lo guapa que salía en la revista *Elle* de este mes. La imagen del espejo y la del papel de la revista no se parecen demasiado, si la gente me viera ahora pensaría que soy un fraude.

A las actrices nos pasa esto a veces, que nos sacan estupendas en las pelis y en las sesiones de fotos, nos iluminan, les ponen filtros a las cámaras y proyectamos una imagen de nosotras mismas idealizada que no tiene que ver con la realidad. ¿Por qué no idealizamos la realidad? El problema viene cuando nosotras mismas nos identificamos con esa imagen posproducida y no tanto con la que encontramos en el espejo por las mañanas. Y además creemos, porque en cierto modo es así, que la imagen de las producciones de moda es la que el público y la industria esperan de nosotras.

Una vez más, soy libre de hacer lo que quiera, de gastarme un dineral y pincharme el tratamiento milagroso o de no hacerlo. Da igual, el caso es que ahora, cuando me paro frente al espejo, solo veo esas imperfecciones que antes eran invisibles para mí.

Ahora siento unas cadenas de las que antes no era consciente. Y ¿sabes qué ocurre? Que pesan.

La mística de la feminidad: el problema que no tiene nombre

*Ninguna mujer tiene un orgasmo limpiando
el suelo de la cocina.*
BETTY FRIEDAN

La Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y el auge del fascismo silenciaron la lucha de las mujeres. Al haberse logrado en muchas partes el derecho al voto y al empleo femenino, la lucha feminista prácticamente desapareció.

Durante la guerra, en los países industrializados, mientras los hombres peleaban en el frente de batalla, las mujeres sostuvieron la economía y la industria, y ocuparon el espacio público. Al finalizar la guerra (1945), los hombres debían volver a ocupar esos puestos de trabajo y como consecuencia las mujeres tendrían que regresar al hogar. ¿Por qué? Porque en teoría era su lugar.

¿Cómo convencerlas de que volver a ejercer de amas de casa era lo mejor que les podía pasar? Ay, inocencia..., pues con la todopoderosa publicidad.

¿Te suenan esos anuncios de los años cincuenta con mujeres superbién peinadas, faldas estrechas marcando cintura y cadera, tacones, cara de felicidad y una lavadora al lado? Ese fue el modelo de mujer perfecta que se construyó entonces para nosotras. Se idealizó a través de la publicidad, la televisión y las publicaciones femeninas el rol de la mujer como ama de casa, madre de familia, cariñosa, siempre impecable y feliz, muy feliz.

Es más, en ese momento se desarrollaron los electrodomésticos y se vendió como una idea de empoderamiento femenino el saber usar esas nuevas máquinas tan «nuevas, modernas y complicadas». ¡Oh! Bendito privilegio.

Si no te sentías realizada con ese concepto de feminidad no eras digna de tu sexo; vamos, eras una «loca del coño» (por cierto, mientras escribía este capítulo me han llamado loca del coño en Twitter).

¿Qué pasó? Pues que muchas no eran felices ejerciendo de «la mujer perfecta» de los anuncios, viviendo ajenas a todo lo que ocurriera fuera de su casa.

Las consultas de los psicólogos norteamericanos se llenaron de mujeres con cuadros de ansiedad, fatiga crónica, depresión o alcoholismo.

Los psicólogos de la época (hijos de las teorías de Freud) llegaron a la conclusión de que «las mujeres tenían un nivel educativo demasiado alto, lo que les impedía adaptarse a su rol de mujeres». Sí claro, la culpa era nuestra por estudiar. Y denominaron el fenómeno como «el problema que no tiene nombre» o «el problema de las mujeres».

• • •

Betty Friedan, alumna brillante graduada en Psicología, que colaboró con varias publicaciones y trabajó como editora en *The Federated Press*, un pequeño periódico local de Nueva York, publicó en 1963 un libro que marcó la historia de las mujeres occidentales en la segunda mitad del siglo XX: *La mística de la feminidad*.⁴

Friedan vivió de primera mano lo que era tener que renunciar a los sueños profesionales por ser mujer, pues su madre, que había sido editora de una página de mujeres del periódico local, tuvo que renunciar a su trabajo al casarse y tener hijos. Ella misma repitió en cierto modo el patrón: en un momento de su vida, renunció a una beca para complacer a su pareja. Más adelante se casó y se convirtió en ama de casa, aunque seguía escribiendo algunos artículos.

Se entrevistó con muchas mujeres norteamericanas para analizar el porqué de ese malestar general entre tantas de ellas, cuál era ese problema que no tenía nombre, y lo bautizó como *mística de la feminidad*. Llegó a la conclusión de que el problema no era que las mujeres recibieran una educación y luego se quedaran en casa, el problema era que se había vendido como verdad absoluta que el valor más alto de las mujeres era la realización de esa feminidad, la de la perfecta ama de casa, que debía hacerlas sentir plenamente realizadas. Normal que estuvieran deprimidas, les estaban vendiendo gato por liebre.

Así que Friedan consigue poner nombre al sentimiento de extrañeza, vacío, insatisfacción y frustración permanente de miles de mujeres norteamericanas. El libro fue un superéxito de ventas, muchas lectoras se vieron reflejadas en él y eso las ayudó a comprenderse y dejar de autoculparse.

Gracias a la lectura del libro, las mujeres se dan cuenta de que...

1. No están locas.
2. No están solas.

Una vez más, compartir experiencias nos unió y nos hizo más fuertes. Miles de mujeres norteamericanas se sintieron con el derecho y la fuerza de pedirle más a la vida y de salir del hogar.

Betty Friedan tardó cinco años en escribir el libro, cinco años durante los cuales sufrió maltrato por parte de su marido, del que no se divorciaría hasta pasados seis años más, en 1969, tras otros seis años de palizas. Para que veas como las víctimas de la violencia de género pueden ser mujeres feministas, intelectuales y empoderadas.

No digas tu edad, mente⁵

Borrar los años de la cara de una mujer
es borrar su identidad, su poder y su historia.

NAOMI WOLF

Te sitúo. Mes de mayo de 2013. Los Ángeles, California.

Me encuentro en Hollywood porque estoy rodando una peli independiente titulada *Violet*, escrita y dirigida por Luiso Berdejo.

Como el cine *indie* americano me interesa bastante, intento conseguir alguna entrevista con directores/as de *casting* que trabajen en películas pequeñas o que se dediquen también a las coproducciones europeas.

El día que libro me acerco a una de las oficinas donde tengo una cita (he conseguido dos). Recuerdo el largo pasillo enmoquetado, más propio de una peli de los Coen que de un edificio de oficinas.

Llamo al timbre, la puerta *vintage* se abre y yo entro en la sala. Saludo a la recepcionista con algo de miedo y pronuncio mi propio nombre como si no hablara bien español, algo así como *Letisha Doulera*. Ella levanta la mirada y me enseña todos sus dientes. Me dice que espere ahí mismo y enseguida vuelve a su expresión seria.

Me siento en una silla de plástico situada frente a un póster gigante con el rostro perfecto de Scarlett Johansson.

Finjo naturalidad, pero me resulta extraño estar aquí.

Pasados quince minutos se abre una puerta y sale la directora de *casting* con la que tengo la cita. También sonrío mucho, incluso más que la recepcionista.

Pasamos a otra sala, nos sentamos en un sofá y me pide que le cuente algo sobre mí. Nunca me ha gustado eso, prefiero que me juzguen interpretando un personaje, en lugar de valorando lo guay que puedo parecer en una conversación, pero venga.

Le cuento que nací en Barcelona (a los americanos les encanta eso) y que hace unos años rodé una peli en Nueva York.

Ella sonrío mucho y por efecto espejo yo sonrío mucho también. Dos mujeres sentadas en un sofá sonrén mucho mientras una le cuenta a la otra que *Al salir de clase* es el *Sensación de vivir* de la tele española.

Y entonces llega LA pregunta. Justo antes de hacerla se tensa un poco, yo lo noto y me pone alerta hasta que pronuncia las cuatro palabras: *How old are you?* («¿Cuántos años tienes?»). Y entonces se congela, expectante.

A mí me divierte que me lo pregunte y me divierten aún más su mirada acechante y su tensión en los párpados. Le respondo:

—*How old do you think I am?* («¿Cuántos crees?»)

—Veintitrés.

—Pues no, tengo treinta.

¿Qué está ocurriendo? ¿Un terremoto? ¿El presentimiento de un *tsunami*? ¿Un fantasma manifestándose detrás de mí? ¿Se habrá acordado de que había dejado el fuego encendido al salir de casa? ¿O le acaba de venir un retortijón? Una de estas explicaciones tiene que ser la buena, porque sus dientes desaparecen, todos de golpe.

La mujer *exsonriente* traga saliva, su mirada se vuelve compasiva y cómplice, me pregunta:

—¿Tienes más citas en la ciudad?

Le digo que sí, que tengo otra. Entonces ella sonrío de nuevo (¿por qué?, no lo sé) y me da el siguiente consejo:

—En tu siguiente cita, cuando te pregunten la edad, miente. Puedes hacerlo sin problema, tienes una piel estupenda y unos ojos muy vivos, aparentas diez años menos, así que aprovéchalo.

—Mi edad está en Internet, es absurdo que mienta —le contesto.

Entonces me explica por qué tengo que intentar por todos los medios que no aparezca mi fecha de nacimiento en ninguna web. Muy cariñosa y sincera, me dice:

—No sé cómo será en Europa, pero aquí en Hollywood, si eres mujer, tienes que conseguir hacerte un nombre y una carrera antes de los treinta. Tienes que destacar con algún papel dramático, demostrar que eres buena actriz y luego hacer alguna película comercial, pero todo esto mientras estés en la veintena. Una vez estrenado «el tres» te será prácticamente imposible conseguirlo. Es algo que, en el caso de los hombres, funciona al revés. En su veintena no consiguen aspirar a papeles interesantes, pero una vez cruzan la barrera de los treinta y empiezan a tener arrugas, se les empieza a tener en cuenta para papeles interesantes y dramáticos. Fíjate en Michael Fassbender, ha sido ahora cuando ha empezado a triunfar. Llevaba muchos años trabajando, pero hasta que no se ha convertido en un hombre, no ha sido considerado por la industria como un actor de peso.

Yo escucho atenta y asiento con la cabeza resumiendo mentalmente su parrafada, que vendría a ser lo siguiente: «¿Cómo se te ocurre haber cumplido treinta?».

La mujer sonriente me mira en silencio, dándome tiempo a asimilar la información. Tras pensarlo un poco le digo con convicción:

—En Europa eso no es así, puedes ser actriz a cualquier edad. —¡Ja!, que te lo crees tú, Leti, sigo soñando en voz alta—. De hecho, en el cine europeo todas las edades de la mujer son interesantes a nivel dramático, no tenemos por qué fingir una aparente y mitificada juventud.

Me da la razón y me dice que le parece genial que en Europa sea así, pero que estoy en Los Ángeles y aquí estas son las reglas del juego.

Al desandar lo andado y pasar de nuevo por el pasillo enmoquetado, me siento más que nunca en una peli de los Coen, soy Barton Fink luchando contra su falta de inspiración.

Aunque agradezco la sinceridad de la mujer sonriente, me cabrea lo injusto de la situación.

Me dirijo en coche a mi segunda cita. Menos mal que me gusta conducir, si no estaría perdida en esta ciudad.

Esta vez la oficina en la que me citan es mucho más *trendy*. Al estilo de un *loft* neoyorquino, con gente joven compartiendo mesa, ventanales gigantes, un billar en mitad de la oficina... «Aquí sí —me digo—, aquí puedes tener treinta años y estar orgullosa de ello.»

Me reciben no una, sino dos directoras de *casting*, claro que sí, trabajo en equipo, modernidad, *coworking*, me estoy viniendo arriba. A ellas les va a molar mi rollito europeo, fijo.

Me preguntan qué estoy haciendo en Los Ángeles y yo agradezco que no me digan eso de «háblanos de ti». Les cuento lo de mi peli *indie* y pronuncio la palabra *independent* con todo el carisma que soy capaz de reunir en cuatro sílabas. A ellas les parece todo muy interesante o eso cree mi recuerdo. Y sí, claro que sí, lo hacen, me preguntan mi edad.

• • •

Antes de continuar con mi relato, quiero que sepas que yo he mentido muchas veces sobre mi edad, en muchos *castings* en los que optaba a personajes más jóvenes que yo, ya que son los papeles a los que normalmente accedo. No suelo acceder a *castings* para personajes de mi edad y lo que suelen decirme es que 1) tengo cara de niña; o 2) no parezco lo suficientemente mujer.

Con este inciso en la historia quiero decirte que no me parece un crimen mentir sobre la edad en un *casting* o en cualquier otra circunstancia; para algo es tu edad y haces con ella lo que quieras.

• • •

Sigo. Me preguntan mi edad.

El tiempo se ralentiza, cambio de foco y me paro a observar los pósteres colgados en la pared: son los carteles de dos pelis de Sofia Coppola, *María Antonieta*, protagonizada por Kirsten Dunst (que empezó su carrera siendo una niña) y *Somewhere*, con Elle Fanning (la hermana pequeña de Dakota, que directamente es una niña). Todo parece indicar que la teoría de la mujer sonriente es cierta. Vuelvo a poner el foco en mis interlocutoras; me costaría taaan poco mentir... Me fijo en la camiseta que lleva una de ellas, es de Urban Outfitters, me la probé ayer, no sé por qué no me la compré, si lo hubiera hecho tal vez ahora tendríamos un tema de conversación distinto a mi edad.

Me miran, esperan una respuesta. ¿Qué hago? ¿Sigo el consejo de la mujer sonriente o no? Puede que, si miento ahora, empiece un camino sin retorno en el que cumplir años sin estrenar películas me parezca deleznable. «Oh, ¿has cumplido un año más y no has ganado un Goya? ¿Cómo te atreves?» «*Mayday, mayday!* Actriz en Madrid con una nueva pata de gallo que todavía no ha rodado peli con Luis Tosar.»

—Tengo treinta y uno.

Sí, te lo confieso, antes mentí a la mujer sonriente, pero solo por un año.

¿Te acuerdas de la expresión de la mujer sonriente cuando le dije mi edad? Pues ellas deben de ser o sus hijas o sus amigas o sus alumnas, porque ponen exactamente la misma cara.

Acto seguido me preguntan si soy muy conocida en mi país, reforzando de nuevo la teoría de la mujer sonriente. Era esta: «Tienes derecho a cumplir años si antes te has hecho un nombre, una carrera».

Me da palo alardear de nada y les respondo que no sé si soy conocida o no, que supongo que sí. Les digo que tengo una carrera que, pese a tener sus altibajos, me ha permitido matar zombis con una sierra mecánica y viajar a un internado de los años treinta en Canfranc. Que no estoy en la lista de las actrices más solicitadas, pero que no me va mal. Que cuando no trabajo como actriz escribo y he terminado el guion de un largometraje que espero rodar algún día. Que el otro día entré en Urban Outfitters y estuve a punto de comprarme esa misma camiseta, pero no lo hice y ahora me arrepiento.

Ambas, muy majas, me dan las gracias por haber ido hasta allí. Yo les doy las gracias por recibirme. Las tres sonreímos mucho, nos hace muy felices darnos las gracias.

Ya en el coche, siento una pequeña victoria al darme cuenta de que he puesto el dinero exacto en el parquímetro. Justo al hacer sonar el *pipip* del coche con el mando, el contador del parquímetro pasa del minuto que me quedaba a cero minutos. Y así es como me siento yo, con el reloj a cero, en la pantalla de inicio. En el kilómetro cero de Sol, con todo por recorrer, muchas historias que contar y cientos de personajes que encarnar.

No me da miedo la expresión de *tsunami* de la mujer sonriente, porque ahora el *tsunami* soy yo.

Tres olas feministas

*Porque fueron somos, porque somos serán.*⁶

Para *tsunamis*, las mujeres que lucharon para conseguir libertades y derechos para nosotras. Todas ellas merecen nuestro agradecimiento y reconocimiento. Porque, como decía Gerda Lerner, «la ignorancia de su propia historia de luchas y logros ha sido una de las principales formas de mantener a las mujeres subordinadas».

Así que ¿hacemos un repaso rápido de la historia del feminismo? Será corto e indoloro, lo prometo.

Vamos allá.

Consideramos el arranque de los movimientos feministas y su primera ola cuando las mujeres se organizan y proclaman, con plena conciencia política, que lo que hasta entonces habían percibido como natural (la discriminación y la opresión) es fruto de un orden injusto que hay que cambiar.

Respecto a la división por oleadas del movimiento feminista hay disparidad de opiniones, sobre todo a propósito de la primera ola. Pero más allá de las divisiones temporales, quédate con el contenido de sus reflexiones y reivindicaciones, y con el legado de lucha de tantas mujeres valientes que no debe perderse.

Primera ola: Ilustración y Revolución francesa (siglo XVIII)

La llegada de la Ilustración (movimiento intelectual y cultural que se dio principalmente en Francia, Inglaterra y Alemania durante el siglo XVIII) situó la razón por encima de la fuerza y la barbarie. Algo que de entrada está muy bien, oiga.

La palabra, la lógica y la razón rigen la vida, pero ¿la palabra de quién? Ahí está el problema, a las mujeres se nos marginó de la Ilustración.

Uno de sus principales representantes, Rousseau, afirmaba que «la sujeción y exclusión de las mujeres era de todo punto deseable, que para ellas no eran ni los libros ni las tribunas y su educación debía garantizar su cometido: agradar, ayudar y criar hijos». Aunque también hay que decir que hubo otros hombres ilustrados, como Nicolas de Condorcet, que defendieron exactamente lo contrario, es más, Condorcet comparó la condición social de las mujeres de su época con la de los esclavos.

En cualquier caso, la Ilustración supondrá un importante cambio de mentalidad en las sociedades europeas y el desarrollo de una mirada crítica de los pueblos, ya que pone en el centro del debate los derechos de la ciudadanía (hasta el momento, únicamente los nobles y los clérigos

ocupaban el poder y poseían ciertos derechos) y culmina con la Revolución francesa (1789-1799), cuyo objetivo central fue conseguir la igualdad jurídica y de derechos para todos los ciudadanos, pero... ¡ay, amigas! No para las todas ciudadanas. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano que proclamó la Revolución excluía explícitamente a las mujeres.

Todas se quedaron a cuadros, claro. Venga a luchar hombres y mujeres juntos por unos ideales para que luego te dejen fuera de ellos. Es decir, el lema de la Revolución francesa: *Liberté, égalité et fraternité* («Libertad, igualdad y fraternidad») se refería a la igualdad entre varones, pues las mujeres siguieron siendo consideradas inferiores. Exacto, muy de izquierdas, hasta que se tocan los cimientos del patriarcado.

Así que, en 1791, Olympe de Gouges, activista revolucionaria y escritora de obras de teatro (que nunca consiguió que fueran representadas, pregúntate por qué), de novelas y de textos de contenido político, publica la réplica feminista: *Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana*, uno de los primeros documentos históricos que propone la emancipación femenina, la igualdad de derechos y la equiparación jurídica y legal de las mujeres en relación a los hombres.

. . .

Inspirada por lo que ocurría en Francia, en 1792, Mary Wollstonecraft, filósofa y escritora inglesa, escribe *Vindicación de los derechos de la mujer*, obra que tuvo una gran repercusión y sentaría muchos conceptos para el desarrollo de un feminismo posterior. En ella, Wollstonecraft (un nombre difícil de teclear y de leer) rebate la postura sostenida por los políticos y pensadores del siglo XVIII de que las mujeres eran seres inferiores por naturaleza y señala que la poca educación a la que han tenido acceso algunas mujeres (las privilegiadas) tiene un sesgo de género clarísimo y un propósito: hacer de ellas damas seductoras, esposas y madres cariñosas, provocando que muchas mujeres tengan como objetivo inspirar amor, en lugar de tener otras ambiciones y exigir derechos.

Por cierto, Mary Wollstonecraft fue la madre de Mary Shelley, autora de la mítica novela *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Si no la has leído, te la recomiendo.

. . .

Siento decirte que, tras la Revolución francesa y pese a la importancia de los textos de De Gouges y Wollstonecraft, no se avanza nada en materia de lucha feminista y se instaura el Código napoleónico en Francia y los territorios bajo su dominio.

Código que, si bien terminó con el feudalismo y promulgó la separación de poderes Estado-Iglesia, era nefasto para las mujeres. En él, se nos niega el derecho de reunión (no podía haber en la calle más de cuatro o cinco mujeres juntas), teníamos prohibida la entrada a cualquier debate de tipo político y se estableció un contrato matrimonial de obediencia y sumisión al marido.

¡Ah! Las mujeres que se habían significado en su participación política, fuese cual fuese su adscripción ideológica, compartieron el mismo final: la guillotina o el exilio. Así que Wollstonecraft tuvo que exiliarse —aunque era británica, se trasladó a Francia poco antes de que Luis XVI fuese guillotinado, y escapó del país en 1795— y De Gouges fue guillotínada.

No hubo ninguna victoria, pero sí supuso la toma de conciencia de miles de mujeres sobre su necesidad de alzar la voz juntas y la elaboración de unos textos importantísimos que sentarían

bases e inspirarían a las que vendrían detrás.

Segunda ola: el sufragismo (de mediados del siglo XIX principios del siglo XX)⁷

En Estados Unidos

Esta segunda etapa arranca en Estados Unidos, donde muchas mujeres lucharon en primera línea por la abolición de la esclavitud y fue en esa lucha donde encontraron similitudes entre su falta de derechos civiles y la de las personas de raza negra esclavizadas. En ambos casos, eran consideradas seres inferiores.

Sin ir más lejos, la mujer casada debía obediencia absoluta al marido, como un esclavo a su amo.

En 1840 un grupo de mujeres norteamericanas encabezadas por Lucretia Mott y Elizabeth Cady Stanton viajaron juntas a Londres para celebrar la Convención Mundial contra la Esclavitud. ¿Qué pasó cuando llegaron? Pues que eran las únicas mujeres allí presentes y los hombres no les dejaron participar, obligándolas a permanecer detrás de una cortina durante toda la Convención.

Después de esto, esas mujeres iniciaron una lucha por separado, se organizaron para pensar juntas qué debía cambiar y en 1848 tuvo lugar la primera convención sobre los derechos de la mujer en Estados Unidos, la Convención de Seneca Falls.

El resultado de esta fue la publicación de la Declaración de Seneca Falls, donde se denunciaban las restricciones políticas a las que las mujeres estaban sometidas.

Pero tras la guerra de Secesión (1861-1865), el movimiento feminista sufrió una nueva desilusión. Pese al triunfo del bando partidario de la supresión de la esclavitud (donde ellas habían luchado y militado), la decimocuarta enmienda de la Constitución que otorgaba el derecho de voto a los esclavos negros liberados negó a las mujeres el derecho de sufragio. ¡Toma ya!

Sí, por segunda vez, las mujeres vivían una traición por parte de sus compañeros de lucha.

En Inglaterra

Las sufragistas llevaron el feminismo al terreno del activismo y se organizaron para exigir el derecho a voto. Una de sus líderes fue Emmeline Pankhurst, partidaria de la acción directa y las marchas de protesta.

Estas mujeres estaban dispuestas a enfrentarse al poder y al orden establecido, aunque por ello fueran insultadas, repudiadas y golpeadas en las manifestaciones.

Entre 1905 y 1913, unas mil cien sufragistas fueron encarceladas. Dentro de la cárcel se organizaron y empezaron huelgas de hambre como señal de protesta.

Gracias a toda esta lucha, tras la Primera Guerra Mundial (1914-1918) la mayoría de los países occidentales reconocieron el derecho al voto de las mujeres. Es decir, sin toda esta reivindicación y valentía por parte de tantas y tantas mujeres, tal vez yo hoy no podría votar. Y tú, si eres mujer, tampoco. GRACIAS a todas. Gracias de corazón.

• • •

Algunas fechas en las que se consiguió el derecho de sufragio femenino:

- Inglaterra, 1918.
- España, 1931.
- Estados Unidos (solo para mujeres blancas), 1920.
- Francia, 1944.
- Argentina, 1947.
- Estados Unidos (incluyendo a las mujeres negras), 1967.
- Catar, 1999.
- Arabia Saudí, 2015.

Ahora bien, la lucha debía continuar. Porque no merecíamos algunos derechos, los merecíamos TODOS y los queríamos TODOS.

Tercera ola: el feminismo contemporáneo (desde principios de los sesenta hasta hoy)

Como hemos visto antes, los años cincuenta definen un tipo de feminidad que se publicita en la tele, el cine y las revistas femeninas. Pues bien, los años sesenta y setenta reflexionan acerca de ese modelo y se enfrentan a él.

Podemos decir que *El segundo sexo* (1949) de Simone de Beauvoir hace de bisagra entre las dos olas feministas (la sufragista y la contemporánea). Y *La mística de la feminidad* de Betty Friedan (1963) marca un claro inicio del resurgir del movimiento, que había decaído tras la guerra y tras haber conseguido algunos derechos.

Las anteriores olas del feminismo se enfocaban en los obstáculos legales (sufragio femenino, derechos de propiedad, derecho al trabajo, etc.). Esta ola tiene una amplia variedad de temas que giran en torno a lo personal: la sexualidad, la familia, las violaciones dentro del matrimonio, la ley de divorcio o los derechos en la reproducción. Y será cuando se gesten el *feminismo radical* y la *revolución sexual*.

En los años sesenta nace una nueva izquierda comprometida contra la guerra y la lucha contra la desigualdad, surgen fuertes movimientos estudiantiles, antirracistas, pacifistas y feministas. Pero la historia se repite, las mujeres vuelven a ser ignoradas por sus compañeros de activismo político, que siguen considerando algunas de las cuestiones planteadas por sus compañeras como «problemas de mujeres» y no como problemas de toda la sociedad (el androcentrismo atacando de nuevo). Nueva desilusión para todas. Qué cansino todo, ¿no?

¿Estamos viviendo una nueva ola?

No sé tú, pero yo no crecí oyendo hablar de feminismo a mi alrededor, era algo que no formaba parte de mi realidad. Cuando yo era pequeña o adolescente, aunque sí existía un movimiento feminista en España (del que hablaremos más adelante), no se discutía sobre feminismo en mi casa, ni cantantes ni actrices que yo admiraba mencionaban en sus entrevistas la desigualdad o la falta de oportunidades para las mujeres. No recuerdo manifestaciones tan multitudinarias como

las que se dan en la actualidad cada 8 de marzo o cada 25 de noviembre y en los medios de comunicación no se visibilizaba la violencia de género.

Perdón, abro aquí un paréntesis, hubo una mujer valiente que sí lo hizo, que rompió el silencio social y mediático en torno a este tema: Ana Orantes, hace veinte años, en 1997, puso sobre la mesa la violencia de género en España, contando en directo en televisión su propia experiencia de cuarenta años de maltrato. Fue asesinada por su marido trece días después. El carácter mediático del caso fue el detonante para que cambiase por fin la percepción de la violencia de género en el país.

Veinte años después, la sociedad sabe lo que es la violencia de género y ahora parece que el feminismo sí está en la calle y que casi cada día forma parte del relato político, social y cultural.

Quizá todo ello se deba al legado de mujeres como Ana Orantes; a la lucha feminista de las que nos han precedido; al auge de las redes sociales, que ha permitido que miles de mujeres en todo el mundo hablemos entre nosotras, compartamos experiencias y sumemos voces y energía. Todo ello nos ha dado la fuerza para decir: HASTA AQUÍ.

Por eso debemos fomentar esa ola para que no se quede solo en una moda o en un momento de la historia en el que las mujeres alzamos la voz. Debemos insistir, aunque nos llamen pesadas (porque nos lo seguirán llamando), debemos encontrar la manera de articular toda esta fuerza para conseguir un cambio real, debemos seguir combatiendo el machismo instaurado en nuestra sociedad.

Unámonos, pensemos juntas, luchemos juntas, aprendamos las unas de las otras. Sigamos saliendo a la calle, exigiendo políticas a quienes nos gobiernan y también votemos con conciencia feminista, aunque solo podamos hacerlo cada cuatro años. Luchemos por cambiar el relato cultural. Apoyemos iniciativas feministas. La unión hace la fuerza y no olvidemos que las mujeres somos la mitad del mundo.

¿Quieres vivirlo? Yo sí. Seamos esa nueva ola.

También ha habido y habrá aliados feministas

Eh, no todo fueron traiciones, también ha habido algunos aliados feministas a lo largo de la historia, aquí unos ejemplos.

Poulan de la Barre

Escritor, filósofo y cura (sí, sí, un cura feminista del siglo XVII). En 1671 publicó un libro polémico titulado *La igualdad de los sexos*, donde defendía el derecho al saber de las mujeres como remedio a la desigualdad. Fue quien acuñó la frase: «La mente no tiene sexo».

Nicolas de Condorcet

Filósofo feminista de la Revolución francesa. Contrario a la corriente de pensamiento de su época, en 1788 reclamaba ya los derechos políticos para las mujeres, no solo de voto, también de representatividad. Su ensayo *Art Social*, publicado en 1789, es un alegato en defensa de los derechos civiles y políticos de las mujeres. Qué pena que no le hicieran mucho caso en este tema.

John Stuart Mill

John Stuart Mill, político, filósofo y economista inglés. Habló y escribió acerca de la equidad de derechos entre hombres y mujeres. En su libro *La sujeción de la mujer*, publicado en 1869, apoyaba el derecho al voto de las mujeres. Fue diputado en la Cámara de los Comunes en el Parlamento inglés y en 1866 planteó una demanda a favor del voto femenino que fue categóricamente rechazada.

Se casó con la filósofa y activista feminista Harriet Taylor y expresamente renunció a los derechos que, como marido, le otorgaba la ley sobre su esposa, formando ambos un matrimonio moderno e irreverente para la época.

Miguel Romera-Navarro

Filólogo, historiador y abogado español. Publicó en 1909 *Ensayo de una filosofía feminista*, contra los argumentos que negaban la igualdad entre los sexos y justificaban la inferioridad intelectual de las mujeres. Defendió que la mujer no fuera ni tutelada ni esclavizada por su marido y que lo que se entendía comúnmente como diferencias naturales de los sexos eran realmente diferencias construidas socialmente.

Lo dicho, si eres hombre, no nos mires, únete como ellos hicieron.

Aunque si estás leyendo esto, imagino que ya te has unido. Sigamos juntos pues.

El feminismo radical

Lo personal es político.

Entre 1967 y 1975 se desarrolla el feminismo radical, movimiento promovido por jóvenes feministas, muy preparadas, que han estudiado filosofía, política o sociología, y que usan herramientas como el marxismo o el psicoanálisis para desarrollar sus teorías.

El feminismo radical se separa de la izquierda tradicional porque no pone su atención en las relaciones originadas por la explotación económica y en el ámbito de lo público, sino en las relaciones de poder que se dan en el ámbito privado.

De ahí el lema: «Lo personal es político».

Se dan cuenta de que votar, legislar y poder trabajar no está generando relaciones igualitarias entre los sexos como se esperaba. Plantean que hay que ir más allá y eliminar las relaciones de poder que se dan en el ámbito privado.

Consideran que las raíces del patriarcado se encuentran en la educación, la cultura y la sexualidad.

Rompen con el tabú de la sexualidad femenina y luchan por la autonomía de las mujeres en las relaciones de pareja. De hecho, son ellas las que acuñan los términos *patriarcado*, *género* o *casta sexual*.

Una de las aportaciones más significativas del feminismo radical fueron los grupos de autoconciencia. Encuentros de mujeres donde cada una explicaba las formas en las que experimentaba y sentía su opresión. El propósito de estos grupos era «despertar la conciencia latente que todas las mujeres tenemos sobre nuestra opresión», para propiciar «la reinterpretación política de la propia vida» y sentar las bases para su transformación.

La versión 2.0 actual de los grupos de autoconciencia podrían ser campañas como #MeToo (#Yotambién) en Twitter, impulsada hace diez años por el movimiento feminista negro, basada en que las mujeres que han pasado por experiencias de acoso sexual (casi todas) las compartan en redes con otras mujeres; todo ello sirve para liberar el miedo a hablar, para paliar la culpa y la vergüenza, y darte cuenta de que no es cosa tuya, que no estás exagerando nada. Hacerlo público también ha servido para visibilizar un problema social muy grave, pues aquello de lo que no se habla no existe. El movimiento #MeToo en octubre de 2017 fue *trending topic* mundial.

Desde el feminismo radical también se desarrollaron una salud y una ginecología no patriarcales, animando a las mujeres a conocer su propio cuerpo. Se fundaron guarderías, centros para mujeres maltratadas, de defensa personal, etc.

Como ves, fue un movimiento muy proactivo. También hubo manifestaciones espectaculares y actos de protesta, como la quema pública de sujetadores y corsés. Dirás, ¿quema

de sujetadores? ¿Por qué? Bueno, yo soy de las que nada más llegar a casa se quita el sujetador porque me molesta, así que más de una vez me hubiera gustado quemar uno.

Dos obras fundamentales del feminismo radical son *Política sexual* (Kate Millet) y *La dialéctica del sexo* (Shulamith Firestone), por si te animas a leerlas.⁸

A partir de este momento, el feminismo pasa a ser una teoría política que se estudia en universidades, con varias ramificaciones teóricas: feminismo radical, feminismo cultural, feminismo de la diferencia, feminismo académico, institucional, ciberfeminismo...

Eso sí, todos ellos con un clarísimo y central punto en común: luchar por la igualdad y para que las mujeres tengamos la libertad de definir por nosotras mismas nuestra identidad, en lugar de que esta sea definida por la cultura y los hombres que nos rodean.

¡Ah! Si me preguntas, sí, yo me considero una feminista radical.

La revolución sexual

La feminista del nuevo milenio no puede dejar de ser consciente de que la opresión se ejerce en y a través de sus relaciones más íntimas, empezando por la más íntima de todas: la relación con el propio cuerpo.

GERMAINE GREER

En 1961 se aprueban las píldoras anticonceptivas y las mujeres pueden asumir por fin el control sobre su fertilidad. Aun así, pasarán unos años hasta que se legalice el aborto, y con eso, el control real sobre nuestros cuerpos. Aunque no en todas partes, mientras escribo esto, en países como Argentina o Bolivia las mujeres todavía no pueden decidir sobre algo tan crucial, pues el aborto solo está permitido en casos de violación o peligro para la salud de la madre. Flipa.

La revolución sexual pone fin a una parte de la hipocresía de la doble moral sexual que solo aceptaba el sexo dentro del matrimonio y que defendía que las mujeres debíamos llegar vírgenes al mismo (vamos, que fuéramos todas la Virgen María).

Además, con la llegada de la píldora, la sexualidad se separa de la función reproductiva y se ponen en valor el placer y el erotismo en el sexo, tanto en hombres como en mujeres. La gente joven experimenta con la sexualidad libre y las drogas como respuesta a los valores conservadores de sus progenitores.

Se liberan los cuerpos y la desnudez, se naturalizan las relaciones homosexuales, así como otras formas de sexualidad (bisexualidad, teoría *queer*) y nacen los movimientos LGTB.

Hasta ahora todo bien, todo positivo. Vivan los cuerpos y viva la libertad sexual.

Lo que pasa es que esta liberación vendrá con una pequeña trampa. Se empiezan a objetualizar e hipersexualizar los cuerpos de las mujeres en la publicidad (no el de los hombres), nace la revista *Playboy* y nuestros cuerpos ya no son solo nuestros, son también del mercado, un mercado con un capital que una vez más está en manos masculinas. Esa unión perversa, cuerpo femenino y capital, la seguimos arrastrando aún hoy. ¿Sabes que hace poco vi un anuncio de muebles con mujeres en ropa interior? ¿De verdad hace falta una mujer en bragas para venderme una silla o una mesa?

Por otra parte, creo que la revolución sexual —en cuanto a las relaciones entre sexos— no ha finalizado todavía o digamos que no ha traspasado la frontera patriarcal. Si bien las mujeres ya somos libres para mantener relaciones sexuales con quien y como queramos, todavía pesan sobre nosotras juicios morales en torno al sexo y nuestra actitud ante él. Nos hemos empoderado y adueñado de nuestra sexualidad, pero si nos pasamos de la raya (una raya no dibujada por nosotras) resulta que nos convertimos en una *chica fácil* o directamente en un *zorrón* o una *puta*, o incluso en una mujer que no se valora a sí misma lo suficiente porque se entrega con facilidad.

Como si el amor propio de una mujer tuviera algo que ver con su vida sexual. Eso es injusto y es machista.

Y el *chico fácil*, ¿qué? Pues no existe. El hombre activo sexualmente se considera lo natural, lo contrario se percibe como un fallo en su masculinidad hegemónica.

Es más, para los hombres se ha creado la figura del *pagafantas*.

Un hombre se convierte en pagafantas cuando, tras alcanzar cierto nivel de amistad e intimidad con una mujer, él quiere pasar al terreno sexual y ella no. Al parecer, esto le convierte a él en un pringado que solo está para *pagarle las fantas* a su amiga, y a ella en una aprovechada (pues, aunque sea en sentido metafórico, paga él, luego ella se está aprovechando un poquito).

Pues bien, recibir un NO no te convierte en un *loser* ni en un pagafantas, ni a tu amiga en una insensible aprovechada. Si te gusta tu amiga y ella no quiere acostarse contigo, no pasa nada, en serio, no eres menos hombre ni menos nada. Lo mismo que si se da a la inversa. Se asume y ya está. Eso sí es lo natural.

Y las fotos sexis, ¿para cuándo?

No deseo que las mujeres tengan poder sobre otros hombres, sino sobre sí mismas.

MARY WOLLSTONECRAFT

Soy la peque de la serie, tengo diecinueve años y acabo de entrar en *Al salir de clase*, mi primer trabajo como actriz. Antes había trabajado como presentadora, nunca como actriz. Estoy feliz, nerviosa y con los ojos muy abiertos todo el rato. Admiro a mis compis de trabajo: ¡lo hacen tan bien! Y no se les escapa la inseguridad en los pequeños gestos, como a mí.

Son las siete y media de la mañana y me están pasando la plancha por la melena rubia. Entra una compañera con una revista en la mano, acaba de comprarla en el kiosco. En la portada aparece ella, posando con actitud sexi y muy poca ropa. La veo tan guapa, aunque ya me parecía guapísima y superespecial antes de verla en esa revista.

La sala de maquillaje se revoluciona al ver la publicación. Todas nos alegramos de que salga tan estupenda. Dentro viene un desplegable. Lo abrimos. Uf, vaya cuerpazo, vaya actitud. Me siento como la hermana pequeña que ve con admiración cómo su hermana mayor se convierte en mujer y su poderío crece al reflejarse en las miradas ajenas.

La publicación en cuestión es una revista masculina de gran tirada nacional. Todas las actrices de la serie esperan su llamada, es un privilegio recibirla, te convierte oficialmente en actriz deseada y deseable a los ojos de todos. Pero, sobre todo, te convierte en alguien importante, relevante. ¡Estamos hablando de una portada!

El mes siguiente otra compañera a la que admiro y quiero aparece también en la portada. Al cabo de unos meses, otra. Dentro de mí, deseo ser ellas, recibir la aprobación, el título de mujer-mujer. Por ahora soy la niña de la serie, pero no quiero ser una niña, quiero verme empoderada y admirada como ellas. Sentirme importante, relevante, merecedora de ese espacio de atención.

—Ya te llamarán, tranquila —me dicen.

Un día tengo una sesión de fotos para otra cosa, no recuerdo para qué. Son con un fotógrafo buenísimo, uno de los top del momento. Mi representante me dice que luego haremos un par de fotos sexis para ver si las sacan en la revista masculina de la que te estoy hablando. Tras la sesión «normal», me cambio, me pongo un bikini negro que he traído de casa y hacemos la foto «sexi».

El fotógrafo es estupendo y no me pide cosas que me hagan sentir incómoda, al contrario, es supereducado, profesional y atento. Venga, preparados, listos, ya... ¡Transformación! Me planto delante de la cámara y no pasa nada. No me siento más especial, ni más bella, ni más mujer. ¿Qué hago en bikini delante de un señor con una cámara?

Pensaba que al hacerlo tendría superpoderes y me convertiría en esas chicas que he visto en las portadas, en lo que he proyectado en ellas de mujeres fuertes, empoderadas, seguras de sí mismas y orgullosas de su sensualidad. No siento ninguna transformación a lo Hulk ni a lo Wonder Woman. No sé cómo posar. Meto la tripa para dentro, pongo una pierna frente a la otra... ¿esto cómo se hace? El porqué lo estoy haciendo ahora es lo de menos.

La revista masculina acaba publicando la foto en páginas interiores con un pequeño texto al lado. En la foto salgo muy guapa, es una imagen elegante donde voy en bikini pero no tengo una actitud sexi; mi mirada es seria y poso con los brazos delante, abrazándome, casi parece que tapando mi cuerpo. Cuando me veo en el papel, me siento rara. Pero también me siento bien, todo el mundo me dice que vaya tipazo, que vaya elegancia, que parezco Nicole Kidman (en ese momento Nicole es la de *Moulin Rouge*, así que imagínate). Las miradas ajenas cambian un rato, denoto chispas de admiración y deseo en algunos. Parecen decir: «Eh, no sabíamos que eras un pibón, *alright!*».

Así que vivo todo eso como lo que me han enseñado que es: un triunfo.

Llego a casa y miro la revista de nuevo, ¿qué hago en bikini en una foto de estudio? ¿No debería estar en la playa?

. . .

Ha pasado un año. Esta semana se ha publicado en prensa que voy a interpretar el papel de la hija de Antonio Banderas y Emma Thompson en una peli y recibo «la llamada». Bueno, no una, varias. Hay varias revistas masculinas que me quieren en su portada, lástima que ninguna esté especializada en cine. Están todas especializadas en cosas que se supone son de hombres, como la tecnología, los coches, el fútbol... ¡Ah! Y también en sexualizarnos a nosotras.

Recibo la llamada, pero ahora soy yo la que no quiere. Por un lado, porque recuerdo que me sentí absurda al verme la otra vez. Pero sobre todo porque últimamente muchas actrices hacen este tipo de portadas. Se ha puesto de moda, parece que es la única forma que tenemos de que nos den espacio en los medios. Todavía no hay redes sociales (ni siquiera Facebook) y tampoco ha llegado el *boom* de la prensa digital. Además, las revistas de cine no sacan prácticamente nunca a actrices españolas en primera página, solo americanas, en actitud sexi también.

Tengo en la retina un montón de portadas de compañeras a cual más sexi, a cual con una actitud más provocativa. De pronto, toda esa sensualidad al descubierto me asusta, temo perder mi credibilidad, no quiero que me valoren por lo sexi que puedo llegar a parecer en unas fotos.

Quiero que me miren y piensen en si soy buena actriz y no en lo buena que estoy.

. . .

Han pasado unos cuantos años ya. Tengo treinta. Llevo toda mi carrera evitando mostrar mi sensualidad por miedo a que eso me reste credibilidad. He recibido muchas veces «la llamada» y siempre la he rechazado.

Acabo de rodar una peli que se llama *[REC] 3*, donde empuño una sierra mecánica y me cargo hordas de zombis. Ese papel sí me ha empoderado, más de lo que esperaba.

Últimamente reflexiono sobre mi propia sensualidad y me doy cuenta de que he dejado que no me pertenezca. Le tengo miedo y también la juzgo y lo que hago es anularla. ¿Por qué me pasa esto?

Estoy empezando a leer sobre feminismo y eso aporta algo de luz a mis dudas. Empiezo a comprender que esta relación contradictoria con mi propio cuerpo y mi erotismo es consecuencia de la cultura patriarcal, que nos clasifica como *putas* o *monjas*. Que nos dice «sedúceme y sé atractiva, no vayas a ir de monja; pero no te pases o serás una puta y una zorra».

Algunas nos lo creemos y, como resultado, nosotras mismas crecemos alienadas, cargadas de contradicciones respecto a cómo debemos mostrarnos al mundo. Te lo digo desde ya, debemos mostrarnos al mundo COMO NOS DÉ LA GANA.

Como últimamente me planteo todas estas cuestiones (no ahora, te recuerdo que estamos en un *flashback* a mis treinta años), decido hacer una portada de esas, decido mostrar al mundo una sensualidad que llevo décadas ocultando.

Me hago esas fotos y ahora sí, las hago empoderada; de hecho, elijo yo a la persona que estará detrás de la cámara (Jorge Alvaríño) y a quien me va a maquillar (Patricia Reyes). Elijo la ropa. Elijo yo las fotos que se publican. Me adueño completamente de la sensualidad que quiero mostrar. Y resulta liberador porque esta vez lo hago consciente de lo que significa para mí.

• • •

Hoy creo que lo ideal hubiera sido no tener que publicarlas en una revista masculina, pues la mayoría contribuye a perpetuar los estereotipos machistas y la cosificación de las mujeres, pero en ese momento no se me ocurrió otra forma de hacerlo.

No estoy diciendo que esté mejor o peor hacer una cosa u otra, esto no es un juicio; pretendo compartir la reflexión de cómo, una vez más, nuestro cuerpo y nuestra sexualidad son un extra con el que lidiar, algo más que gestionar. Como dice Silvia Federici, «el cuerpo de las mujeres es la última frontera del capitalismo». A mis compañeros no se les planteaban estas dudas, no tenían que lidiar pública y mediáticamente con su sensualidad, con el hecho de tener un cuerpo. Ellos eran hombres, punto. Eran actores, punto.

Cuando empecé a ser actriz, los referentes de mujeres de éxito que veía en los medios estaban muy relacionados con la sexualidad; no ellas, no sus carreras, no su talento o su discurso, pero sí los espacios que les daban en los medios y por lo tanto el relato con el que yo construía una idea del éxito si eres mujer. Así que yo quería ser eso, quería ese poder, esa atención. Lo que deducía viendo los medios y la prensa (y hoy sigue sucediendo) era que no bastaba con actuar y hacerlo bien, había que mostrarle al mundo que además sabías provocar, podías calentar el ambiente, eso era poder.

Más tarde, cuando llegó el *boom* del que te hablaba antes, de actrices en ropa interior copando portadas, empecé a escuchar mensajes de otro tipo, desde comentarios que juzgaban sus cuerpos como si fueran objetos (muchos de ellos en televisión), hasta mensajes que las desprestigiaban diciendo cosas como «tiene que mostrarse así para que le hagan caso».

Pero, a ver, gente, ¿en qué quedamos?

Virginie Despentes hace una lúcida reflexión en su libro *Teoría King Kong*⁹ que me hizo reinterpretar estas anécdotas de las fotos a lo largo de mi carrera. Hace una lectura del éxito mediático del modelo de chica sexi que se vende a través de los videoclips, la prensa, la moda o el cine. Dice que «con la sexualización de las mujeres de primera línea en portadas y demás, se manda un mensaje tranquilizador al género masculino: “Mira qué buena estoy, a pesar de mi autonomía, de mi cultura, mi inteligencia, en realidad, lo único que quiero es gustarte”».

Pues bien, ahora sé que mi sensualidad no me resta credibilidad ni poder y tampoco me los añade, sencillamente me pertenece.

Ni monjas, ni putas, ni brujas

¿La mujer? ¡La mujer es lo más grande que hay!

DICHO POPULAR (Y MACHISTA)

Claro que sí, hombre, por eso cobramos menos por hacer el mismo trabajo que nuestros compañeros, porque somos tan grandes y tan generosas que no lo necesitamos y no nos importa, estamos por encima de esas cosas. Y por eso mismo no ha habido nunca una presidenta del Gobierno en España y eso que la mujer es lo más grande, pero es que no buscamos la gloria ni el poder. ¿Para qué? ¡Si ya somos lo más grande! ¿Qué más queremos? ¿Dirigir periódicos, películas o empresas? Perdona, no compares eso con ser «lo más grande». Ese título vale más que un ministerio o una empresa del IBEX 35.

Además, en la expresión *la mujer* entramos todas, todas somos *la mujer*, por lo tanto, todas somos *lo más grande*. Aquí hay gloria para todas. Todas somos un ente uniforme y *grande*. No, perdona, *el más grande*.

Así que tranquilas, que ya nos dicen cosas muy bonitas y nos tienen en un pedestal, como para que encima nosotras nos enfademos (sonríe, mujer, que así estás más guapa) o nos pongamos a ejercer de feministas y a luchar por derechos que «ya tenemos».

A la cultura patriarcal le encanta clasificarnos. A menudo le gusta decirnos que somos guapas, tiernas, cuidadosas, que somos las más generosas, las más sensibles... Atributos a los que, claro, ¿quién querría renunciar? ¡Si son preciosos!

Diciéndonos estas cosas tan bonitas hasta nos han hecho creer que las niñas maduran antes que los niños. Porque, claro, desde peques somos todas tan responsables y nos portamos tan bien. Mientras ellos juegan al fútbol nosotras ya aprendemos a poner la mesa por iniciativa propia. Pues mira, bombazo de última hora: hay niñas irresponsables, al igual que hay mujeres irresponsables, incluso hay niños, tatatachán: ¡que maduran antes que las niñas!

Es fuerte, ¿verdad? Tantos años creyéndonos las más maduras y resulta que no, que todo depende de nuestra personalidad, esa que cada persona tiene.

Aquí tienes otro ejemplo de que la mujer es lo más grande: hasta en las carreras ciclistas el premio del campeón es el beso de «una mujer». ¿Existe mayor honor que entregarle la copa al campeón y besarle?

¿Cómo? ¿Que no te parece bien que en la vuelta ciclista el premio del héroe, además del trofeo, sea el beso de una chica joven en minifalda? ¿Encima? ¿Encima de que os subimos al podio con él? Entonces lo que te pasa es que tienes envidia porque no eres tan guapa como las

que suben al podio. Eso, o es que en el fondo eres una monja y estás en contra de la liberación sexual. ¡A la hoguera! Ay, no, que ahí van las brujas, pues ¡al claustro! ¡Por monja!

Aquí solo aceptamos feministas de las guais, de las modernas, nada de monjas, queremos a las feministas que hablan de la revolución sexual y se empoderan liberando su cuerpo. Si no eres eso, eres una monja, recatada y reprimida que no ha entendido nada del movimiento feminista y de las mujeres que quemaban sujetadores o se acortaban las faldas en época de represión.

Esto que acabas de leer no me lo he inventado yo, este es el discurso neomachista que alguna vez nos lanzan a las mujeres que nos quejamos cuando vemos a otras mujeres ejerciendo el rol de «premio» o de «sujetaparaguas en minifalda y sujetador». Es decir, siendo objetualizadas, aunque con ello esas mismas mujeres ganen dinero.

Pues aquí va otra noticia bomba: las feministas que se cortaban las faldas no buscaban ser objetos de deseo en pistas deportivas, esa no era su mayor aspiración. Buscaban ser libres y poder vestir como les diera la gana sin tener que aguantar comentarios de nadie.

Y mira, si la mujer es lo más grande, puede subir cualquier mujer al podio, así que cuando sea una mujer de más de cincuenta años, con un físico no heteronormativo, la que suba a besar al campeón, volvemos a abrir este debate.

No queremos pedestales, no queremos que nadie nos coloque en ningún sitio, queremos colocarnos nosotras.

Uno de los objetivos del feminismo es conseguir que seamos nosotras mismas las que nos construyamos, que no sea la mirada ni la cultura masculina quien lo haga con sus premios y halagos envenenados. No queremos que el patriarcado ni nadie nos defina. Gracias por el interés, pero no.

La buena noticia es que podéis dedicar ese tiempo a otras cosas... Por ejemplo, a planchar o poner lavadoras.

El día que juzgué a una compañera de reparto en secreto

*El opresor no sería tan fuerte
si no tuviera cómplices entre sus oprimidos.*
SIMONE DE BEAUVOIR

Ahora que he abrazado el feminismo y lo he estudiado e interiorizado, hay capítulos de mi vida que vuelven por sorpresa a mi memoria, en los que me descubro a mí misma como cómplice silenciosa del patriarcado. Este es uno de ellos.

Esa noche había una fiesta, celebrábamos que la serie en la que estábamos trabajando iba muy bien de audiencia. Producción había cerrado una discoteca para el equipo. Podíamos llevar acompañante, así que éramos poco más de cien personas. Yo me sentía muy feliz, como si la fiesta también fuera mía, supongo que porque en parte lo era. Feliz además porque sentía que formaba parte de algo, de un grupo de gente interesante y con la que compartía una misma pasión.

En un momento en el que la popularidad de la tele me dificultaba un poco lo de salir a discotecas sin que se me acercaran tíos borrachos (había muchas menos series y por eso el foco era mayor), esa fiesta era una oportunidad para el desmelene y el disfrute sin fin. No era una cuestión de clasismo, era más bien una oportunidad de sentirme relajada y libre.

Bailamos muchísimo y reímos todavía más.

Una compañera de la serie estaba particularmente *on fire*, era la reina de la pista. Proporcionaba cierto placer mirarla, pues cada canción le parecía mejor que la anterior. Puede que ella, como yo, también se sintiera pletórica por formar parte de una suerte de familia audiovisual tan especial.

Yo no era la única que la miraba, más ojos empezaron a posarse sobre ella, miradas de deseo, miradas de culpa por sentir ese deseo. Ella parecía inmune a eso. Qué suerte, pensé, yo cuando estoy bailando en la pista y me miran con lascivia descarada, me incomodo, me molesta la impudicia que muestran algunos y esa libertad autoconcedida de mirarte como si fueras un trozo de carne. Hay distintas formas de mirar, hay miradas que molestan y miradas que no y tú, que lees esto, lo sabes.

Uno de los directores de la serie se lanzó a la pista y ella empezó a bailar con él. Era un hombre mayor que ella, un tipo afable y tranquilo, de aspecto y actitud serios. Hay gente a la que nunca te la imaginas bailando, parece que si lo hicieran fueran a romper la realidad o su personaje se fuera a desmontar. Él era una de esas personas. Sucede algo muy bonito cuando

bailamos con otra gente, bailar nos iguala, nos pone en contacto con nuestra vulnerabilidad (a no ser que sepas bailar como Beyoncé); creo que compartir eso resulta reconfortante y liberador.

Ahí estaba ese hombre, bailando a su manera, como hacemos todas, buscando en sus caderas y sus brazos el compás, sin perder contacto visual con su compañera de baile. Ella en frente, riendo, gozando, bailando. Miradas de igual a igual.

Ahí estaba esa pareja imposible, compartiendo la incapacidad de él de resultar moderno y celebrando el momento. Les costó, pero una vez que consiguieron el compás musical de sus cuerpos, dieron paso al compás de sus lenguas y se besaron. Sí, en mitad de la pista, ¿por qué no? El momento les pilló ahí. La cadencia musical pasó a segundo plano, ellos dos marcaban su propio ritmo, uno lento y sostenido. Se besaban como si no hubiera un mañana, había tanta sensualidad y disfrute que no quería dejar de mirar, pero me daba corte hacerlo.

Aparté la mirada y me encontré con las del resto, enfocadas hacia el mismo lugar. Las había de todo tipo, de envidia, de morbo, de risa y de juicio. Podías escoger la que quisieras.

No te lo he contado, pero estudié en un cole de monjas hasta quinto de EGB (sí, yo fui a EGB). Por lo tanto, fue grabada a fuego en mi subconsciente la idea de sexo como pecado. Por lo menos la idea de sexo libre, de sexo sin compromiso. Y no solo por haber ido a un cole de monjas, todo el imaginario patriarcal me ha enseñado que las mujeres que disfrutaban de su sexualidad sin pudor y delante de todo el mundo son «un poco zorras». No pasa lo mismo con ellos, que me han enseñado que cuando lo hacen son «unos machotes». Una mentira patriarcal más.

En fin, que de todas las miradas que podía escoger, escogí la del juicio. Pensé que mi compañera se estaba equivocando, que si quería enrollarse con ese hombre, podía hacerlo en otro sitio y no en el centro de la pista. Que, además, no estaba bien que lo hiciera con él porque era su jefe (también te digo, era su jefe, pero no quien la contrataba ni quien le pagaba a fin de mes). Pensé que desde ese momento no se la tomarían en serio, pensarían de ella que era una fresca.

Todo esto lo pensé de ella y no de él.

Estaba tan equivocada.

Mi compañera estaba siendo libre, no estaba forzando a nadie, estaba gozando de su propia sexualidad y de su vida. En realidad, es lo más enrollarte con alguien mientras bailas un temazo en el centro de la pista.

Desde aquí te digo, compañera, aunque nunca lo supiste, que lo siento.

No es lo mismo meter o que te la metan. Ah, ¿no?

Fácil es un adjetivo que se utiliza para describir a una mujer que tiene la moralidad sexual de un hombre.

NANCY LINN-DESMOND

Érase una vez un chico que estaba emparejado con una chica desde hacía unos cinco años. El chico tenía aventuras fuera de la relación sin que ella lo supiera. Un día la chica se enteró. Se enteró de una de sus aventuras, no de todas. Tuvieron una fuerte discusión. Lloraron. Él le pidió perdón. Hicieron las paces y siguieron con la relación.

Un año más tarde la chica tuvo también una aventura. Él chico se enteró. Montó en cólera, la llamó puta, guarra y esas cosas que nos llaman a las mujeres cuando nos quieren insultar. Ella le pidió perdón, le dijo que él había hecho lo mismo y ella lo había aceptado. ¿Por qué no iba a hacer lo mismo él? Entonces él le contestó: «Hombre, no compares, no es lo mismo meterla o que te la metan».

Este relato es verídico, te lo juro. El chico lo pensaba de verdad, que no es lo mismo meter o que te la metan. Está claro que físicamente no es lo mismo, aunque el resultado sí, un Tetris humano de dos órganos genitales. Pero es que, además, para el conflicto que se planteaba en este caso, era exactamente lo mismo: dos personas, hombre y mujer, que están pareja, han decidido mantener una relación sexual fuera de esta.

Pero para el chico no era lo mismo, porque históricamente se ha establecido y aceptado que en la pareja heterosexual (considerada como la forma de organización social y amorosa correcta), por naturaleza y fuerza mayor, el hombre necesita saciar sus necesidades sexuales fuera de ese pacto; mientras que la mujer (carente de deseo propio, a no ser que sea el deseo de satisfacer a su marido) no debe ni plantearse esa posibilidad y debe ser feliz siéndole fiel a él y cuidando de la casa. Históricamente, a las mujeres se nos han arrebatado la sexualidad y el deseo. En la literatura, en el cine y hasta en la música.

Probablemente para él tampoco era lo mismo por un sentimiento de propiedad, y vuelvo al paralelismo de los terrenos. Es como si nosotras fuéramos una parcela de terreno y esa parcela le pertenece a un patriarca, por lo tanto, entrar en ella (que te la metan) es ofender la dignidad de ese patriarca. Y no, no somos parcelas y mucho menos parcelas de nadie, somos personas.

Me parecen estupendos los pactos que realicen las personas para relacionarse sexual y amorosamente, pero eso que decía este chico no cuela.

Sí es lo mismo meter o que te la metan.

Coitocentrismo o la sexualidad al servicio de un falo

Hablemos un poco más de sexo. Hablemos de lo que es el coitocentrismo: consiste en entender el acto sexual como un encuentro físico cuyo objetivo principal es el coito y el orgasmo a través de él.

¿Por qué te hablo de coitocentrismo ahora? Pues porque lo personal es político y por lo tanto la sexualidad también lo es.

El relato hegemónico hoy en día propone una visión de la sexualidad totalmente androcentrista y, como consecuencia, falocentrista. Sí, de poner el falo en el centro, como si en el sexo todo debiera girar en torno al pene.

(Por cierto, *falocentrista* es más fácil de decir que *androcentrista*, lo digo por lo de las cenas con debate y tal.)

La forma de ejercer la sexualidad también está atravesada por el patriarcado, ¡aquí no se libra nadie! Y por lo tanto viene cargada de estereotipos sexistas que no favorecen relaciones sexuales de igualdad, sino de dominación.

¿Te acuerdas de la construcción de la masculinidad hegemónica? A través de esa construcción cultural hemos asumido como natural que la expresión sexual de los hombres es la heterosexual, que además debe ser satisfecha a través del coito, cuantas más veces mejor, con cuantas más mujeres mejor. Y es más viril cuanto más desvinculada de los sentimientos está. Identificamos esa visión de la sexualidad con el sexo, cuando no es más que eso, una visión, una forma de entender la sexualidad (patriarcal y por tanto vinculada a la desigualdad). Hay más formas, afortunadamente.

Seguramente la religión ha influido y mucho en la visión coitocentrista del sexo. Según el cristianismo, el sexo solamente debe realizarse dentro del matrimonio hombre-mujer y su finalidad debe ser la de procrear. ¿Y cómo procreamos? Pues con la introducción del pene en la vagina y el posterior lanzamiento de espermatozoides en su interior, algo que ocurre cuando el hombre llega al orgasmo. Por lo tanto, lo importante para la procreación, y, en consecuencia, para el acto sexual, es que el hombre suelte a sus amiguitos. Lo demás es accesorio y secundario.

Pues mira, NO. El sexo no existe solamente para procrear. De hecho, la mayoría de las veces no se practica con ese fin. El sexo es una forma de relacionarse y de intimar con otro ser humano, de la manera que los seres humanos implicados (dos, tres o los que se quieran juntar) deseen, es decir, más amorosa, más divertida, más trascendental o mística, más pasional, pero siempre desde el respeto y el pacto mutuo.

Además, poner todo el foco en el coito limita mucho el acto sexual, dejando en un segundo plano los juegos, los roces, la masturbación o el sexo oral. Y convierte al hombre en su protagonista.

Pensemos en las escenas de cama que vemos en el cine convencional. No me refiero ahora al cine porno (eso da para otro libro entero), sino a pelis que se estrenan en salas comerciales o que dan por televisión en abierto. ¿A que la gran mayoría de las veces esa escena de cama consiste en una penetración y un gran orgasmo final cuando el hombre se corre? Eh, no valen ejemplos sueltos donde no es así, hablo del cine *mainstream*, que es el que genera hegemonía cultural.

Y de acuerdo, es ficción, pero ya hemos analizado y visto cómo la cultura, en este caso el cine, nos ayuda a construir nuestra visión del mundo y nuestro propio imaginario.

¿Cuántas veces en el cine vemos llegar al orgasmo a la mujer antes que al hombre?

¿Cuántas veces vemos que ella tiene más orgasmos que él? ¿Cuántas veces es ella quien marca los tiempos? ¿Cuántas veces en el cine el acto sexual NO implica un coito? Esto último no vale si es por falta de preservativos. ¿Cuántas veces el acto sexual continúa tras el orgasmo masculino? La respuesta a todas estas preguntas es: nunca o casi nunca.

La razón de la respuesta es porque desde el cine se muestra todavía una visión patriarcal de la sexualidad.

Generalmente, lo que vemos en el cine es un mete-saca más o menos apasionado y una explosión final que, o bien es solo masculina (lo que nos convierte a nosotras en meras recipientes de esperma y placer del otro, muchas gracias) o es conjunta. ¿En serio se supone que hombre y mujer se corren a la vez solo con el coito? Si has tenido alguna relación sexual heterosexual y estás leyendo esto, ¿cuántas veces te has corrido a la vez que tu pareja sexual con el coito? Seguramente pocas, no digo que ninguna, pero no la mayoría de las veces.

En el cine, el gran orgasmo, el gran objetivo de la penetración y por lo tanto del acto sexual, ocurre cuando lo marca el pene. Él es el jefe. Él dice «hasta aquí». Ahora paz y después gloria.

Y no. El falo no es el jefe y no debería ser tan egoísta.

Enriquecería mucho el relato cultural, y por lo tanto nuestro imaginario y nuestra vida, el incorporar de manera natural otras visiones del sexo. Estaría muy bien ver como nosotras no somos objetos de deseo, y por lo tanto, no solo somos miradas, sino que también miramos y somos las dueñas de ese deseo (que puede ser, además, hetero, homo o bi). Estaría muy bien ver como nosotras somos estimuladas de otras maneras, a través del clítoris, por ejemplo. Algo que sabemos que a Freud le parecía propio de mujeres enfermas —eso es porque él no experimentó nunca un orgasmo clitoriano, también te digo—. Incluso estaría bien que después del orgasmo masculino el acto sexual no se diera por finalizado. ¿Por qué la lluvia de espermatozoides tiene que poner el punto y final? ¿Por qué no puede seguir la fiesta después de eso? Las mujeres podemos tener más orgasmos que los hombres en una relación sexual, que el hombre se haya corrido no significa que el encuentro haya finalizado. Pero así nos lo cuentan en la ficción y así lo reproducimos en la vida.

Orgasmos y sexo en Nueva York

Veo capítulos de *Sexo en Nueva York* sin parar. Uno tras otro. A veces prefiero quedarme en casa con mis DVD que salir a cenar con amigas. Es mi placer culpable. Digo lo de culpable porque hay cosas de la serie que no me gustan, como la pasión de sus protagonistas por la ropa cara y los zapatos de marca, o la obsesión de Carrie por Big, ese hombre misterioso que la hace sufrir. Carrie, tía, pasa de él de una vez, no merece la pena seguirle el rollo y alimentar su ego.

Aun así, disfruto viendo a mujeres tan distintas hablando de cosas tan distintas y gozando de su sexualidad. Además, son mujeres de casi cuarenta años, algo que no debería resultar sorprendente, pero en realidad lo es. Yo tengo veinte, pero me identifico con ellas de todas formas.

Estoy montada en un taxi con un chico, nervios y excitación en el ambiente. Estábamos cenando un grupo de gente por Malasaña, se han ido sumando amigos y hemos salido a tomar algo y a bailar. Me ha apetecido sentirme como la prota de un capítulo de *Sexo en Nueva York* y le he propuesto al chico con el que ahora comparto taxi que nos vayamos juntos. Es amigo de un amigo, hemos cenado juntos varias veces y me cae bien. Es un tío majo y me parece atractivo. Si fuera un desconocido no se lo habría propuesto, eso me da miedo (y me lo sigue dando años después). Nos hemos estado mirando, hemos bailado, hemos reído y he pronunciado una frase supertópica que nunca había dicho y que siempre había querido decir: «¿En tu casa o en la mía?». Casi se me escapa la risa al decirlo, ha sido entre divertido y patético. Creo que a él le ha pasado lo mismo.

Estamos en su casa. Todo me resulta excitante, su piel, mi piel, la poca luz que hay en el piso. Vamos muy rápido, como en las pelis, como en una escena apasionada de la serie. Estamos con ganas, lanzados, pero eeeh... No tan rápido, ¿y el condón? Está a punto de meterla sin condón. Le pregunto si tiene preservativos, me dice que sí y va a por ellos. Abre uno y empieza a ponérselo, tarda más de la cuenta, algo que me sorprende. ¿Por qué le cuesta tanto? Y ahí me cae la pregunta que me veía venir:

—¿Por qué no lo hacemos un poco sin?

Lo primero que me pasa por la cabeza como respuesta es: «¿No viste *Philadelphia*? ¿No sabes lo que le pasa a Tom Hanks por hacerlo sin condón?». Pero le contesto que prefiero que se lo ponga. Él pone una cara de emoticono tierno. Yo pienso que, si seguimos así, el momento fogoso pasará, cambiaremos la comunicación de los cuerpos por un debate sobre enfermedades de transmisión sexual y embarazos no deseados. ¡Cuán sexi sería eso! ¿Verdad?

Seguimos y, no te lo creerás, pero pasado un rato me lo vuelve a decir, esta vez usa una estrategia más poética: «Quiero sentirte».

Mira, tronco, yo lo que quiero sentir es que somos dos personas adultas que deciden tener una relación sexual sana y consensuada sin tener que estar abriendo un debate sobre algo que nos enseñaron en el cole con diecisiete años. Tampoco le contesto eso, intento mantener un tono sexi (ponle tú el tono que quieras según lo que sea sexi para ti) y le contesto que mejor con condón.

Madre mía, parezco un anuncio de prevención de enfermedades de transmisión sexual (ETS).

Del salón pasamos a la cama. Mi cabeza anda ya un poco despistada, tanta charla en torno a un trozo de látex no es excitante. En la cama parece que el debate ha terminado, bien.

Este capítulo de *Sexo en Nueva York* me está gustando bastante, me siento salvaje y empoderada, me siento adulta, me mola.

Él empieza a tocarme, me aprieta un poco demasiado, así que le guío:

—No tan fuerte.

Él relaja la presión en mi clítoris y sigue moviendo los dedos. No lo hace tan bien como yo esperaba, pero no pasa nada, estamos disfrutando del contacto piel con piel... O, espera..., eso creía, pero ahora está acelerando el ritmo de su mano sin venir a cuento. ¿Por qué? Yo no le he dado ninguna pista de que había un orgasmo en camino, no me he estremecido ni he gemido, pero él ha puesto la directa y ha vuelto a aumentar la presión. A ver cómo enderezo yo esto.

—Te gusta cómo te toco, ¿a que sí? —me susurra al oído.

Ups, ¿le digo la verdad? No, en serio, ¿se la digo? Va, se la digo.

—Sí —contesto sacando mucho aire por la boca.

¡No! ¡Tenías que decirle que no! ¿Por qué has dicho que sí? Ahora se está viniendo arriba otra vez.

—Disfrútalo. Venga.

Alto, imperativos no. Cuando me guste, lo disfrutaré, pero no porque tú me lo ordenes. Y mientras sigas confundiendo mi clítoris con el *joystick* de la PlayStation la cosa pinta difícil.

—Córrete —él insiste, como si tuviera prisa.

¿Desde cuándo una persona se corre porque alguien le dice que lo haga? Las mujeres no tenemos un mando para eso: *play* orgasmo, pausa orgasmo, *rewind* orgasmo para repetir. Con lo excitante que empezó todo y lo mecánico que ahora resulta. Yo tocar botón, tú correrte ahora. No funciona así.

—Es que me cuesta correrme.

—No te preocupes, relájate. Ya verás.

Ya verás ¿el qué? Colega, ya me he corrido más veces en mi vida, no vas a descubrirme el paraíso, ya lo visité yo sola por primera vez. Está tan empeñado en que me corra que no va a parar hasta conseguirlo. Lo que él no entiende es que cuanto más se empeña en conseguir ese orgasmo, este más se aleja de nosotros. Es un axioma.

¿Cómo era esa frase? «Si lloras porque no puedes ver el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas.» Muy cursi, pero ahora me viene como anillo al dedo. Si solo te obsesionas por ver cómo me corro, te perderás (y nos perderemos) todo lo demás.

Mira, ¿sabes lo que te digo? Acabemos con esto, voy a fingir. La gente finge, lo he oído. Y me lo han contado en la peli *Cuando Harry encontró a Sally*. Ahí, tanto Meg Ryan como la dobladora de Meg Ryan lo fingen estupendamente bien. Yo nunca lo he hecho, pero, oye, siempre hay una primera vez para todo y soy actriz, ¿no? ¡Pues que se note!

Empiezo a respirar más rápido de la cuenta y a intercalar gemidos. Por favor, que no se dé cuenta o me moriré de la vergüenza. Voy a subir un poco el volumen de mi voz, creo que le dará credibilidad.

—Así, así —dice él.

¿Está funcionando? ¿Cómo es posible? Me siento tan ridícula ahora mismo...

Venga, voy a alargar los gemidos a ver qué tal suenan... ¡Aaaah! Más largos sería mejor y que no suene tanto la «a», que sea más entre una «a» y una «o». ¡Oooooooooaaaaah! Ahora sí. Espera, no todo reside en la voz, debería estremecerme o algo. Contraer la barriga, apretar los glúteos. Oye, me lo estoy creyendo hasta yo. ¿Me estaré corriendo? ¿A ver?... No, falsa alarma.

Él acelera el movimiento de su mano, joder qué molesto. Mira, me tiro a la piscina, o todo o nada, como las grandes actrices, voy a gritar de placer.

—Ahora sí —dice él.

Exacto. Ahora sí que me van a dar el Goya, qué pena que los miembros de la Academia nunca podrán valorar mi actuación.

Cuerpo en tensión, gritos de placer, clímax y cierre. Un tercer acto perfecto. Relajo el cuerpo, respiro cansada, dejo ir un suspiro de «¡joé, qué gusto» y su mano se aleja de mi zona genital. Por fin.

Que levante la mano quien no haya fingido al menos un orgasmo

Durante todos estos siglos, las mujeres han servido de espejos dotados del mágico poder de reflejar la figura del hombre al doble de su tamaño.

VIRGINIA WOOLF

Estoy de camino a casa de Pati con los cascos puestos, escuchando la radio en mi Spotify. Me salta una canción de reguetón. Trata sobre un chico llamado Don al que le gusta *dar*. Por el contexto entiendo que le gusta «darnos lo nuestro a las mujeres». Es más, le gusta «darnos fuerte», que para algo es un machote. La canción también habla de una chica que se viste y se maquilla, ¿qué otra cosa podría hacer?, y a la que Don va a sentar en su silla porque «hoy vas a ser mía». La chica en cuestión dice que está muy suelta, imagino que eso, para el cantante, quiere decir que tiene ganas de que Don le dé lo suyo, así que este le contesta que perfecto, porque «hay una fila hecha para darte fuerte». Hombre, si le damos, le damos fuerte y en grupo, para reafirmar nuestra masculinidad hegemónica y patriarcal como hay que hacerlo, en manada.

Sí, ya sabes lo que estoy pensando, que además nosotras somos un objeto de deseo, hipersexualizado, sin voluntad y nos define una mirada masculina, literalmente como «una gata en celo».

Lo peor de todo esto es que la canción me da ganas de bailar. Llego a casa de Pati y me pongo a bailar mientras ella termina de cortar la sandía para el gazpacho.

Hoy hemos quedado Pati, Carla, Esther y yo para cenar en casa de Pati. Yo he traído vino y queso. Pati está haciendo gazpacho de sandía. Carla pillará empanadas argentinas y Esther creo que iba a hacer tortilla de patata, que le sale superrica.

—Nada, no me lo coge y no me lee los wasaps. —Estoy llamando a Esther, esta es la sexta vez, hace más de una hora que debería estar aquí y no ha avisado de que llegaba tarde ni lee mis mensajes.

—Leti, no te rayes, estará liada con algún artículo que le habrán pedido a última hora. ¿Preferís agua con hielo o sin?

—Ya, pero podría avisar o contestar al teléfono.

La casa de Pati es pequeña y muy acogedora. La cocina está abierta al salón y siempre acabamos todas alrededor de la barra, en los taburetes que le regalamos cuando se mudó.

—Sin hielo, porfi —contesta Carla mientras abre la caja de cartón con las empanadas—. Leti, igual se ha olvidado de que hemos quedado, anda muy despistada últimamente, ya

aparecerá. ¿Vamos comiendo las empanadas?

—Trae, que las meto en el horno.

Pati mete las empanadas en el horno y yo ando nerviosa, dando vueltas por el microsala. Del sofá a la barra de la cocina, de la barra al sofá. Tengo ganas de contarles que la última vez que Esther dejó de contestar al teléfono fue un día en el que tuvo una gran bronca con Víctor y este le tiró del pelo y la estampó contra la pared, según ella en un arrebato de ira porque se estaban diciendo cosas horribles el uno al otro. Le dejó moratones en los brazos.

Creo que no puedo más, se lo voy a contar. Les parecerá increíble, nadie lo diría, Esther es una mujer con mucho carácter y una personalidad arrolladora, pero me da igual que alucinen, yo no puedo cargar con este secreto más tiempo.

Entonces suena el timbre. Es Esther.

Carla le abre y se abrazan en el pasillo. Esther entra quitándose la chaqueta, acelerada.

—Perdonad, me he liado con un artículo.

—No pasa nada, ¿quieres una empanada? —Pati le ofrece una empanada a Esther.

—¡Mierda! —Esther pone cara de terror.

—¿Qué pasa? —A Pati casi se le cae la bandeja con las empanadas.

—¡No he traído la tortilla de patata!

—Joder, tía, qué susto, has puesto una cara... No pasa nada. Carla ha pillado empanadas de más y yo he hecho gazpacho de sandía para una semana.

Me acerco a Esther para darle un beso y un abrazo de bienvenida. Aprovecho para susurrarle al oído:

—Estaba preocupada, ¿estás bien?

Ella se separa y se dirige al sofá colocándose bien el pañuelo que lleva en el cuello.

—Claro. Y en cuanto me sirváis una copa de ese verdejo estaré mejor.

• • •

Nos hemos terminado una botella de vino, todas las empanadas y el queso francés que he traído.

Pati nos cuenta cómo va su rollo con Laura, una chica que conoció en un congreso de odontología y que es odontóloga como ella. Quedan de vez en cuando y no se plantean nada, Pati tiene muy claro que ahora mismo no quiere tener pareja.

—¿Y tener que escuchar cómo se tira pedos en el baño? No, gracias.

—Bueno, tú también te los tiras. No pasa nada —le digo yo.

—Oye, que me parece estupendo que vosotras os tiréis pedos con gente, pero yo paso.

—Delante de nosotras te has tirado pedos, guapa —dice Carla, antes de coger la última trufa de chocolate.

—Pero delante de vosotras no tengo orgasmos.

—Eso es cierto. Oye, qué ricas estas trufas —contesta Carla.

—Un tema... —digo yo elevando la copa.

—¿Brindamos por algo? —dice Carla abriendo los ojos muchísimo.

—No. Bueno, si queréis brindamos por nuestros orgasmos, pero antes quiero haceros una pregunta.

—Dispara —dice Carla.

—¿Vosotras habéis fingido un orgasmo alguna vez?

Silencio. Miraditas. Labios que esconden medias sonrisas. Hasta que todas se tronchan. Esther también, me alegro, llevaba toda la cena medio ausente. Estoy casi segura de que ha

llegado más de una hora tarde porque ha tenido una bronca con Víctor y no porque estuviera currando, y que no nos lo cuente no me gusta.

—¡Pues claro! ¿Tú no? —me pregunta Carla.

—Dos veces en mi vida.

—¿Solo dos? ¡Pues qué suerte, nena! —dice Esther.

—¿Vosotras más?

—Yo estuve liada con un tío durante seis meses y jamás tuve un orgasmo con él —nos cuenta Carla.

—¿En serio? ¿Seis meses? ¿Por qué lo hacías? —le pregunto.

—No lo sé. Porque me gustaba mucho y supongo que por la esperanza de correrme algún día, por ver si pasaba, pensaba..., con lo que me gusta este tío, ¿cómo será correrme con él?

Me río tímidamente.

—Puedes reírte, Leti, no pasa nada. He fingido con más. Y tú, Esther, que no dices, nada. Mójate, va.

—Yo con Víctor alguna vez, pero con rollos un montón de veces.

—¿Y entre lesbianas también fingís? —pregunto a Pati.

—Yo solo he fingido estando en pareja, con Marta, pero muy pocas veces. Días que estaba cansada y la veía a ella empeñada en que me corriera y por no decirle que no me iba a correr ni *patrás*, he fingido. Y cuando he estado con tíos, varias veces.

Nos quedamos calladas un momento. Creo que estamos intentando entender por qué hemos fingido.

—¿Y por qué lo hacemos? ¿Por no herir el ego de la otra persona? —pregunto en voz alta.

—Supongo que sí —dice Esther.

—Claro —confirma Pati.

—Yo creo que no solo es por eso. Yo alguna vez he fingido por proyectar una imagen de mí misma como de tía que disfruta —dice Carla.

—*Què vols dir?* —A veces con Carla se me escapa el catalán, le acabo de preguntar qué quiere decir.

—Pues que a veces he fingido para que la otra persona me vea como una mujer que disfruta del sexo. ¿Cómo decirte? Para que piense que soy más sexual que nadie.

—¡Yo también! —dice Esther—. Es como que nos entra un rollo en plan «quiero que me vea gozarlo, no vaya a pensar que soy frígida».

—Pero ¿y qué pasa si un tío con el que estás ve que no te has corrido? ¿Cuál es el problema? —pregunto.

—Su inseguridad —dice Carla.

—Y un poco también la tuya propia, el querer estar a la altura —dice Esther.

—¿A la altura de qué? —pregunto.

—De lo que se supone que es una mujer pasional —contesta Esther.

—Mira, yo a veces he sentido que si un tío con el que estoy ve que con él grito y me corro como si no hubiera un mañana, me mira con más deseo y eso me hace sentir bien y me sube la autoestima, porque siento que ese deseo lo he generado yo.

—Aunque haya sido fingiendo —añado.

—Sí. Es una mierda, pero sí.

—Pues yo no tengo claro si haciendo eso lo que reafirmas es su propio deseo hacia ti o su autoestima y su ego —dice Pati.

—Creo que va todo unido —responde Carla.

—O sea, que tú te quedas sin orgasmo a costa de reafirmar su autoestima. Y luego que te mire con esa sensación de seguridad que le ha dado tu orgasmo falso es lo que alimenta la tuya propia.

—Es absurdo, pero es así. Eso sí, estando en pareja no me pasa. Menos con el tío ese de los seis meses que no sé qué me dio, la verdad. Con pareja estable no finjo, me parece poco útil de cara al largo plazo —dice Carla.

—Sí, se puede convertir en un círculo vicioso —concluye Esther.

Carla abre mucho los ojos.

—Acabo de decidir que no voy a fingir nunca más.

—¡Brindo por ello! —digo levantando mi copa de vino. Todas me siguen. Un brindis improvisado por los orgasmos de verdad.

—Es que es una movida meterse esa presión, y no sé vosotras, pero yo si empiezo a pensar que me tengo que correr, me cuesta cada vez más y si la otra persona se obsesiona con eso, vamos mal. —Esta es Pati.

—A mí me pasa lo mismo, creo que es porque el orgasmo está en el cerebro, o algo así leí una vez. ¿Tienes más trufas? —A Carla le encanta el chocolate.

—No, lo siento.

—¿Sabes qué pasa? Que en las pelis las actrices gemís tan bien, que al final parece que si no gimes así eres una tía que no disfruta y no mola ser esa tía —dice Esther.

—Pues os digo una cosa, correrse está muy bien, pero centrarse en eso es agobiante y hace que te pierdas otras cosas.

—¿Qué cosas? —pregunta Esther.

—A ver, un orgasmo dura segundos y todo lo demás puede durar horas, eso también habrá que disfrutarlo —dice Pati.

—Pues sí —confirma Esther.

—Oye, estoy pensando que en relaciones hetero solo puede fingir una persona de la pareja, pero en relaciones lesbianas, se multiplica por dos. Qué putada, ¿no? —pregunto a Pati.

—No sé si es putada o no, porque yo ahora mismo con la odontóloga no finjo nada de nada. O sea, la odontóloga, a la que no necesito ver cada noche antes de ir a dormir con nuestras férulas de descarga puestas, me ha descubierto la panacea, nenas.

Todas miramos con intriga a Pati. Estamos deseosas de que lo suelte, pero a ella le gusta hacer pausas dramáticas.

—¿El qué? —Ojos de Carla superabiertos.

—El *squirting*.

—¿Qué es eso? —dice Carla.

—¡La mandanga esa de correrte a chorro! ¿No? —Me encanta la palabra *mandanga* y creo que todavía no la había tecleado aquí, qué mejor contexto que este.

—A mí, creo que me pasó una vez y ya —dice Esther.

—A mí dos. Voy de dos en dos. —Me rio sola.

—Pero la gracia de eso, ¿está en el orgasmo en sí o en el chorro? Porque a mí que me salga un chorro o no me salga me da lo mismo, sinceramente. Y si voy a tener que cambiar las sábanas más vale que ese orgasmo merezca la pena, porque si no, me quedo con los orgasmos de siempre.

—Pero ¿estamos hablando de un nivel de chorro como para tener que cambiar las sábanas? ¿Tanto sale? —pregunta Esther.

Con cierto drama e intensidad, poso mi mano sobre el brazo de Pati y la miro fijamente, como hacen los hámsteres en los vídeos esos donde comen pipas superconcentrados. Pati es la pipa y el hámster soy yo.

—Pati, queremos todos los detalles, pero todos, cómo se hace, cuánto dura, si mola más o menos que un orgasmo normal y si es verdad eso de que parece que te vas a mear —concluyo—. Pero antes voy a abrir la tableta de chocolate negro con almendras que he visto que tenías en la encimera de la cocina, ¿vale? —digo «vale» como si estuviera desactivando una bomba, como si dijera: «Voy a cortar el cable azul... ¿vale?».

—Vale —responde Pati imitando mi tono dramático.

. . .

El resto de la noche la pasamos hablando de *squirting*, estimulación anal y sexo tántrico. Las horas pasan volando, estos ratitos nos dan la vida a las cuatro, estamos en la habitación propia de la que hablaba Virginia Wolf, solo que esta es una habitación propia compartida. Y hay cosas que, compartidas con amigas, saben mejor.

El escándalo machista vestido de normalidad¹⁰

Tengo dieciocho años, son las 23.00 de la noche y estoy en la fiesta de despedida de uno mis primeros trabajos en el mundo audiovisual. Me siento feliz y adulta. En la barra del bar charlo con el director, el subdirector y dos compañeros más. Todos adultos. Me preguntan qué voy a hacer a partir de ahora y les digo que seguir estudiando interpretación porque quiero ser actriz.

A partir de ahí, la conversación se silencia en mi memoria, los gestos se ralentizan y las sensaciones físicas vuelven a mi piel. Siento una mano en el pecho, en MI pecho, juraría que en mi teta derecha. Bajo la mirada para ver de dónde ha salido esa mano indecente, es de hombre, tiene pelos en los dedos, sigo el recorrido por el brazo, paso por el codo, el hombro, cuello, oreja, cara y ahí están sus ojos, que me miran sonrientes y libidinosos.

—¿Qué haces? —le digo al director.

—Te toco la teta —me contesta.

—No puedes hacer eso.

Tengo dieciocho años, no hace ni diez meses estaba sacándome la selectividad y lo que más he frecuentado hasta la fecha son bibliotecas para estudiar y alguna discoteca para bailar con mis amigas. En lo segundo, siempre juntas y en grupo, siempre protegiéndonos las unas a las otras de los pesados de turno. Mis amigas no están aquí, estoy sola con cuatro hombres adultos. En ese momento creo que ser adulto implica no ser un baboso, ni un perverso, ni acosar, ni tocar a una mujer/niña sin permiso. Estoy equivocada, claro.

Miro a los hombres adultos esperando que alguno reprenda por su comportamiento al director. Silencio.

—No puedes ir tocando las tetas a la gente —repito.

—Sí puedo, mira. —Y me vuelve a tocar.

Lo vuelvo a sentir. El calor, la presión, su descaro y mi pudor.

Esta vez le aparto la mano, que se había quedado pegada a MI teta. Insisto, tengo dieciocho años, él tendrá más de cuarenta. No tengo recursos para situaciones como esta y no soy especialmente echada *palante*.

—¿Qué haces? —le digo nerviosa.

—Te toco —responde él con sorna.

—Eres un cerdo —le contesto, y me callo para dejar paso a los comentarios de mis compañeros adultos, pero... silencio otra vez. Están ocupados buscando su dignidad en el fondo de sus copas.

Salgo de ese lugar lleno de cobardes y me voy andando a casa. Por el camino lloro de asco y vergüenza. En casa, se lo cuento todo a mi madre. Me dice que vamos a poner una denuncia, le

digo que no quiero. Ella insiste, yo también. No quiero ponerla, siento que no es tan grave, ¿una denuncia porque te toquen una teta? Pienso en ese momento. Pues, Leti, me digo ahora, sí, una denuncia porque te toquen una teta sin permiso, una denuncia por agresión sexual, que es exactamente lo que ha sucedido.

No puse la denuncia. Hoy la pondría. Y también le tiraría el cubata por encima.

Han pasado diez años, tengo veintiocho y estoy en un set de rodaje en Francia. Actuar en francés es un sueño hecho realidad. Todavía no domino el idioma, pero mejoro cada día. En la escena que estamos rodando entro en un salón con un actor que me agarra del brazo. No recuerdo qué más sucede, ni qué otros personajes andan por ahí, sí recuerdo que el director de foto nos pide que nos paremos en nuestras marcas para hacer un retoque de luz. Lo hacemos; mientras el equipo mueve los focos cada persona está a su bola. El actor y yo nos mantenemos en la marca. Durante la espera, el susodicho, con el que no he intercambiado más de tres frases en estos días, baja lentamente su mano por mi brazo, me acaricia la zona lumbar y... sí, me acaricia el culo. Lento, se toma su tiempo, yo me quedo de hielo, no reacciono, no puedo entender que esté teniendo la poca vergüenza de hacer eso ahí en medio. Cuando termina, se ríe de un chiste que acaba de hacer no sé quién desde la otra punta de la sala.

Ahora pensarás que entonces le di una bofetada o le escupí o le grité, al fin y al cabo, ya no tenía dieciocho años. Pues no, no hice eso. Quise decirle algo, pero el idioma y la rabia no me permitían elaborar en mi cabeza un discurso que estuviera a la altura de la repulsa que quería expresar. Tras abandonar esa opción, mi reacción fue la de comprobar si alguien se había dado cuenta de lo que acababa de suceder. Miré detrás de mí, no había nadie, menos mal. ¿O sí? El chico de sonido estaba con la misma cara de asombro que yo. Cuando nuestros ojos se cruzaron, él me miró con pena para acto seguido fingir que no había pasado nada. Me pareció bien, eso sería lo más cómodo para los dos.

Espera, ¿lo más cómodo? *No es cómodo que una gran parte de la sociedad nos trate como un trozo de carne.* Como tampoco lo es que cuando una mujer denuncia una agresión la tachan enseguida de exagerada o mentirosa. No es cómodo que nos piropeen por la calle cuando, oh, qué casualidad, no nos acompaña ningún hombre. Ni que nos llamen zorras o putas si vestimos mostrando parte de nuestra piel o nos adueñamos de nuestra sexualidad. No es cómodo llegar con miedo a casa por las noches. Ni que nos arrimen la cebolleta en el metro y si nos quejamos que nos griten a la cara «puta loca». Puta es algo que enseguida nos sueltan, me pregunto por qué.

No es cómodo ver como la prensa italiana machaca y culpabiliza a Asia Argento por haber tenido el coraje de contar que Harvey Weinstein la violó. No es cómodo, no es justo y, sobre todo, no es nada nuevo. Simone de Beauvoir decía que *lo más escandaloso que tiene el escándalo es que nos acostumbramos a él.*

Nos estamos acostumbrando a leer noticias sobre nuevos casos de violencia de género casi cada día (doce mil trescientas denuncias por maltrato hay al mes en España) y sobre acosos sexuales (una denuncia por violación cada ocho horas y solo denuncian el 20 por ciento de los casos). *Las mujeres nos estamos acostumbrando a vivir con miedo y el machismo está acostumbrado a ser el rey de la fiesta.*

Ahora se habla del caso de Harvey Weinstein, pero no es solo este tipo con poder y dinero, son Woody Allen y Oliver Stone defendiéndole. Son Bill Cosby y los cincuenta testimonios de agresión y es Bill Cosby no siendo declarado culpable por la incapacidad del jurado popular de ponerse de acuerdo. Es James Toback, director de cine, a quien cuarenta mujeres han denunciado hace poco por abusos y violaciones. Sí, las víctimas tienen que denunciar en grupo porque de lo

contrario se duda automáticamente de su testimonio (aprendamos, chicas, que la unión hace la fuerza) y pueden incluso acabar siendo ellas las denunciadas por difamación.

Son también los cientos de testigos callando durante décadas, callando cada día. O bien por miedo a perder el trabajo o bien porque socialmente no perciben según qué comportamientos de hombres hacia mujeres como casos de acoso o agresión y se justifican con comentarios como «no le des importancia, es un buen tipo, solo que es un poco bruto».

Es un sistema judicial que prácticamente nos exige que tengamos grabadas en vídeo las situaciones de acoso, como el reciente caso de una madre que tuvo que grabar con su móvil la violación de su pareja a la hija de ambos para poder presentar la prueba en el juzgado.

Son las campañas contra la violencia machista que ponen en las víctimas toda la responsabilidad (como la última campaña del Ministerio de Sanidad). Por eso a la mínima que nos pasa algo, somos nosotras las que sentimos culpa y vergüenza, es lo que nos han enseñado. Y es un escándalo que lo vivamos así.

Es parte de un estadio de fútbol cantando a Rubén Castro, denunciado por violencia de género, «era una puta, lo hiciste bien» y que el partido se juegue con total normalidad. Son pancartas que rezan: «Shakira es de todos» en un estadio de fútbol y que el partido se juegue con total normalidad, otra vez. Todo esto, además, retransmitido por televisión, para que lo normalicemos también desde nuestras casas y con palomitas. Son jugadores de fútbol grabando sin permiso a una chica mientras mantienen relaciones sexuales con ella y mandando el vídeo al resto de sus compañeros. ¡Ah, no!, que el vídeo «se filtró solo». Para colmo, es ver luego como parte de la prensa deportiva enseguida los defiende (yo misma intercambié un par de tuits con Pedrerol sobre el tema). Son políticos diciendo con su altavoz mediático que tienen miedo de entrar con una mujer en un ascensor, no vaya a fingir que él la ha violado y le ha arrancado el sujetador. Son artículos poniendo en duda la sentencia judicial del marido de Juana Rivas por maltrato y diciendo que «él solo quería ser un buen padre». Alimentando así el mito de la mujer bruja, manipuladora y mentirosa que tantas veces hemos visto en el cine y en los cuentos, y desde luego muchas menos en la vida real. Es una jueza preguntando a una víctima de violación si ella cerró bien las piernas. Son campañas de publicidad que nos objetualizan, nos sexualizan y nos preguntan si somos buenas chicas. Son los libros de texto que todavía invisibilizan nuestra huella en la historia, en la ciencia y en el arte. Son espacios en prensa o televisión que no nos dan voz o donde somos siempre minoría y artículos de opinión desprestigiando la necesaria lucha feminista.

Es un director de televisión tocándole la teta a una niña de dieciocho años delante de sus compañeros sin que nadie haga o diga nada.

Es el escándalo machista vestido de normalidad. Quitémosle de una vez por todas el disfraz.

A nosotras nos pasan las mismas cosas

Quien no se mueve no siente sus cadenas.

ROSA LUXEMBURGO

Breves testimonios reales de mujeres:

«A mí más de una vez en una reunión de trabajo un compañero me ha interrumpido para decir lo mismo que yo estaba diciendo.»

«A mí una vez en una entrevista de trabajo me preguntaron si estaba pensando en quedarme embarazada.»

«A mí una vez mi jefe me sugirió que me cogiera la reducción de jornada para cuidar de mis hijos.»

«A mí una vez un repartidor de sushi me dijo que una chica como yo no debería estar cenando sola un sábado por la noche.»

«A mí una vez un tío con el que me había liado en su casa, cerró con llave y la escondió para no dejarme salir.»

«A mí una vez mi jefe me dijo que le despistaba cuando le miraba a los ojos, que intentara no hacerlo para tener reuniones más productivas. Otro día me sugirió algo parecido a raíz de una camisa que se me ajustaba al cuerpo.»

«A mí una vez mi novio, tras ver una foto mía con amigos en Instagram, me preguntó qué hacía tan arrimadita a uno de mis colegas.»

«A mí un día, saliendo de un bar con una amiga, cinco tíos nos arrinconaron y nos preguntaron que dónde iban dos chicas tan guapas solas. Al decirles que nos dejaran en paz nos gritaron y nos llamaron zorras.»

«A mí una vez un compañero de trabajo me metió mano en el ascensor. Me encaré con él y me dijo que si estaba loca, que él no había hecho nada.»

«A mí una vez un profesor de la universidad me llamó a su despacho y me pidió que cerrara la puerta para que tuviéramos intimidad, y cuando le dije que no nos hacía falta intimidad me llamó loca.»

«A mí una vez un director de *casting* me dijo que debería explotar mi lado más sexual y ser más puta, que así conseguiría más trabajos.»

«A mí una vez unos obreros me dijeron todo lo que les gustaría hacerme, me di la vuelta, me encaré con ellos y me llamaron histérica.»

«A mí una vez un ginecólogo con su dedo dentro de mi vagina me preguntó qué tal, yo le dije “qué tal el qué” y él contestó: “Ya sabes”.»

«A mí una vez un compañero de trabajo me dijo que en las reuniones se me veía demasiado competitiva y queriendo demostrar, que me tenía que relajar un poco.»

«A mí una vez me llamaron mala madre por querer salir de fiesta.»

A nosotras nos pasan las mismas cosas, sin embargo, nos cuesta usar la primera persona del plural cuando hablamos de discriminación de género. Solemos decir: las mujeres sufren, las mujeres cobran menos, a las mujeres se las juzga, el problema de la mujer es..., la mujer esto, la mujer lo otro... No usamos el pronombre *nosotras* o, si lo hacemos, lo hacemos poco, yo me incluyo. De esto me di cuenta leyendo *El segundo sexo* de Simone Beauvoir, donde la autora dice lo siguiente:

Los proletarios dicen «nosotros». Los «negros», también. Al afirmarse como sujetos, transforman en «otros» a los burgueses, a los blancos. Las mujeres —salvo en algunos congresos que no pasan de manifestaciones abstractas— no dicen «nosotras», los hombres dicen «las mujeres» y ellas retoman esas palabras para autodesignarse, pero no se afirman realmente como sujetos.

Desde que leí ese párrafo del libro intento referirme a las mujeres, a nosotras, usando la primera persona del plural, porque a NOSOTRAS nos pasan a menudo las mismas cosas.

La interseccionalidad

Bueno, no a todas nos pasan las mismas cosas. Si bien es cierto que todas sabemos lo que implica ser mujer en un mundo patriarcal, no todas sabemos lo que implica ser mujer negra o mujer árabe o mujer lesbiana o mujer trans o mujer con discapacidad o mujer de clase obrera... Estando todas afectadas por la misma opresión, hay algunas que tienen que añadir opresiones extras, es decir, no solo está la cuestión de género, también están las cuestiones de clase, raza, religión, capacitismo y orientación sexual. Estas discriminaciones no actúan de manera independiente, sino que están interrelacionadas.

El término *interseccionalidad* fue acuñado por el movimiento feminista negro, que vio como a veces sus compañeras de lucha feminista (blancas de clase media) se olvidaban de la discriminación racial, considerando que debían dejar esa lucha para los movimientos antirracistas.

Pero el feminismo debe ser interseccional, debe tener en cuenta todos los tipos de opresión y dejar que sean las personas que sufren esas dobles o triples opresiones quienes levanten la voz dentro del propio movimiento feminista. Porque el feminismo es la idea radical de que las mujeres, TODAS, somos personas, por lo tanto, todas debemos tener los mismos derechos y libertades. No debemos infravalorar discriminaciones ni opresiones.

Por otra parte, no debemos tomar nuestra perspectiva europea (y colonialista) como único referente, ni juzgar la lucha feminista que otras compañeras ejercen en países con otra cultura y otra religión y donde las mujeres están mucho más oprimidas. Hay que valorar la capacidad de acción que tenemos las mujeres en cada contexto patriarcal, es decir, los riesgos que corremos por levantar la voz y romper con el sistema. No es lo mismo hacerlo en España que en México, Rusia, la India o Siria.

No subestimemos la dificultad en la que desarrollan su lucha quienes viven en contextos en los que las opresiones son múltiples. Más bien, aprendamos de ellas y unámonos, porque juntas somos más fuertes.

Educadas en el miedo

Solo infundiéndoles el temor puede mantenerse a las mujeres dentro de los límites de la razón.
ARTHUR SCHOPENHAUER

Eso dijo Schopenhauer, uno de los filósofos más importantes del siglo XIX. Y creo que le hicieron caso, a las mujeres se nos educa en el miedo. Aprendemos muchas cosas en el cole, en el instituto, estudiamos carreras; de hecho, en muchas carreras universitarias hay más mujeres que hombres, pero casi todas somos educadas en el miedo.

Además del miedo a la muerte, universal en la cultura occidental, y los miedos que cada persona pueda tener —pienso en mi amiga Nuri y su terror atroz a los payasos, por ejemplo—, diría que prácticamente todas somos educadas en tres miedos fundamentales.

El miedo a envejecer o no cumplir con el canon de belleza

Cuando de adolescente me preocupaba por mi acné ya me avisaron: «Pues ya verás cuando seas mayor y te salgan patas de gallo, preferirás los granos». ¿Qué? ¿Había algo peor que tener pus y rojeces en la cara? ¡Imposible! Pues la sociedad me dijo que sí, que lo peor es mantenerte viva y cumplir treinta, cuarenta, luego cincuenta y luego sesenta, ya verás, ya... Vamos, que cuando ya no aparentas edad para procrear estás fuera del mercado. Aclaro que todo esto es porque vivimos en una sociedad patriarcal y plagada de estereotipos, no porque tenga que ser así.

Pero te digo una cosa, yo he pasado la barrera de los treinta y cinco y estoy encantada, creo que estoy en una de las mejores etapas de mi vida, que he aprendido y descubierto quién soy, qué quiero y qué no (y seguiré descubriéndolo, ojo), pero te aseguro que cumplir años es cumplir con etapas de vida y eso ¡mola! De lo contrario estaríamos muertas, queridas.

También te confieso que, siendo actriz, el miedo a envejecer que a todas las mujeres se nos inculca, se multiplica, porque se transforma en el miedo a no tener trabajo. Ya que, en el cine, a más edad, menos papeles y menos líneas de diálogo para nosotras, las mujeres. Esto es así, no es una opinión personal, son los datos de hoy en día. Por eso tantas mujeres (y también algunos hombres) luchamos por cambiar el relato cultural desde dentro, porque la industria del cine y la televisión tienen que cambiar, y mucho.

El miedo a no encontrar pareja

Este es otro de los grandes miedos que nos inculcan a nivel subconsciente: debemos encontrar a nuestro príncipe azul, de lo contrario corremos el riesgo de convertirnos en una «solterona» o una «loca de los gatos».

¡Oh, Dios mío! ¿Qué haremos entonces?

Te lo digo: un montón de cosas, las mismas que podemos hacer teniendo pareja. De hecho, tener pareja o no tenerla no tiene por qué cambiar tanto tu vida. Puedes tener hijos en pareja o soltera, puedes compartir piso en pareja o soltera, puedes mantener relaciones sexuales en pareja o soltera, puedes tener grandes amistades en pareja o soltera, puedes salir de fiesta en pareja o soltera, y así hasta que te canses de poner ejemplos.

¡Ah! Y los gatos son lo más, así que lo de loca de los gatos no es para tanto.

Desde pequeñas nos enseñan que el camino que nos dará felicidad y estabilidad en la vida es casarnos y tener hijos, durante siglos esa ha sido la educación que hemos recibido las mujeres. La buena noticia es que algo está cambiando y hoy en día, aunque todavía se plantea ese camino como el correcto, parece que el cuento se va enriqueciendo. Quizá por eso la edad del primer matrimonio es cada vez más tardía y cada vez hay más personas solteras.

Ey, nada en contra de casarse y tener hijos, pero todo a favor de que hagas lo que quieras sin que los estereotipos sociales decidan por ti, sin que nadie te juzgue (sobre todo tú misma) y sin que tengas miedo a convertirte en algo que la cultura patriarcal se ha dedicado a demonizar y que no tiene nada de malo.

El miedo a no ser madre

Este es un miedo que se retroalimenta con el anterior.

Lo tengo hablado con muchas amigas, las que de momento no son madres, claro. Empieza a sobrevolar nuestras cabezas en cuanto cumplimos los treinta.

En mi caso, el miedo nació en la consulta ginecológica. Me sentía muy feliz y relajada porque mis mamografías habían salido perfectas, estaba a punto de salir a celebrarlo cuando la doctora me dijo: «Por cierto, veo que tienes treinta años, si vas a querer ser madre tienes que ponerte ya, porque cada vez te costará más y el embarazo será más complicado»... ¡PAM! De golpe y sin anestesia, la maternidad en mi cara, el reloj biológico en la frente, tictac, tictac.

Según Freud, la realización definitiva de la mujer es ser madre; pero bueno, Freud también decía que la mujer no se sentía plenamente realizada hasta que paría un hijo varón y que el orgasmo clitoridiano era algo propio de desviadas, así que no tenemos que tomarnos en serio las teorías freudianas que giran en torno a las mujeres.

Al salir de la consulta, mi cabeza daba muchas vueltas. «¿Quieres ser madre ya? ¿Quieres ser madre ya?» Fue el primer mantra. El siguiente perdió una sílaba por el camino: «¿Quieres ser madre? ¿Quieres ser madre? Empieza a decidirte, amiga, cuanto más tardes peor para ti». ¿Cómo han podido cambiar mis preguntas vitales en un minuto? ¿Por qué no fui madre a los veinticuatro, por ejemplo? A esa edad seguro que el embarazo es estupendo y ya tendría una hija o un hijo de seis años que con un poco de suerte se independizaría a los dieciocho, como hice yo, lo que me dejaría por delante una vida apacible y libre de responsabilidades a los cuarenta y dos. Aunque mirándolo de ese modo, ya tengo una vida apacible ahora. ¿Y si me quedo como estoy? ¿Y si luego me arrepiento? ¿Y si cuando sea mayor quiero ser abuela? ¿Y si me muero antes? ¿Y si dejo a un hijo huérfano? Madre mía... Sí, madre, eso precisamente, MA-DRE. ¿Qué hago? No tengo respuestas.

Pasados diez minutos de creciente angustia existencial, pienso en las mujeres que conozco que han sido madres pasados los cuarenta... Son tres. Bueno, no está mal. Tener descendencia a los cuarenta, según mi teoría, me dejaría con un ser humano mayor de edad a mis cincuenta y ocho años. La de fiestas que te puedes pegar a los cincuenta y ocho. Además, estas tres amigas me han dicho lo contentas que están de haber dado el paso cuando lo han sentido y no cuando la sociedad las empujaba a hacerlo.

También conozco a otras mujeres que no lo han dado. No, espera, me corrijo, que han dado el paso de no ser madres y están felices. Para dar ese paso también hay que ser valiente, sobre todo si vives en una sociedad que te enseña que lo natural, lo correcto y lo que te hará sentir un amor sobrenatural que no has sentido nunca antes es ser madre. Ese misterio, ese amor incondicional. Ese mito. Como si las mujeres que no son madres no pudieran experimentar el amor pleno, puro y total y se quedaran con una experiencia de vida incompleta. Algo que no es verdad.

Mientras escribo esto me siento más o menos igual de perdida respecto a este tema que el día que me lanzaron la que se supone que es la pregunta más importante de la vida de una mujer. Uy, ¿solo de la mujer? ¿Y del hombre? ¿Qué pasa con ellos y su instinto paternal? ¿Qué pasa con su capacidad para experimentar ese amor incondicional? Para ellos también es un cambio de vida ser padres, ¿no? Pero ese mito no se construye, no hay épica ni drama en torno a eso. El hombre a trabajar y la mujer a engendrar. Pues mira, no.

¿Por qué a los hombres casi nunca les preguntan por su instinto paternal o por cuándo van a ser padres? De acuerdo que su semilla caduca más tarde, pero no deja de sorprenderme que cuando se entrevista a un actor o un cantante, incluso cuando este es padre, casi nunca se le pregunte por esa parcela de su vida y en cambio a las mujeres casi siempre.

Hace poco volví a la ginecóloga, donde por cierto las mamografías salieron correctas otra vez (aprovecho para recordarte la importancia de la revisión anual ginecológica y de mamas) y chequeamos qué tal andaba mi horno, es decir, mis probabilidades para cocinar un bebé. Al parecer todo marcha bien ahí dentro. ¡Mi horno tiene la ITV en regla!

Al finalizar la consulta compartí mis dudas con la doctora y su respuesta fue: «¡Cierra los ojos y lánzate!».

Y ¿sabes qué pasa? Que yo soy de lanzarme, me encaaaaanta lanzarme, pero con los ojos abiertos.

Miedo al agresor sexual

«No vayas sola por esta calle pasadas las diez de la noche.»

«Puedes salir, pero que te acompañen hasta la puerta de casa.»

«Vigila siempre tu copa en los bares, te pueden poner burundanga.»

«No te acuestes con un desconocido, puede ser un violador.»

«Si vas a volver sola, mejor no vayas así vestida.»

A las mujeres nos han impuesto un toque de queda, unas normas de conducta, sobre todo a partir de una hora. Somos alertadas desde pequeñas del peligro que supone ser nosotras, ser mujeres. Se nos inculca —como es normal, visto lo visto— el miedo al agresor sexual. No es un miedo a los hombres, es un miedo al agresor que pueden llevar dentro, incluso sin ellos mismos saberlo.

Tal vez estés pensando que todo el mundo puede ser atacado por la noche al volver a casa, tanto hombres como mujeres. Claro que sí, ese miedo también lo tenemos nosotras, el miedo a

que nos roben, nos tiren del bolso o yo qué sé, nos arranquen los pendientes. Pero es mucho mayor el miedo a la agresión sexual o la violación. Muchísimo mayor. Y vivir con ese miedo es agotador. Nuestra vuelta a casa por las noches siempre destila tintes de *thriller* o de película de terror. Y estamos hartas. Es muy cansado. No quiero tener que pedirle más veces al taxista si puede esperar a verme cerrar la puerta de casa. Ni tener que mandarme mensajes con amigas avisándonos de que efectivamente lo hemos conseguido, hemos llegado bien.

No quiero estas pequeñas victorias, quiero que llegue la victoria definitiva de vivir y crecer sin miedo. De camino a casa quiero ser libre, no valiente.

Salir a correr¹¹

Me despierto a las 07.45 de la mañana en un pueblo de la sierra de Madrid, salgo al balcón. La montaña parece un decorado, un fondo falso añadido en posproducción.

Hoy voy a escribir mi último *post* para el blog, no sin antes desayunar y salir a correr.

Móvil, llaves y crema solar. Todo listo. Abro la aplicación de *running* y me recuerda que lleva meses en desuso, echo un vistazo a mis anteriores carreras y quiero llorar de melancolía. ¿Te acuerdas de cuando salías a correr tres veces por semana? ¿Recuerdas lo bien que dormías? ¿Y lo bien que comías? ¿Recuerdas lo poco que te costaba acelerar el paso para pillar el autobús que venía? Ay, qué tiempos. Pero venga, dale, la vida sana y el deporte empiezan hoy. *Play*. Suena «Espíritu Santo» de Delafé y Las Flores Azules, la voz de la *app* me avisa de que la carrera ha empezado.

Improviso una ruta y me cruzo con dos personas que pasean al perro. No hay prácticamente nadie por la calle. Corro en paralelo a la carretera, por la acera, pero preferiría un camino de tierra. La siguiente canción no me da subidón, la paso, ahora suena «El día de mi suerte», la versión de Enrique Bunbury, la letra me lleva a pensar que con cada zancada estoy más cerca de mi suerte, eso me motiva.

A lo lejos veo una desviación con un camino de tierra, ¡por fin! La gravilla es mucho mejor para correr que el asfalto. Me meto por ahí con energía, pero lo que iba a ser un ejercicio relajante, se convierte en un rato de agobio.

Por este camino no hay casas, no hay gente, no pasan coches y lo que me invade por dentro, en lugar de una sensación de agradable libertad, es un poco de miedo. No debería tenerlo, pero lo tengo. No tengo miedo a que me roben, solo llevo un móvil y no es la última versión del mercado. Tengo un miedo distinto. Tengo miedo al asalto, al acoso, a la violación (si ahora estás pensando que estoy loca es porque seguramente no seas mujer y no hayas paseado sola y en *shorts* por un descampado sin coches, sin gente y sin casas o no hayas vuelto sola a las tres de la mañana a tu casa con el móvil en la mano por si acaso).

Me planteo dar media vuelta, pero mi orgullo feminista me lo impide, «no, Leti, tú tienes derecho a correr aquí sin que te pase nada, así que tira». Me visualizo en manifestaciones gritando: «La calle y la noche también son nuestras» y pienso que estaría bien añadir que «los descampados para correr de día y no respirar monóxido de carbono también».

Mi corazón se acelera, las cervicales se tensan, ¡cualquiera diría que he salido a relajarme! Empiezo a recordar titulares como el de «Viajaban solas», que encabezaban los artículos sobre el asesinato de dos mujeres argentinas que estaban de viaje en Ecuador e imagino que si a mí me pasara algo hoy (familia, si estáis leyendo esto no os agobiéis, pues obviamente estoy bien) el titular sería: «Salió a correr sola por un descampado». Pero yo, al contrario que las dos turistas

argentinas, Marina y María José, sí estoy sola. Ellas no lo estaban, ellas estaban acompañadas la una de la otra, que no hubiera un hombre con ellas no significa que estuvieran solas.

El miedo sigue acelerando mi mente. Me pregunto si un hombre tendría miedo corriendo por aquí, me pregunto si lo tendría una mujer que no fuera yo.

Pienso en la campaña de concienciación que se lanzó desde el Ayuntamiento de Pamplona en los Sanfermines, donde se daban consejos a las mujeres para evitar ser víctimas de una violación: que si no vayas por caminos oscuros, que si vuelve a casa acompañada, que si no vayas con desconocidos, que si vigila tu copa para que no te droguen. Solo les faltaba añadir: que si no me gusta que a los toros te pongas la minifalda. Desde las instituciones y desde la propia sociedad, se crea la idea de que parte de la responsabilidad es nuestra, cuando no es así, el cien por cien de la responsabilidad es del que viola o del que agrede. Hagan campañas para ellos, digan cosas como «respeta el cuerpo de la mujer, no la violes, NO es NO. Y si no hay un SÍ también es NO». Pienso que, si lleváramos años con campañas educativas de este tipo, tal vez yo ahora no tendría miedo.

Pienso en mis primeros novios, en cuando en mi casa me decían: «Puedes salir, pero que te acompañe al portal y que se espere a que entres». Pienso en el eco que eso ha tenido en mí y en las veces en las que yo misma le he pedido a un o una taxista que me dejaba en casa de madrugada si podía esperar a verme entrar en el portal y le he o la he saludado antes de cerrar la puerta.

Siempre el miedo para nosotras, siempre la protección para nosotras.

Pienso en las catástrofes naturales y en cómo se suele dar el dato: x mujeres y niños, como si las mujeres fuéramos tan frágiles como un niño.

Pienso en las mujeres que caminan por descampados muchísimo más agrestes que este, huyendo de la guerra, y que encima son víctimas de violaciones por el camino. Doble miedo, doble sufrimiento. ¿Por qué? ¿Por ser mujer? No es justo.

Ya no escucho a Bunbury, ahora es el turno de la rapera Furia y su canción «Chula», pienso en si ella tendría miedo corriendo por aquí sola.

Pienso, pienso, pienso..., he salido a correr y no a pensar, así que decido dar la vuelta; bueno, miento, ya la di hace un rato y durante la última canción ya fui pisando asfalto. Será cosa de las campañas de prevención de la violación, que me han metido el miedo en el cuerpo.

Basta ya. Ser mujer no debe ser una lacra, no debe marcar nuestro destino. No debe tener como consecuencia el cobrar menos, el estar infrarrepresentadas en los medios, en la política, en el poder, no debe obligarnos a vivir con miedos extras.

Nosotras no tenemos la culpa de ser mujeres. Nosotras no tenemos la culpa de que nos violen. La culpa siempre es única y exclusivamente de quien agrede.

No sé de qué quería hablar en mi último *post*, tal vez de lo interesante que ha sido la experiencia de compartir aquí pensamientos y opiniones y de cómo eso me ha obligado en cierto modo a estar más en contacto con mis propias ideas y con lo que me rodea y eso al final ha acabado haciendo crecer irremediabilmente mi conciencia feminista.

Nos vemos en el cine, en las redes y en la calle, esa que también es nuestra y que tomaremos tarde o temprano. Si no es por consenso, será por asalto.

Desde ya: la vergüenza para quien agrede

¿Dónde estás? ¿En casa? ¿En el sofá, en la cama? ¿En una cafetería? Tal vez estés de vacaciones en la playa o en un banco de un parque. ¿Estás leyendo el libro en papel o en tinta electrónica? Yo estoy en el tren, concretamente en un AVE Barcelona-Madrid. Estoy sentada junto a la ventana y no tengo a nadie al lado. El paisaje es monótono, al fondo veo montañas de un verde muy oscuro, postes de electricidad, de vez en cuando una zona con casas y explanadas gigantes de tierra marrón. En la mano izquierda llevo un anillo de plata en forma de cabeza de tigre: me lo regaló mi amiga Núria Gago por mi cumpleaños. Voy a captar este momento en una foto y la voy a colgar en Instagram para que si puedes la mires. Tendrás que buscar la fecha 27 de octubre de 2017 en mi historial.

Si has visto la foto, bien, si no la has visto, no importa, puedes imaginar mi espacio perfectamente. Así que desde ya estamos creando un momento telepático entre tú y yo. Mi yo del pasado y tu yo del presente están hablando. Tú piensas por dentro lo que yo estoy ahora pensando por dentro, que es precisamente lo que yo escribo y tú lees. Estamos teniendo el mismo monólogo interior. Hay una conexión mental y como, según la física cuántica, el tiempo no es lineal sino cíclico, tu lectura y mi escritura están ocurriendo a la vez. Estamos conectadas, me atrevería a decir que telepáticamente.

Establecida esta conexión, vamos a hacer un pacto telepático, vamos a pensar algo a la vez y vamos a hacernos una promesa juntas. Tú, yo, todas las personas que estamos leyendo esto a la vez en algún plano espaciotemporal vamos a hacernos esta promesa:

Prometo NUNCA permitir que la vergüenza de una agresión sexual, de una agresión machista o de una violación recaiga sobre la persona que la sufre, esto me incluye si soy yo quien la sufre. Prometo que NUNCA dejaré que la culpa de una agresión caiga sobre una amiga, una prima, una conocida o una desconocida de la que oímos hablar en la tele. Porque LA CULPA SIEMPRE ES DE QUIEN AGREDE, LA VERGÜENZA SIEMPRE DEBE CAER SOBRE QUIEN ACOSA, VIOLA O PEGA. No hay peros. No hay dudas. Lo prometo.

Este pacto tiene vigencia desde ahora mismo, mientras lees esto y es para siempre.

Y en España, el feminismo, ¿qué?

Una mujer que no fuese feminista sería un absurdo tan grande como un rey que no fuese monárquico.

MARÍA LEJÁRRAGA

Llega tarde, pero llega

En la vida política española del siglo XIX la figura de la mujer no tenía cabida, su lugar era el hogar y era tratada legalmente (una vez más) como una menor de edad. Todo ello fruto del escaso desarrollo industrial, la poca influencia de la Ilustración, el arraigo de la Iglesia católica y la fuerte división entre la esfera pública y la privada. En esta última, la privada, quedábamos inscritas las mujeres, que éramos definidas como «el ángel del hogar».

Te digo una cosa, si los hombres del siglo XIX vieran cómo están mi salón y mi cocina mientras tecleo esto, no me llamarían ángel del hogar ni en pintura. Hay dos mujeres clave, Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán, que, sin representar una ola, sí sientan unas bases en el feminismo español.

Y dejan un valioso legado que servirá como fundamento a las leyes republicanas aprobadas más adelante en defensa de la igualdad de la mujer.

Concepción Arenal (1820-1893)

Abrid escuelas y se cerrarán cárceles.

Escritora de ideas progresistas y feministas, en su obra destaca la defensa de los derechos de las mujeres, así como la denuncia de la malísima situación de las cárceles o la miseria en las casas de salud y de caridad.

Tuvo que disfrazarse de «hombre» para poder entrar en la Facultad de Derecho como oyente. Las mujeres no podíamos, claro.

Vestida también de hombre, participó en tertulias políticas y literarias.

Aunque casi no se lo dan, fue la primera mujer premiada por una academia, en concreto la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en un concurso al que se presentó con el nombre de su hijo. Cuando fue a recoger el premio y vieron que era una mujer, quisieron quitárselo, pero ya era demasiado tarde, había demasiada gente mirando.

Emilia Pardo Bazán (1851-1921)

*Todas las mujeres conciben ideas,
pero no todas conciben hijos.*

Denunció y criticó la desigualdad educativa entre hombres y mujeres y el sexismo en los círculos intelectuales. Fundó y dirigió la publicación *La Biblioteca de la Mujer* y aunque fue rechazada tres veces para formar parte de la Real Academia Española de la Lengua, sí logró ser la primera mujer que ocupaba una cátedra de literatura neolatina en la Universidad Central de Madrid.

Su marido le sugirió que dejara la escritura. Como respuesta, ella decidió dejarle a él.

Otra figura que destacar: Teresa Claramunt (1862-1931)

*En el orden moral la fuerza se mide por el desarrollo intelectual, no por la fuerza de los puños.
Siendo así, ¿por qué se ha de continuar llamándonos el sexo débil?*

Ay, amiga, si supieras que en el *Diccionario de la RAE* sigue vigente esa acepción, aunque a finales de 2017 han tenido la delicadeza de añadir que se usa «con intención despectiva o discriminatoria».

Claramunt fue una de las primeras obreras españolas con discurso feminista. Dedicó su vida a la causa de las trabajadoras y los trabajadores. Algo por lo que fue varias veces encarcelada y golpeada, lo que le dejó graves secuelas físicas para el resto de su vida.

En 1903, en su escrito *La mujer: consideraciones sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, plantea la equiparación salarial entre hombres y mujeres y considera la educación como culpable del estado de la mujer, apuntando su necesaria autoemancipación.

La Segunda República (1931-1939)

Es un momento crucial en la historia de las mujeres en España.

En pocos años se consiguieron muchas cosas:

- Se aprobó la ley del divorcio.
- Se legalizó el aborto.
- Las mujeres consiguieron por fin el derecho a los estudios superiores.
- Se eliminó el delito de adulterio para nosotras.
- Se reconoció el derecho de la patria potestad de las madres sobre sus hijos.
- Se consiguió el derecho al voto.

¡Y olé!

La responsable de conseguir el derecho al sufragio para nosotras fue Clara Campoamor. El 1 de septiembre de 1931 consiguió convencer con su discurso de que las mujeres debíamos tener el mismo derecho a votar que los hombres. Con un resultado de 161 votos a favor y 121 en contra.

Las españolas consiguieron votar en unas elecciones generales por primera vez en 1933.
¡Gracias, Clara!

Ya ves, España fue moderna. Se dieron pasos enormes desde el punto de vista legal, aunque el cambio de mentalidad en el comportamiento cotidiano no iba al mismo ritmo, todo hay que decirlo.

De todas formas, esto duró poco tiempo. La Guerra Civil (1936-1939) y la posterior dictadura franquista acabaron con los logros y avances conseguidos y se dieron mil pasos atrás.

Por cierto, en un primer momento muchas mujeres lucharon en el frente republicano en milicias populares, hasta que un decreto aprobado a finales de 1936 impuso la conversión de las milicias en un ejército oficial del que las mujeres tenían prohibido formar parte. Vamos, que nos echaron de la lucha armada.

El franquismo (1939-1975)

El niño mirará al mundo, la niña mirará al hogar.

Así resumía la dictadura franquista el papel que el hombre y la mujer debían desempeñar en la sociedad.

Con la dictadura nos perdemos toda esa revolución feminista que se gesta en Estados Unidos y en Europa. Las mujeres volvemos a ser tratadas legalmente como menores de edad, esos primeros avances feministas se quedan estancados y sus promotoras son retiradas de la vida pública o enviadas al exilio.

El manual de la buena esposa

Durante la dictadura franquista se creó y popularizó a través de la Sección Femenina *El manual de la buena esposa*. A partir de los años cuarenta, todas las mujeres españolas, entre los diecisiete y los treinta y cinco años, tenían que pasar por la Sección Femenina un tiempo mínimo de seis meses.

Esto es lo que se enseñaba a las mujeres. Te lo copio tal cual es *El manual de la buena esposa*, no modifico ni una coma.

1. Ten lista la cena.
Planea con tiempo una deliciosa cena para su llegada.
2. Luce hermosa.
Descansa cinco minutos antes de su llegada para que te encuentre fresca y reluciente.
3. Sé dulce e interesante.
Una de tus obligaciones es distraerlo.
4. Arregla tu casa.
Debe lucir impecable.
5. Hazlo sentir en el paraíso.
Después de todo, cuidar de su comodidad te brindará una auténtica satisfacción personal.
6. Prepara a los niños.
Son sus pequeños tesoros y él los querrá ver relucientes.

7. Minimiza el ruido.

Piensa en todo el ruido que él ha tenido que soportar durante su pesado día en la oficina.

8. Procura verte feliz.

Regálale una gran sonrisa y muestra sinceridad en tu deseo de complacerle.

9. Escúchale.

Déjale hablar antes, recuerda que sus temas son más importantes que los tuyos.

10. Ponte en sus zapatos.

No te quejes si llega tarde, si va a divertirse sin ti o si no llega en toda la noche. Trata de entender su mundo de compromisos.

11. ¡No te quejes!

No le satures con problemas insignificantes.

Para terminar: una buena esposa siempre sabe cuál es su lugar [*frase acompañada del dibujo de una mujer pasando el aspirador*].

¡Cuarenta años transmitiendo estos valores a las mujeres! ¡Cuántas generaciones engañadas y manipuladas para el beneficio de unos misóginos!

Creo que no hace falta que comente nada más, ¿verdad? El manual infecto y machista que acabas de leer habla por sí mismo. Y ojito, que hace poco, viendo un catálogo de juguetes para niñas y niños tuve la sensación de estar abriendo una versión edulcorada e infantilizada de *El manual de la buena esposa*. A ver si no hemos evolucionado tanto como creíamos.

La Transición y la Constitución

El 20 de noviembre de 1975 el dictador Franco murió. Y las mujeres nos organizamos rapidísimo, ¡y eso que no había redes sociales ni móviles! Dos semanas más tarde, entre el 6 y el 8 de diciembre, tienen lugar las Primeras Jornadas por la Liberación de la Mujer en el Colegio de Montpellier de Madrid, donde se habló de trabajo, educación, leyes, familia, sexualidad, divorcio, anticoncepción, aborto... Había ganas de liberarse, como puedes ver, y se nos acumulaban los temas.

En esa época también llegan a España los primeros textos del feminismo teórico europeo y norteamericano, y nace formalmente el movimiento feminista en España.

La Constitución del 78

Esa de la que tanto se habla últimamente fue escrita por siete hombres, conocidos como «los padres de la Constitución». *Oh yeah*, ninguna madre de la Constitución a la vista.

Este documento, que unas veces es tan sagrado y otras no, recibió muchas quejas de las feministas de la época porque, entre otras cosas, no regulaba el aborto, daba prioridad al hombre respecto a la mujer en la jefatura del Estado y respecto a la igualdad de género se limitaba a decir que hombres y mujeres tienen igualdad de derechos y oportunidades, pero no proponía mecanismos para que esa igualdad fuera de facto y no una mera línea en un papel.

La lucha por el aborto libre

«Nosotras parimos, nosotras decidimos.» La lucha por el aborto libre y gratuito fue un eje central en las reivindicaciones de los ochenta, en un momento en que el aborto clandestino era habitual y suponía un elevado riesgo de muerte para las mujeres.

La legalización del aborto en España se consiguió el 5 de julio de 1985. Se despenalizó el aborto inducido en tres supuestos: riesgo grave para la salud física o psíquica de la mujer embarazada, violación y malformaciones o taras, físicas o psíquicas, en el feto. Es decir, tenían que darte permiso para abortar. En los demás casos, el Código Penal establecía diversas penas de

prisión tanto para la mujer embarazada como para los facultativos que practicaran abortos no amparados por la ley.

En 2010 se revisó la ley y hoy, durante las primeras catorce semanas del embarazo, las mujeres podemos tomar una decisión libre e informada sobre la interrupción del embarazo sin intervención de terceros.

El destape

A partir de 1976 arranca una época de la cultura española conocida como el *destape*, que durará hasta los años ochenta.

El destape es un género cinematográfico que aparece con fuerza como respuesta a la censura franquista. Consiste en un conjunto de películas de alto contenido erótico en las que generalmente las mujeres, ¡oh, sorpresa!, aparecen desnudas, sexualizadas y a menudo infantilizadas; no llevan las riendas de la acción en la trama e interpretan roles centrados en ser el objeto de deseo o la esposa sumisa que no se entera de nada de personajes interpretados por actores como Pajares, Esteso u Ozores.

Fueron películas de gran éxito comercial y de una ideología muy machista. Entiendo la sensación de libertad que suponía la desnudez tras años de represión; la liberación de los cuerpos es algo positivo, siempre y cuando esos cuerpos sean realmente libres y diversos y estén empoderados en lugar de estar al servicio de un sistema que los mercantiliza a su antojo, como era el caso. Una vez más, algo disfrazado de liberación no venía a liberar a las mujeres, sino a someterlas.

De repente, ser machista ya no se identificaría con el catolicismo y la represión, sino con la liberación y la modernidad. Ser machista era *cool*, solo que no lo llamaban ser machista, lo llamaban ser abierto de mente o ser un macho español. Todo ello reproducido desde esa gran herramienta política que es el cine.

Sé que tenemos que valorar nuestra cultura y su legado, pero yo siento vergüenza e indignación por este capítulo del cine español. Afortunadamente, en esa misma época se estrenaban más películas, entre ellas un clásico de nuestro cine que retrataba muy bien un momento de nuestra historia. Hablo de *Los santos inocentes*, de Mario Camus, que tuvo un gran reconocimiento a nivel internacional y ganó varios premios en el Festival de Cine de Cannes. También aparecía Pedro Almodóvar con su primera peli, *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón*, y Pilar Miró estrenaba la polémica *El crimen de Cuenca*. Es decir, no todo era para echarse a llorar.

El valor de lo simbólico

Toda lucha por mejorar las condiciones materiales de un colectivo tiene que incorporar una lucha específica por redefinir el imaginario simbólico que también determina sus vidas.

NANCY FRASER

Durante el visionado de una peli se produce una transferencia psicológica entre la película y la persona que la ve. Por eso decimos que el cine ayuda a moldear nuestra personalidad, porque lo consigue accediendo a nuestra parte irracional, emocional y subjetiva.

Las historias nos construyen, llevan haciéndolo siglos. A través de ellas exploramos quiénes somos y también quiénes podemos llegar a ser. El relato cultural incide en nuestra forma de ver el mundo, la modifica. *Por eso es taaan importante que deje de ser taaan androcentrista*, para que entendamos que las mujeres podemos ocupar el centro del relato y no se acaba el mundo. Incluso a veces, ¡hasta lo salvamos! Esto vale para pelis, obras de teatro, canciones o libros, pero vamos a centrarnos en el cine, que es lo mío.

Vayamos a lo *mainstream*, por ejemplo, *Wonder Woman*. Te puede gustar más o menos y, si analizamos algunas de sus escenas, veremos que sigue arrastrando algunos estereotipos sexistas, pero habrá niñas que al verla sientan que pueden ser heroínas y niños que verán que las mujeres pueden protagonizar historias de acción y ser las líderes.

Desde la razón se puede afirmar que hombres y mujeres somos iguales y que la autoridad de una mujer tiene el mismo valor que la de un hombre, pero al no ver historias donde esto suceda, inconscientemente sospechamos de una mujer en el poder, es casi inevitable. Es importante que los niños de hoy vean historias y disfruten con aventuras capitaneadas por mujeres, para que el día de mañana no les parezca extraño o sospechoso encontrarse con una mujer como jefa. Pelis como *Wonder Woman*, series como *Happy Valley*, *Big Little Lies*, *Veep* o *Girls*, ayudan a equilibrar la balanza en el imaginario colectivo. Son necesarias y hacen falta más.

Quien lo sabe muy bien es Kathleen Kennedy, nueva presidenta de Lucasfilm, que ha conseguido que una saga clásica y conocida a nivel mundial como es *Star Wars* tenga por primera vez en su historia a una mujer como protagonista y auténtica heroína: el personaje de Rey, interpretado por la actriz Daisy Ridley, que gustó enseguida tanto a niñas como a niños. Lo curioso (o quizá no tan curioso) es que las marcas de juguetes que sacaron muñecos y juegos de los personajes para el estreno de la peli decidieron ¡sacar menos muñecos de Rey! Es más, en el Monopoly de la saga ¡ni la incluyeron! ¡A la prota! Afortunadamente las y los fans de tan mítico personaje se quejaron en las tiendas y también a través de redes sociales con el hashtag #whereisrey, forzando así que sacaran más muñecas de su heroína. Al parecer, en las empresas de *merchandising* pensaron equivocadamente que el muñeco de una mujer no vendería tanto como los muñecos de sus compañeros hombres. ¡Pues se equivocaron!

Pero no solo hacen falta historias con heroínas, también hay que contar historias donde las mujeres no tengamos necesariamente que ser jóvenes, bellas y fuertes. Al igual que hay historias con hombres de edad y físicos diversos. Y hablando de hombres, tenemos que ver historias en las que los hombres no sean únicamente un reflejo de la masculinidad hegemónica, en las que no tengan que ser tíos duros que no hablan de sentimientos, que son posesivos y celosos y que cuando las cosas no van bien reaccionan con violencia. Ver otras masculinidades en el cine es tan importante como que veamos mujeres protagonizando películas. Además, todas esas mujeres y todos esos hombres existen en la vida real y también merecen la épica cinematográfica.

Vayamos con otro ejemplo (que vuelve a ser de cine americano, porque todavía hoy es el que tiene la capacidad de llegar a más público por motivos que dan para escribir otro libro), una peli que a muchas nos fascinó siendo adolescentes, yo me incluyo. Hablo de *Pretty Woman*. Una historia que ahora me horroriza, no solo me parece machista sino también clasista y sigue haciendo picos de audiencia cuando se emite en televisión.

Por un lado, banaliza la prostitución, un negocio patriarcal que mueve de media unos 18.000 millones de euros en España y en el que miles de mujeres son explotadas. Abro un paréntesis breve porque la prostitución es un debate que genera controversia. Quienes defienden la prostitución dicen que hay mujeres que la ejercen libremente y que afirmar que todas son mujeres explotadas implica despojar de capacidad de decisión a las que lo hagan por libre elección. Lo entiendo, pero no podemos pasar por alto que muchísimas mujeres que la ejercen, la mayoría, lo hacen ante una situación de desesperación (así que la elección no es tan libre) o en contra de su voluntad (muchas son víctimas de la trata de seres humanos), además de que son explotadas por proxenetas (hombres), muchas secuestradas, compradas o engañadas, sometidas a vejaciones de todo tipo, humilladas a diario y ninguneadas por una sociedad que prefiere mirar hacia otro lado.

Yo pienso que, como dice Ana de Miguel, mientras vivamos en un patriarcado, la prostitución seguirá siendo una escuela de desigualdad humana que te lanzará el mensaje de que, si no consigues relaciones sexuales con una mujer, no pasa nada, porque puedes comprarlas, y como serás el «cliente», te crearás con el derecho a hacer con ella lo que te dé la gana, perpetuando así la relación entre sexualidad y dominación.

¿Que también hay hombres que se prostituyen? Sí, claro. Pero no es comparable y lo sabes. Permíteme que te dé algunos datos:

- La trata de seres humanos con fines sexuales afecta, según las Naciones Unidas, a más de 2,5 millones de personas en el mundo.
- La explotación sexual es la principal finalidad de los casos de tráfico de personas en España. Se da en un 91,6 por ciento de los casos y solo el 1,3 por ciento de los casos afecta a hombres.
- De las 1.428 víctimas de tráfico de personas en España en 2016, el 98,7 por ciento eran mujeres, la gran mayoría menores de veinticinco años y principalmente menores de edad (fuente: informe de la Fundació Surt).
- El Ministerio de Sanidad estimó en 2016 que en España hay unas cuarenta mil mujeres víctimas de la trata que son explotadas sexualmente.
- Las mujeres que ejercen la prostitución y que son asesinadas por hombres puteros (treinta y dos, entre 2010 y 2015) no se contabilizan como víctimas de violencia de género y por lo tanto a sus asesinos tampoco se les juzga como tales.
- España es el segundo país de Europa en consumo de prostitución.

Algunas de estas mujeres secuestradas o retenidas bajo amenazas están en muchos clubes de carretera de nuestras ciudades y en muchos pisos de nuestras calles, esas donde en teoría ya existe la igualdad. Y es precisamente a estas mujeres a las que no se da espacio en los medios cuando se habla de prostitución, bien porque los medios prefieren el relato de aquellas que «lo hacen porque quieren» (blanqueando así una industria que explota nuestros cuerpos) o bien porque sus proxenetas les tienen prohibido hablar con la prensa. Así que, cuando en los debates sobre este tema se dice «que hablen ellas», yo estoy muy de acuerdo, pero que hablen TODAS, es decir, que hablen también y, sobre todo, las que no pueden.

Pero sigamos con *Pretty Woman*, por favor, que se me está poniendo mal cuerpo.

Cuando Julia Roberts va sola a una *boutique* de lujo, la tratan fatal y ella sale horrorizada y triste. Se lo cuenta a Richard y este decide llevarla de nuevo a la tienda porque se van a enterar, ¡jo, jo, jo! Efectivamente, con un hombre rico del brazo y su tarjeta de crédito en la mano, la tratan bien y ella es feliz y sonríe.

La idea y la aspiración que proyecta es la de que las mujeres soñamos con encontrar a un hombre que nos rescate (el príncipe azul) y con vestir de marca por las calles de Los Ángeles (o de donde sea) y ese mensaje nos ha calado a casi todas.

El cine tiene ese poder, hace que te quieras parecer a las personas que aparecen en la gran pantalla, aunque ideológicamente no te sientas identificada con ellas o con lo que la historia cuenta. La épica y la magia del cine están por encima de nuestra razón e ideología. De pequeñas, muchas nos imaginábamos como Julia Roberts en *Pretty Woman*, hoy yo te digo que ni hablar.

Que no te engañen, el cine no tiene género¹²

Cuando tuve una versión de guion de mi primer largometraje (*Requisitos para ser una persona normal*) que me parecía lo suficientemente sólida, empecé a buscar coproducción para el mismo. Como es natural, recibí varios noes en diferentes despachos, pero en dos de ellos me sorprendió el motivo del rechazo. No se trataba de una cuestión de calidad o interés, sino de género, y no me refiero al cinematográfico. Me dijeron que les había gustado la historia, pero que «ya tenían una peli de mujeres».

Al salir de ambas reuniones, unas letras gigantes e imaginarias cayeron sobre mi cabeza. Conformaban la expresión: PE-LI-DE-MU-JE-RES. A la vez que en mi cabeza y ralentizadas también resonaban: «Peeeliii de mujeeereees, peeeliii de mujeeereees».

Empecé a hacerme preguntas. Si ya tenían una «peli de mujeres» y por eso no querían otra, ¿cuántas pelis de hombres tenían? ¿Todas las demás? ¿Cuántas pelis de mujeres y cuántas de hombres se puede permitir una productora? Es más, ¿por qué mi peli es de mujeres? La protagonista es una mujer, pero el coprotagonista es un hombre. ¿Es de mujeres porque la dirige una mujer? ¿O porque es una mujer la que lleva la iniciativa?

Si fuera porque la protagonista es femenina, la saga [REC] sería considerada una «saga de mujeres», y lo mismo pasaría con *El orfanato*, *Cría cuervos* o *Tres bodas de más*. Pero esas pelis no se perciben como «cine de mujeres», tal vez sea porque sus directores no lo son.

Esto me lleva a pensar que la etiqueta viene dada por el género de la autora y que por eso decimos:

- Comedia y comedia de mujeres.
- Terror y terror femenino.
- Drama y drama de mujeres.
- Literatura y literatura para mujeres.

De hecho, la autora de *Harry Potter*, aconsejada por su editorial, firmó sus libros como J. K. Rowling en lugar de Joanne Rowling, para camuflar su género y evitar la dichosa etiqueta.

Y no, las mujeres no somos un subgénero.

Esta última semana, a raíz del Día de la Mujer, varios medios me han preguntado «cuál creo que es la situación de la mujer en el cine y si hacen falta más papeles femeninos». Cuando me

preguntan por estos temas, procuro apelar a los datos, ya que creo que no se trata de lo que yo opino, sino de lo que está ocurriendo hoy en la industria del cine.

Algunas de las cifras son estas:

- Según un estudio de la Asociación de Usuarios de la Comunicación, el 19,2 por ciento de las películas que se exhiben en España están protagonizadas por mujeres (casi el mismo porcentaje que las películas que tienen como protagonistas principales animales u objetos, 16,1 por ciento).
- Solo el 16 por ciento de las películas estrenadas el año pasado (2016) fueron dirigidas por mujeres.
- En un 78 por ciento de las cintas que consumimos habitualmente, ellos hablan más que ellas. Y ellas, a más edad, menos líneas de diálogo, mientras que para ellos es al revés.

Los datos hablan por sí mismos, ¿no? Si las mujeres somos la mitad de la población, nuestro relato cultural, ¿no debería representarnos en la misma proporción?

Estos porcentajes son, en el fondo, el reflejo de una ideología, porque es imposible escapar del valor ideológico y político que tienen las películas, es algo intrínseco en cualquier historia, hasta en la peli aparentemente más superficial.

Así que, según los datos (no según mi opinión), estaríamos hablando de una ideología machista en lo audiovisual, ya que relega a las mujeres a lo secundario, como si nuestros conflictos no merecieran el foco social y/o cultural y como si no pudiéramos liderar las historias.

Luchar por cambiar esto no es una cuestión de ego, no es que las actrices queramos más frases para tener más planos y cobrar más (igualdad salarial, temazo aparte), *es una cuestión de igualdad*. Sobre todo si, como apunta la ensayista Pilar Aguilar, valoramos la capacidad socializadora del relato audiovisual y cómo desde este se construyen estereotipos, subjetividades, imaginario e incluso valores morales.

Con esto no quiero decir que sea machista hacer una peli con protas hombres, lo machista es que haya tan pocas protagonistas mujeres y que nuestra representación sea casi siempre la de objeto de deseo, víctima frágil que hay que rescatar o vengar, o mujer que espera sin enterarse de nada. Lo es que habitualmente sean ellos los violentos y nosotras las sumisas. Lo es que nosotras hablemos de sentimientos, pero si lo hacen ellos eso se interprete como una pérdida de su masculinidad. Lo es que nosotras tengamos que ser casi siempre jóvenes y delgadas, y ellos tengan representaciones más diversas. Lo es creer que una espectadora se puede identificar con un personaje masculino, pero que es difícil que ocurra lo mismo a la inversa.

La buena noticia es que este relato lo escribimos a diario y podemos cambiarlo. ¿Cómo? Apoyando la aparición y desarrollo de directoras y guionistas que son además víctimas de las cuotas invisibles de discriminación y también fomentando historias que pongan a las mujeres en el centro con personajes proactivos.

Hay quien afirma que eso es hacer ideología de género, pasando por alto que ya vivimos de lleno en la ideología de género, concretamente en el machismo; podemos seguir fomentándolo o podemos intentar erradicarlo para construir un mundo más igualitario.

Y si alguien os dice que las dichas «pelis de mujeres» (me pica todo cada vez que leo el término) dan menos dinero, debéis plantearos si a lo mejor es porque la inversión publicitaria suele ser infinitamente menor en aquellas películas vinculadas directamente con lo femenino.

Es el pez que se muerde la cola y que solo dejará de dar vueltas cuando nos tomemos este tema en serio y en lugar de hablar en abstracto y decir cosas como que «para acabar con el machismo, el cambio tiene que ser muy profundo y de toda la sociedad», *tomemos*

responsabilidad y vayamos a lo concreto. Cada uno desde donde pueda, desde las parcelas de nuestro trabajo, nuestros círculos y nuestro día a día y que no lo hagamos solo el 8 de marzo, sino cada día.

Un test de cine

La próxima vez que veas una peli te animo a que te hagas estas tres preguntas:

1. *¿Hay dos personajes femeninos con nombre o entidad propia?* Si aparece una recepcionista que le dice a una mujer «la están esperando en el despacho», eso NO CUENTA como personaje con entidad propia, ¿OK? Si la respuesta es sí, puedes pasar a la siguiente pregunta.
2. *¿Esas dos mujeres con entidad propia hablan entre ellas?* Si la respuesta es sí, puedes pasar a la siguiente pregunta.
3. *¿Hablan de algo que no sea un hombre?*

Fin del test.

Parece algo muy fácil de cumplir, ¿no? ¿Cómo no va a haber dos mujeres en la pantalla hablando de algo que no sea un hombre? ¡Claro que sí! Pues si lo haces con tus pelis favoritas, fliparás; es bastante alucinante darte cuenta de que un porcentaje bajísimo de pelis pasan este test.

Te pongo algunos ejemplos de películas que han pasado a la historia del cine y no pasan el test: *Pulp Fiction*, *La princesa prometida*, *Cuando Harry encontró a Sally*, *Piratas del Caribe 1 y 2*, *Toy Story*, *Seven*, *Up!*, *Shreck*, *El señor de los anillos*, *Trainspotting*, *El árbol de la vida*, *Austin Powers*, *El show de Truman*, etc.

Este test no me lo he inventado yo, se llama Test de Bechdel y apareció por primera vez en 1985, en una tira cómica de la ilustradora americana Alison Bechdel. Nació como un chiste para constatar con sentido del humor el que haya tan pocas películas con personajes femeninos de peso. Se popularizó y mucha gente empezó a aplicarlo a sus pelis favoritas, lo que ayudó a que muchas personas se dieran cuenta de la profunda discriminación que existe en el relato cinematográfico y de que no es algo que pasa en algunas de las pelis, sino que es algo sistémico.

Hoy en día el Test de Bechdel sirve para valorar la representación de las mujeres en películas, cómics, obras de teatro, etc. De hecho, en Suecia, si una peli pasa el test, el Instituto de Cine Sueco le da la clasificación A, que acredita su fomento de la igualdad de género.

También te digo que pasar o no el test no significa que una peli sea peor o mejor, no tiene que ver con la calidad cinematográfica de las películas. Hay pelis buenísimas que no lo pasan y también hay pelis que lo pasan y no son especialmente feministas o especialmente buenas. Hay de todo. Pero sí es una herramienta que pone de manifiesto de manera muy sencilla algo que de otro modo tal vez nos pasaría desapercibido.

¡Haz la prueba!

Como una vaca al corte

Un mes de febrero de 2009, Francia vuelve a llamar a mi puerta. Esta vez con el guion de un largometraje de terror en el que soy la protagonista y en el que algunas de las escenas se ruedan en París. *Oh là là!* Un sueño hecho realidad.

El director y el productor quieren reunirse conmigo en la Ciudad de la Luz, planazo. Me subo al avión con el guion en una mano y muchas dosis de ilusión en la otra. ¡Ah! Y con una pregunta también... sobre una escena que aparece en el guion que creo que hay que comentar antes. No creo que haya problema, la escena no es relevante y dura un minuto, así que todo bien.

Llego a la productora, nos saludamos, me dicen que les encanté en *[REC]* 3 y que están felices de que vaya a hacer la peli. Les digo que yo también, me encanta el terror y actuar en francés me parece fascinante. *Tout est merveilleux!*

Hasta que les planteo mi pregunta sobre la escena de la ducha. Bueno, he dicho que es «la escena de la ducha», pero no es una escena que trate sobre que yo me esté duchando, lo importante de la escena no es eso, sino la conversación que tengo con una amiga que está en el baño depilándose. Me gusta que se muestre esa intimidad entre mujeres, pero también sé que, en este caso, no es necesario que mostremos mi cuerpo porque la escena no va de eso, yo puedo salir de la ducha con la toalla puesta sin necesidad de rodar un desnudo gratuito. También sé que es mejor y más honesto por mi parte hablarlo antes para que no haya malentendidos.

Tras mi pregunta, el productor tuerce el gesto, el director enmudece y yo alucino.

—Verás, nosotros tenemos que hacer una peli que interese al público —un productor haciéndome un *mansplaining*, ajá—, y para ello tenemos que conseguir una peli sexi. Para que la peli sea sexi tenemos que enseñar partes de tu cuerpo.

¿Eh? ¿Qué dice este hombre? Miro al director de reojo, ¿es él o es su muñeco del museo de cera? Contesto al que me habla.

—Para que la peli interese al público tendrá que ser una buena peli y creo que eso no depende de que se vean partes de mi cuerpo, sino de la calidad de la obra.

—No, el público de terror, que es un público joven, quiere ver a chicas sexis y guapas como tú. —Intuyo que eso pretende ser un halago, aunque ahora mismo no me lo parece y tampoco me parece oportuno, pero bueno, aquí seguimos—. Y si puede ver algo de tu cuerpo, mejor. Eso vende.

—Creo que ese público joven del que hablas conoce más webs porno que tú y que yo y no necesitan ir al cine para ver durante dos segundos la teta de una actriz. Y, además, ¿por qué das por hecho que si van a ver una peli de terror lo que buscan en realidad es ver mujeres sin ropa?

Mirad, si fuera relevante para la escena, me parecería bien aparecer desnuda, pero en este caso no aporta nada.

El director sigue impertérrito, podría pasar por una estatua del Museo del Louvre. ¿En serio este tío va a dirigir una peli?

—Mira, vamos a hacer lo siguiente.

El productor coge un papel. Por un momento pienso que me va a hacer un contrato ahí mismo. Eso me hubiera parecido mejor que lo que ocurre a continuación. Este señor, cuyo nombre y rostro no recuerdo, empieza a dibujar en un trozo de papel lo que se supone que son mis tetas y mi culo, para luego delimitar con una línea la zona que considera él como imprescindible que se me vea.

Al culo incluso le dibuja su correspondiente huchita (la raja, vamos) y la línea divide mi huchita en dos.

—¿Hasta aquí te parecería bien?

A ver, Leti, relaja, respira, no reacciones de forma impulsiva, que esto en el fondo no es tan importante y tú siempre has querido trabajar en Francia. Igual no pasa nada por enseñar la huchita y el perfil de una teta. Estamos en 2009, en realidad no pasa nada, es como estar en la playa. Me quedo mirando fijamente el papel.

—¿Qué me dices? Además, como ves, no hace falta que enseñes pezón.

¿Se supone que tengo que darle las gracias por eso? Levanto la mirada del papel y le miro a él.

—Ese culo que has dibujado no se parece en nada a mi culo.

Sí, sí, estas son las palabras que han salido de mi boca, te lo juro, no sé si ayudan, pero por lo menos son algo. No como el director, que no dice ni mu. Repito, ¿en serio este tío va a dirigir una película?

Vuelvo a mirar el papel con un culo y una teta, en teoría mi culo y mi teta, dibujados. Años de carrera, cursos de interpretación en Los Ángeles con Eric Morris, en Madrid con Juan Carlos Corazza, en Barcelona con Nancy Tuñón y con Javier Daulte, quince películas a mis espaldas, series de televisión..., todo esto para acabar en una sala de mierda con un tío de mierda dibujándome un culo de mierda en un papel.

—Mirad, me lo voy a pensar. Voy a hablar con mi representante y os digo algo.

Sí, esto es lo que sale de mi boca, nada de la reflexión del párrafo anterior.

• • •

En el metro, camino a Champs-Élysées, me siento como una vaca a la que han querido vender al corte, por trozos. Recuerdo la situación y pienso en todo lo que les podría haber dicho, se me ocurren frases brillantes que en mi cabeza les hundirían en la miseria. No he sido capaz de decirlas. La rabia y la culpa que siento por no haberlo hecho hacen que me ponga a llorar.

Me encuentro con mi reflejo en el cristal.

No estaré rodando una peli francesa, pero ahora mismo, con mi abrigo de paño, mi gorro de lana y mis lágrimas en el vagón, no me hace falta, yo misma soy una peli francesa. Eso no me lo quita nadie.

Al aterrizar tengo un mensaje en el buzón de voz. El director y el productor quieren que haga la peli sí o sí y si hace falta eliminan entera la escena de la ducha, como yo quiera. Les llamo y les digo que no quiero hacerla, no quiero trabajar con hombres que tratan así a una actriz, con un director que es incapaz de plantarle cara a su productor y que puede estar callado mientras

este, desde una posición de poder, está humillando a una actriz que ha cogido un vuelo para reunirse con ellos y hablar de TRABAJO.

No he vuelto a trabajar en Francia y me da pena, esa peli habría sido una oportunidad para mí.

Pero lo que me resulta más tremendo de todo esto no es que yo acabara rechazando un curro que me venía bien (que también), lo peor es la culpa que sentí en el metro camino al aeropuerto.

Las mujeres llevamos demasiados siglos cargando con culpas que no son nuestras, desde el mito de Eva, por ejemplo, ese que dice que la humanidad no está en el paraíso por culpa de nuestra ansia de conocimiento representada en una manzana.

Si yo me sentí culpable por no haber sido capaz de decirles lo que pensaba, ¿cómo de culpable se sentirá una chica que, con todo su derecho, se tome dos copas con un tío en un bar, se vaya a su casa a tomar la última, él quiera algo y ella, con todo su derecho, no quiera y entonces él, indignado, acabe forzándola o presionándola para hacerlo?

¿Te acuerdas de nuestro pacto? La culpa de quien agrede, SIEM-PRE.

Puedes tomarte varias copas, puedes haber insistido tú en quedar, puedes estar en su casa, en la tuya, podéis estar enrollándoos, podéis estar ya desnudos, podéis haber empezado un acto sexual, en cualquier momento del proceso tienes el derecho de querer parar sin tener que dar explicaciones.

Si eres hombre te digo lo mismo: puedes estar en casa con una chica o un chico que te haya tirado los trastos toda la noche, os podéis estar enrollando, podéis estar supercachondos, en bolas, en la cama, en el sofá, en la ducha, da igual; la otra persona puede querer parar cuando quiera, sin que tú le insistas en continuar, le recrimines que quiera parar o te enfades con ella.

Todo el mundo tiene derecho a decir «hasta aquí» cuando sea y como sea.

Cultura de la violación

¿Qué llevaba puesto? ¿Qué hacía a esas horas sola por la calle? ¿Cerró bien las piernas? ¿Encima había bebido? ¿Cuántas copas? Y drogas, ¿había tomado? Es que, claro, si no quería nada, ¿por qué se fue con él? Si no quería nada, no haber subido a su casa, o a su coche, o a su habitación de hotel. Si no quería nada, por qué le mandó mensajes subidos de tono al móvil. Si no quería nada, por qué dejó que la invitara a una copa, a dos, a tres. En las fotos se la ve disfrutando, si no quería que salieran a la luz, que no se las hubiera hecho, eso le pasa por guarrilla. Bueno, bueno, habrá que ver el vídeo para saber si realmente se opuso. En el vídeo no se ve que ella luche, aparece quieta y sin reaccionar, si no hubiera querido, habría peleado. ¿Por qué no hay signos de violencia en su cuerpo, si no quería? ¿Por qué le hizo una felación, si no quería? ¿Por qué tardó tanto tiempo en denunciar? ¿Qué busca, dinero, notoriedad? Yo sin pruebas creo en la presunción de inocencia. ¿Por qué no denunció? Haber denunciado. Una denuncia por violación puede joderle la vida a alguien. ¿Por qué no se lo dijo a nadie de su entorno de trabajo? ¿Por qué no le paró los pies? Tonta ella, por dejarse acosar. Pero si es su novio, ¿cómo la iba a violar? Pero si es su amigo, ¿cómo la iba a violar? Pero si es prostituta y él era su cliente, ¿cómo va a ser eso violación? Él ya ha dicho que no la violó, ¿qué más pruebas quieres? Si no le apetecía, que se lo hubiera dejado más claro. Es imposible que un tío como él hiciera eso, no mataría ni a una mosca. Es imposible que un tío como él hiciera eso, está casado y es padre de dos niñas. Venga, si está buenísimo, ese tío no necesita violar a nadie para pillar. Venga, si está forrado, ese tío no necesita violar a nadie para pillar, puede pagar a quien quiera para follar. Sí, claro, ¿quién iba a violar a una tía tan fea? Ya le gustaría. Tampoco exageres, solo está siendo amable y cariñoso, es así con todas, no solo contigo. Es un tío muy sobón, déjale. Es que interpretáis como acoso los gestos de cariño. Bueno, ahora resulta que los jefes tienen que ser bordes con sus empleadas, ¿o qué? Te agradecería que no llevaras esos escotes en el trabajo, despistas al personal. No vengas vestida así a clase, despistas al alumnado. Esa tía es una calentapollas. ¡Eh! Que yo también tengo miedo de que me roben o me asalten cuando voy solo por la calle a según qué horas. Sí, sí, hay muchos casos de acoso sexual a mujeres, pero también hay tías que acosan. Reconócelo, todas tenéis la fantasía de que os violen. Ya no podemos ligar sin que nos tachen de acosadores. Voy a invitarla a un par de copas más a ver si así cae. Llevas calentándome toda la noche, si no querías nada, no haber bailado reguetón de esa manera. Si vas pidiendo guerra, luego no te quejes. Si no quieres flamenquito, no toques las palmas. Se hizo la dura, pero al final follamos. Lo tengo comprobado, muchas tías cuando decís no, queréis decir sí.

Todos estos comentarios son sacados de la tele, la prensa o mi entorno. Son tan comunes hoy en día que incluso algunos te habrán parecido inofensivos, pero todos forman parte de la

cultura de la violación. Una cultura que trivializa los acosos, que culpa a las víctimas o que sencillamente pone el foco en ellas y en cómo actuaron cuando fueron agredidas (en lugar de ponerlo en sus agresores) o incluso en cómo lo hicieron después de la agresión (si volvieron a tener vida normal enseguida o no, algo a lo que tienen pleno derecho, faltaría más) y que sistemáticamente pone en duda su credibilidad, provocando que muchas no denuncien, bien por miedo a que no las crean o bien porque ellas mismas, como les han enseñado, tienden a quitarle hierro a lo sucedido o a negarlo para evitar el estigma social.

Estos comentarios no te convierten en violador, pero sí en cómplice, aunque sea de manera inconsciente, de la perpetuación de la violencia sexual contra las mujeres.

Haya o no cámaras delante¹³

Hace cinco años rodé como actriz una violación. El actor y yo no nos conocíamos, él no interpretaba un personaje principal de la película y no habíamos podido ensayar. Al vernos en el set de rodaje, ambos estábamos un poco nerviosos, algo que suele ocurrir cuando se ruedan escenas que implican romper la barrera de lo físico. No quería que eso interfiriera en nuestra interpretación, así que me acerqué a él y le dije: «Cuando den acción siéntete cómodo, cógeme sin miedo, sé violento, estamos juntos en esto». Sentí que era importante hablarlo y darle permiso (aunque los dos fuéramos profesionales) no solo como actriz, sino también como mujer, para actuarlo todo desde un lugar sano y con la mayor verdad posible.

Paula Ortiz, la directora, eligió contarlo todo con un primer plano de mi cara sin centrarse en detalles morbosos. Fue en todo momento consciente de que interpretar un acto de violencia sexual, en una sociedad donde muchas mujeres hemos pasado y seguimos pasando por situaciones de violencia machista, podía ser delicado para ambos, así que estuvo muy cómplice todo el tiempo.

Todo esto hizo que rodásemos la escena con profesionalidad y respeto, sin que eso le restara un ápice de verdad.

Los actores y las actrices, así como los directores y directoras, estamos siempre a la busca y captura de verdad, una verdad ficcionada, una falsedad con apariencia total de verdad, para que quien vea la película experimente sensaciones y emociones que apelen a esa verdad y le remuevan.

Este último mes de 2016, la escena de la violación de *El último tango en París* ha estado en boca de muchos y he querido hacer el ejercicio de meterme en la piel de Maria Schneider en esa situación. ¿Qué hubiera pasado si Paula y mi compañero se hubieran compinchado para que, sin avisarme, él me pusiera mantequilla en el ano en mitad de la toma? Pues que me habría sentido agredida sexualmente, humillada y maltratada, por muy actriz de método que me considerase.

Es cierto que muchas veces intentamos «dar sorpresas» a los actores para obtener una reacción orgánica y verdadera. Yo misma lo hice rodando *Requisitos para ser una persona normal*: en los planos cortos de Manuel Burque a menudo le decía cosas (estando yo de espaldas a cámara) que no estaban en el guion, para sorprenderlo, para descolocarlo y captar esa reacción espontánea con la cámara. Pero no debemos ni podemos compararlo, no tiene nada que ver que un actor te diga «voy a hacerte esto y lo otro», con el hecho de que *alguien te toque en tus partes íntimas y te haga esto y lo otro*. Nada que ver y quien ha actuado lo sabe. Hombre o mujer. Quien no ha actuado, no.

Todos los métodos de trabajo actoral son válidos, pero quien actúa elige con LIBERTAD con cuál trabajar, algo que a Maria se le negó.

Maria Schneider (descanse en paz) era una joven de diecinueve años que no sabía que podía llevarles la contraria a un actor y un director consagrados como Marlon Brando (descanse en paz) y Bernardo Bertolucci, así que ella rodó la escena, aguantó sin cortar. Ellos abusaron de su situación de poder y privilegio, abusaron de ella y de su situación de vulnerabilidad.

Sabemos que en el guion aparecía la escena de la violación, bien, pero no el detalle de que el actor iba a untarle el culo hasta no sabemos dónde con mantequilla a la chica, y que te hagan eso en contra de tu voluntad es una agresión sexual y un abuso de poder, no lo excusemos ni lo disfracemos de arte.

¿Por qué no denunció en su momento? Pues imagino que por el mismo motivo por el que cuando nos han metido mano en la calle, en el trabajo o en un pub no hemos alzado la voz o por el que muchas mujeres que sufren violencia sexual o de género no lo denuncian. Por vergüenza, por miedo a revivirlo, por miedo al estigma (ese que todavía pesa sobre víctimas y no sobre agresores), por creer que tenemos parte de culpa y de responsabilidad (cuando la culpa SIEMPRE es del agresor) o por miedo a que no te crean.

El de la credibilidad es el mismo motivo por el que actrices porno que son violadas en el set de rodaje no denuncian. Vale, podéis parar de leer para decir: «¡Hala, venga, y ahora habla de cine porno! ¿Qué tendrá que ver?». Tiene mucho que ver, ya que hablamos de personas que actúan frente a una cámara (aunque aquí sí haya penetraciones reales). Muchas actrices porno son agredidas mientras son filmadas, se las obliga a hacer cosas que no se han pactado de mutuo acuerdo y no se atreven a denunciar, porque, claro, ¿quién las va a creer? Son actrices porno, ese es su trabajo, ¿no? Si a mí tampoco me creéis os recomiendo el visionado del documental *Hot Girls Wanted*, disponible en Netflix.

Aunque parezca mentira, la falta de credibilidad sigue siendo un gran problema aún hoy. Pienso en el caso de la jueza que preguntó a una víctima de agresión sexual si había cerrado bien las piernas o el hecho de que los acusados de violación de Pamplona tuvieran la desfachatez de presentar el vídeo de la agresión sexual alegando que, en él, se veía como la víctima no oponía apenas resistencia. Es muy habitual que sean los propios agresores los que le quiten hierro al asunto; hace unos días el agresor de la diputada Teresa Rodríguez decía: «Fue una broma, es que habíamos bebido unas copas de más». Como si fuera ella la que le estuviera dando demasiada importancia a lo sucedido.

Años antes de que Bernardo Bertolucci diera la famosa entrevista, Maria Schneider ya había denunciado públicamente los hechos y no se había dado valor a sus declaraciones. Es más, acabó siendo ella misma la juzgada y recibió comentarios del tipo: «Es la hipersensibilidad de las actrices», «Es que era bipolar, no supo distinguir entre realidad y ficción». Pensando en esto último y repasando el tema del filme: una relación entre un hombre maduro y una joven, basada en la violencia verbal y sexual ejercida por él hacia ella..., no me parece descabellado pensar que tal vez los que confundieron realidad y ficción fueron ellos.

El abuso sexual lo es haya o no cámaras delante y haya o no un genio del cine detrás de ellas. Que Bernardo, referente cinematográfico para muchas personas, afirme que «se arrepiente pero lo volvería a hacer», me parece un acto irresponsable y machista, que no deja de ser fruto y reflejo de la sociedad, también irresponsable y machista, en la que vivimos, que está legitimando y quitándole hierro a un asunto que hoy en día sigue afectando a miles de mujeres: las agresiones sexuales.

• • •

Hoy, al leer este texto que escribí hace un año, me arrepiento de no haber incluido en él la palabra DELITO. Así que lo hago ahora. Lo que Bernardo Bertolucci y Marlon Brando hicieron fue, bajo mi punto de vista, un delito. Un delito que no tuvo ninguna consecuencia personal ni profesional para ellos. Y las tuvo todas para ella.

Esto me ha recordado un caso por el que la sociedad española se encuentra hoy preocupada y agitada. Hablo del caso de la Manada, la violación en grupo a una chica de dieciocho años en un portal de Pamplona. Los autores del crimen lo grabaron y lo enviaron por WhatsApp a sus amigos. Algo que al parecer también hicieron hace unos días los jugadores de un equipo de fútbol de tercera división: esta vez la víctima era una menor de quince años.

En los tres casos, las agredieron y lo grabaron. En las tres situaciones varios hombres se pusieron de acuerdo para someter y agredir a una mujer que se encontraba en un rol de inferioridad (numérica o de poder).

BASTA DE MANADAS.

Y aprovecho para recordarte que la gran mayoría de violaciones y agresiones sexuales no las cometen hombres misteriosos con pinta chungá que te esperan en un callejón con la palabra «violador» escrita en la frente. La mayoría las cometen conocidos o amigos, hombres «normales», con vida social, puede que con familia, incluso con hijos o hijas, que a lo mejor celebran la Navidad, que se acuerdan de los cumpleaños de la gente que quieren, que te saludan en el ascensor con una sonrisa, que son afables y educados... Eso sí, todos ellos con una cosa en común: que son hijos del patriarcado.

El amor romántico

El amor es el opio de las mujeres, como la religión el de las masas. Mientras nosotras amábamos, los hombres gobernaban.

KATE MILLET

Todo el mundo ha deseado alguna vez ser amado y amar. Por eso es importante pararse a pensar en el amor, ya que es algo que nos tocará de cerca tarde o temprano. Y es importante hacerlo sin perder de vista que el amor también está atravesado por la cultura y los mitos. Es decir, no es algo tan libre y espontáneo como creemos.

Hemos oído mil veces la frase «cada persona es un mundo», queriendo decir que cada persona es diferente y tiene una forma distinta de ser, sentir y vivir. Entonces, ¿no debería haber tantas formas de amar como personas?

En cambio, desde hace siglos, nos han contado que solo hay una forma de amar oficial o correcta: la pareja heterosexual con vistas a procrear.

Hemos ido evolucionando y por fin la pareja homosexual está naturalizada (aunque no tanto como a mí me gustaría, sinceramente). Pero... ¿ya está? Siete mil millones de personas con sentimientos diversos, ¿y todas amamos y nos relacionamos de la misma manera de forma natural? Está claro que no.

Si acaso, lo que sí tenemos en común es que estamos todas impregnadas de la misma cultura imperante y los mismos mitos, estereotipos y tabúes, muchos de ellos introducidos en la sociedad occidental durante la cristiandad y que se han asentado y perpetuado hasta nuestros días.

Nos enseñan cómo amar y seguramente tú, al igual que yo, hemos sido personas educadas en el *amor romántico*, un tipo de amor que puede funcionar muy bien en según qué cuentos, pero que, si se lleva a rajatabla, en la vida real también puede desembocar en frustración y, en el peor de los casos, en violencia.

No es que el amor en sí sea malo, para nada, las relaciones amorosas nos pueden hacer crecer, vivir nuevas experiencias y ayudarnos a conocernos mejor, siempre y cuando todo ello no nos convierta en seres dependientes, al servicio de ese amor.

En este tema también ha habido siempre un claro sesgo de género. El anhelo amoroso ha sido parte fundamental en la educación que hemos recibido las mujeres. A nosotras se nos ha hecho soñar siempre con un príncipe azul, se nos ha preparado para su llegada, para agradarle, para llegar puras al matrimonio (bueno, esto último ya no tanto).

Mientras que a los hombres, desde el relato cultural, se les han inculcado objetivos más diversos, donde el amor es algo más secundario. ¿O acaso has escuchado alguna vez lo de «ay, qué ganas de que aparezca ya mi princesa azul»? Como no te refieras a la de *Frozen*, no creo.

En serio, no es una tontería que popularmente se use la expresión *solterona* como algo peyorativo y que su expresión análoga masculina sea *soltero de oro*. Y eso es porque, en la cultura machista, lo que se espera de una mujer es que se enamore y se case para no acabar siendo «una loca de los gatos», mientras que para un hombre no es una carga no estar emparejado a los cuarenta.

Algunos de los mitos que atraviesan nuestra visión del amor son estos:

El mito de la media naranja

En diciembre de 2016 se superaron los 7.400 millones de habitantes en el planeta Tierra. Según el mito del amor romántico, entre esos 7.400 millones de personas existe una y solo una que es tu «media naranja». Encontrarla será como buscar una aguja en un pajar, pero tranquila, según el mito del amor romántico, si esa persona y tú estáis predestinadas, la encontraréis.

Algo curioso es que, habiendo tantas posibles medias naranjas en el mundo, la tuya, la de verdad, muy probablemente hablará tu idioma y muy probablemente vivirá en tu país. ¡Qué casualidad! Entre los más de 7.000 millones de personas que hay en el mundo y contra toda probabilidad científica, tu media naranja es... ¡de Cuenca! ¡Como tú! ¡Enhorabuena!

¿No será que en realidad no existe la media naranja, que somos naranjas enteras que nos encontramos con otras naranjas por la vida y hacemos zumo con quien queremos y mientras nos salga rico?

No es que el destino decida por ti y esté escrito en algún lugar intangible que tienes que enamorarte de una persona en concreto (algo que entra en el terreno de la ciencia ficción), sino que tú decides compartir tu vida o parte de la misma con otra persona.

Este mito hace que nos resulte difícil aceptar imperfecciones en nuestra supuesta media naranja, porque como, en teoría, es la única que puede encajar con nosotras, queremos que sea perfecta y que se adapte a su otra mitad en una simbiosis ideal. Y se generan mantras como «yo le haré cambiar» o «cambiará por amor». Algo que no ocurre así en general. Cuando cambias, es porque la vida te cambia o porque tú quieres cambiar, pero lo de cambiar por amor, a mí siempre me ha parecido un poco forzado, además de irreal.

El mito de la media naranja también hace que nos cueste mucho separarnos porque... ¡estamos hablando de mi media naranja! Es perfecta, es única. Si solo hay una y ya la he encontrado, ¿qué hago separándome? ¡Me quedaré sola! Bueno, pues mejor sola que mal acompañada, querida.

No estás en pareja para completarte con tu otra mitad. ¿Qué pasa? ¿Que las personas solteras están incompletas? ¿Van cojas por la vida? Evidentemente, no. Estar en pareja (o en trío o en una relación poliamorosa) debe ser una elección, no una necesidad impuesta culturalmente y a cualquier precio.

¡Ah! Y si es por lo de procrear, el planeta está superpoblado, así que no pasa nada porque haya menos parejas destinadas a engendrar descendencia, además ya no hace falta estar en pareja para hacerlo.

Todo esto, lejos de restar belleza o encanto al hecho de estar con alguien, lo convierte en una decisión consciente, libre y madura.

El mito de la exclusividad, la fidelidad y el emparejamiento

Este mito recoge la idea de que la pareja (heterosexual) es algo natural y universal, y que la monogamia amorosa está presente en todas las épocas y culturas. Cuando no es así. Ha habido momentos de la historia donde imperaba la organización social por tribus, los hijos eran de la comunidad y se practicaba la poligamia.

Este mito también trae consigo la creencia de que es imposible estar enamorado o enamorada de dos personas a la vez. Es decir, podemos amar a distintos miembros de nuestra familia con intensidad: madre, padre, abuela, primo, tío, hermana... Amar intensamente a nuestras amigas y amigos. Nuestro corazón tiene la capacidad de amar a muchas personas, pero, ¡ah!, mientras no compartamos cama con ellas. Entonces, solo podremos amar a una. ¿No resulta contradictorio? Parece un mejor plan que cada cual vea a cuántas personas es capaz de amar y decida cómo hacerlo.

Este mito se retroalimenta con el de la fidelidad o la creencia de que todos los deseos pasionales y eróticos deben satisfacerse exclusivamente con una única persona, la propia pareja, o de lo contrario, no es amor verdadero.

Esto último me hace pensar en la polémica de hace unas semanas en torno a una periodista y presentadora de televisión que ha contado que mantiene una relación abierta con su marido. Es decir, que se quieren y están juntos, pero aceptan de mutuo acuerdo que cada uno mantenga relaciones sexuales fuera de la pareja con quien quiera. Mucha gente, en lugar de ver eso como un acto de valentía (afirmar que no sigues las normas del sistema lo es) los ha criticado, tanto a él como a ella. Bueno, un poquito más a ella que a él. Cuando en realidad lo único que están haciendo es ser un ejemplo de diversidad a la hora de amar. Al resto de las parejas que puedan estar en la misma situación les están mandando un mensaje: «No estáis locos, no sois raros, hay muchas formas de amar y de estar en pareja, todo es cuestión de hablarlo, pactarlo y hacerlo, precisamente, con amor».

Pero, claro, cuando tocamos el sexo, enseguida nos sale la doble moral, sobre todo si hablamos de la libertad sexual de las mujeres. En ese caso..., con la Iglesia hemos topado. Y lo digo como frase hecha, aunque pueda aplicarse en sentido literal.

Y aquí volvemos a encontrarnos con un claro sesgo de género.

Durante siglos (y hay mucha literatura y cine sobre ello) se ha aceptado la infidelidad masculina como algo inevitable y natural, incluso como ejemplo de virilidad; pero la femenina siempre ha sido considerada pecado e incluso delito.

Sin ir más lejos, en España, hasta 1978 existía el delito de adulterio. Podías ir a la cárcel por adúltera (que no por adúltero) y te podían caer entre ¡seis meses y seis años de prisión!

El artículo 449 del Código Penal decía: «El adulterio será castigado con la pena de prisión menor. Cometan adulterio la mujer casada que yace con varón que no sea su marido y el que yace con ella, sabiendo que es casada». Y se completaba con «el marido podrá en cualquier tiempo remitir la pena impuesta a su consorte». O sea, que el marido decidía si ibas a la cárcel o no.

FLI-PA.

Ya había tenido lugar la revolución sexual de los sesenta y aun así todavía existía esta carga moral y penal en torno al sexo..., y por supuesto a la sexualidad de las mujeres.

En cierto modo, todo esto fortalecía la idea patriarcal de que para nosotras era mejor permanecer en el ámbito privado como buenas esposas y madres, lejos del peligro del adulterio y de nuevas experiencias vitales.

El mito de los celos

Consiste en la creencia de que los celos son un signo de amor, incluso un requisito para que ese amor sea verdadero y pasional. Es decir, a más celos, más amor.

Frases como «está celoso porque me quiere» o «sufre más él con los celos que yo» hacen saltar la alarma.

¡MEEEEEEEC! ¡Cuidado!

Los celos pueden ser una forma de manifestar inseguridad, pero no amor. Falta de autoestima por parte de la persona que los padece, pero no amor hacia quien se proyectan.

Este mito suele usarse para justificar comportamientos egoístas, represivos y a veces violentos, todo ello con un bonito «es porque te quiero». Y claro, si es porque me quiere, ¿cómo le voy a decir que está mal?

Desgraciadamente los celos están más que naturalizados en las relaciones sexoafectivas. Yo misma los he sentido en momentos de mi vida en pareja y los he interpretado como señal de que amaba de manera especial a esa persona o de que esa persona me amaba más y mejor. Hoy comprendo que no, que los celos están vinculados a las inseguridades de cada uno y al sentimiento de posesión (que nada tiene que ver con el amor). A veces sentimos que estar con alguien nos completa y nos hace mejores (mito de la media naranja), es decir, tener pareja nos sube la autoestima; por lo tanto, el riesgo de dejar de estar con él o ella amenaza nuestra autoestima y pone los celos en marcha.

En realidad, que alguien esté contigo no debe subir tu autoestima; nuestra valía personal no tiene nada que ver con tener o no pareja. Y que alguien esté contigo, tampoco significa que te pertenezca.

No, los celos y el deseo de control no son una expresión de amor, aunque los hayamos visto idealizados en novelas y películas.

Y ahora alucina con estos datos de un estudio de la Universidad Complutense de Madrid elaborado por la catedrática de Psicología María José Díaz-Aguado, tras entrevistar a ocho mil adolescentes:

- El 25 por ciento de las adolescentes entrevistadas para el estudio aseguran que sus novios las controlan, les leen los wasaps, tienen sus contraseñas de redes sociales y les controlan la vestimenta. Ellas esto lo naturalizan y lo perciben como un gesto de amor; ellos, como un derecho de amor.
- Un 12 por ciento de los adolescentes (chicos y chicas) no consideran como maltrato conductas como que un chaval le diga a su novia con quién puede hablar, dónde ir o qué hacer.
- Uno de cada tres jóvenes considera las conductas de control hacia la pareja como algo inevitable.

Pero todo esto no nace de la nada, todo esto se aprende:

- El 73,3 por ciento de los adolescentes españoles han recibido alguna vez de un adulto el mensaje de que «los celos son una expresión de amor».

Como ves, el mito de los celos sigue muy presente en nuestra cultura y es importante prestarles atención, ya que son peligrosos. Las relaciones deben construirse sobre una base de confianza, libertad y respeto.

¿Te acuerdas del pacto telepático que hicimos antes, cuando yo iba en el tren? Pues vamos a hacer otro. Esta vez estoy en otro sitio, para que visualices lo mismo que yo, te cuento que estoy en el salón de mi casa y frente a mí tengo el cartel de una peli de Godard protagonizada por Anna Karina: *Vivre sa vie*. Voy a colgar la foto de lo que estoy viendo en mi cuenta de Instagram, para que tengamos la misma imagen, tienes que buscar la fecha 26 de noviembre de 2017. Si no tienes Instagram o no tienes 3G en este momento, no importa, imagínate una foto en blanco y negro de una mujer fumando y ya está, conexión telepática establecida porque así lo decidimos tú y yo.

El pacto es el siguiente y vale para todas las personas que estéis leyendo esto: si percibes que tu pareja siente celos por algo relacionado contigo, prométeme que no vas a pensar que tú has hecho algo para generarlos o que en parte son culpa tuya. Ese sentimiento es muy común (yo misma lo he tenido) y no es justo ni real. Si tu pareja siente celos tendrá que aprender a deshacerse de ellos, entender que nacen de su inseguridad y probablemente de un sentimiento de posesión y en el amor nadie pertenece a nadie, solo nos pertenecemos a nosotras mismas. Si tu pareja siente celos, tú no tienes por qué modificar NADA de tu comportamiento para evitarlos, no es tu responsabilidad. Y si eres tú quien los siente, ya sabes, haz autocrítica, intenta comprender de dónde nace ese sentimiento y céntrate en lo que te pasa a ti por dentro y no en lo que hace o deja de hacer la otra persona.

Este pacto tiene vigencia desde ya y es para siempre.

Quien bien te quiere te hará llorar

Entonces, ¿si no me hace llorar es que no me quiere bien? Mira, no. Si me quiere, me tratará bien, sabrá ponerse en mi piel, me respetará y aceptará como soy y desde luego, no me hará llorar. A no ser que un día me cocine una cochinita pibil vegetariana y se pase con el chili. Entonces puede que suelte alguna lagrimilla.

Los que se pelean se desean

Llevo toda la vida escuchando eso. ¿Tú no? Cuando estaba en EGB, lo que ahora es la ESO, había un niño que siempre me levantaba la falda en la hora del recreo y yo me enfadaba mucho con él; entenderás que a nadie le gusta que le hagan algo así, por mucho que la sociedad se empeñe en naturalizarlo con un «son cosas de niños». Se llamaba Jaime y me ponía de los nervios. Pues encima de aguantar que Jaime se sintiera con la libertad de hacerme enseñar las bragas cuando él quisiera, también tenía que soportar que compis de clase e incluso algunos profes me dijeran «cómo te enfadas con Jaime, ¿no será que te gusta? Los que se pelean se desean».

Para que no me lo dijeran, lo que hacía a veces era intentar no enfadarme y hacer como si nada. Es decir, tolerarlo. Es decir, una vez más, el foco en mí y no en la persona que está haciendo algo que no debe: levantarle la falda a una niña.

No, yo no deseaba a Jaime. Los que se pelean, se pelean, punto. El deseo es otra cosa.

El amor lo puede todo y es incondicional

Um..., no. Y no pasa nada. No mola menos el amor.

Este mito nos hace creer que si hay amor cualquier cosa se puede solucionar y cualquier obstáculo se puede superar. Que cuando amamos podemos con todo, podemos perdonarlo todo. Que si quieres de verdad, cualquier conflicto de pareja se supera, solo con AMOR.

Vamos, que el amor es como la lámpara mágica, como el código de Fibonacci. Parece que con amor no hiciera falta valentía, esfuerzo o incluso terapia para superar los conflictos en el terreno amoroso y no es así.

Todo vale si es por amor

No quiero ser aguafiestas, pero tampoco.

Amar no implica un todo vale y no implica tener que tragar con situaciones que no te gustan. No hay que resistir por amor, sufrir por amor, renunciar por amor.

Si estás con alguien es porque te sientes feliz a su lado, y si sientes que estás teniendo que hacer renuncias y sacrificios por ello, quizá hay algo que no marcha bien del todo. Y visto desde el otro lado, cuando quieres mucho a alguien, no deseas que renuncie a nada, deseas que sea feliz.

• • •

Ya ves, la de mitos que hemos interiorizado y no somos conscientes de ello. Qué difícil resulta a veces ser capaz de deconstruirse para luego construirse de nuevo con una visión más libre y personal de la vida.

Como dice Carlos Yela, doctor en Psicología: cuando algo no funciona en nuestras relaciones, lo habitual es ponernos en cuestión, nunca cuestionar los mitos. Y quizá deberíamos hacer lo segundo.

Y como dice Coral Herrera, escritora y autora de libros como *La construcción sociocultural del amor romántico*:¹⁴ no dejes que la ideología del romanticismo patriarcal te limite a la hora de empezar un romance o de disfrutar de los amores, porque hay muchas formas de amarse, muchas orientaciones sexuales, muchas identidades, todas tenemos derecho a explorar otras formas de ser y de relacionarnos y a dejar atrás las estructuras de la tradición.

Una salida

¿Llamo o no llamo? ¿Llamo o no llamo? Venga, tengo que hacerlo. Por lo menos saldré de dudas, luego no tengo que hacer nada que no vea claro, solo preguntar. Vamos, Leti, marca ya. Ay, no me atrevo, me da cosa. Me voy a poner nerviosa. Debería llamar ella, no yo.

Marco sin pensar, ceeeero, uuuuno, seeeeis... Vamos allá.

Estoy llamando al número de Atención a Mujeres Víctimas de Violencia de Género, ese que tanto sale por la tele y por la radio, el que no deja rastro en la factura del teléfono, el 016. No es por mí, es por Esther. El otro día me llamó asustada: Víctor lo había vuelto a hacer. La había empujado contra la pared y sujetado fuerte por el cuello. No hay marcas, no hay heridas visibles, de momento. Las más dolorosas van por dentro.

Tras una conversación de veinte minutos, la persona que me atiende me aconseja qué pasos seguir.

—Puedes ir con tu amiga a un Punto Municipal del Observatorio Regional de Violencia de Género, hay varios en Madrid. Ahí recibirá atención directa, asesoría jurídica y psicológica. La atención es gratuita.

En el 016 también me cuentan que una vez allí veremos nuestras (sus, pero me incluyo) opciones. Muchas veces te animan a denunciar, es más, te acompañan a poner la denuncia y a encontrar el mejor momento para hacerlo.

Antes de denunciar hay que valorar la situación. Muchas veces se prepara primero una salida autónoma, esto es, buscarte otro piso antes, ya que si sales con una orden de protección tras la denuncia, te quedas tú el uso y disfrute de la vivienda, pero si se archiva la denuncia o sale sentencia absolutoria, él tiene el mismo derecho que tú a estar en esa casa y es muy probable que no te apetezca compartir piso con el hombre al que te has atrevido a denunciar.

Si la salida autónoma se consigue con éxito, a veces incluso se opta por no denunciar: se valora que una denuncia podría empeorar la situación. Y al final, lo que las supervivientes de violencia buscan no es el castigo, es la paz, recuperar el sueño, la independencia y que no te peguen ni te humillen más. Qué sencillo parece eso, ¿no? Que no te peguen más. En tu casa, en tu vida privada, que no te pegue más o no te humille más aquel con el que compartes cama y abrazos.

Otra opción, si se valora riesgo, es la de trasladar a la víctima a un centro de emergencia o casa de acogida, pero esto a veces supone tener que dejar el empleo, ya que si él sabe dónde trabajas, no pueden protegerte desde el centro.

Uf, todo me resulta complejo y me asusta, pero alivia ver que hay gente formada y preparada para ayudarte. Ojalá hubiera más, también te digo, tanto en el ámbito policial como en

el judicial.

• • •

Esther niega que ella sea una víctima de violencia de género. Dice que no lo entiendo.

—Yo también tengo mucho carácter. Yo también le he pegado.

—Pero ¿cuándo le has pegado? ¿Por qué?

—Te lo he dicho, que yo soy difícil de llevar, tú lo sabes. Y puedo resultar muy irritante cuando quiero.

—Lo sé, conmigo lo has sido varias veces. Sobre todo cuando te levantas de la siesta, ahí puedes ser la persona más irritante del mundo, y aun así, yo no te he pegado ni te he insultado por ello.

Silencio.

—¿Quieres colgar?

—No voy a denunciar. Leti, no es un maltratador. De verdad que no lo es. Ya sé que las mujeres que sufren este tipo de violencia lo niegan y no se dan cuenta y estás pensando que ahora yo estoy actuando como una de ellas; desde fuera lo puede parecer, pero desde dentro te digo que no es mi caso. Se le fue la olla, pero a mí también se me fue contándotelo y lo exageré, estaba enfadada y lo exageré.

—Te cogió del cuello.

—Y yo le di una bofetada.

—Cuando te soltó.

—Sí.

Silencio.

—¿Se lo has contado a alguien más además de a mí?

—No —no me da tiempo a decir nada—, y me prometiste no decírselo a nadie, Leti.

—No lo he hecho. Pero a cambio te pido, aunque solo sea porque yo no me siento capaz de mantener esto entre tú y yo, que vayamos a uno de esos puntos que hay en Madrid. Aunque sea para que me ayuden a mí, porque yo no sé cómo gestionar esto.

—Es que no tienes que gestionar nada, es mi relación. Yo te cuento cosas para desahogarme y ya está.

—Lo sé y sabes que me tienes aquí para lo que quieras. Pero mira, me han dicho que puedo ir sin ti. Voy a ir. Tengo mucha angustia, no puedo seguir así.

—La que está sufriendo soy yo.

—Razón de más para que vengas conmigo.

• • •

Al final fuimos. Nos atendió Meri, una trabajadora social majísima, que luego puso en contacto a Esther con una psicóloga con la que estuvo en terapia más de seis meses.

Valoraron varias opciones, entre ellas la de denunciar, pero en su caso la salida autónoma parecía la mejor opción, es decir, romper con tu maltratador y luego no presentar denuncia. Hay casos en los que se prefiere tirar por esa vía y no por la denuncia, para evitar exponer a más riesgo a la víctima. Son situaciones que hay que valorar con ayuda de gente con experiencia.

Yo insistía en denunciar, así que tuvimos una reunión con una abogada que nos explicó cómo funcionaba el proceso. Y sí, he podido corroborar que queda mucho por mejorar en ese ámbito jurídico en nuestro país. Es todo muy complicado todavía. En el caso de que haya habido agresión física, si no fuiste al hospital en el momento en el que tenías marcas visibles, significa que no tienes pruebas. Además, si quieres presentar como testigos a familiares o amigos, no siempre te lo permitirá la justicia, aunque suene irónico, sobre todo teniendo en cuenta que casi siempre estas situaciones de violencia se producen en el entorno más íntimo y son básicamente amigas o familiares los testigos que lo pueden haber presenciado.

La abogada también nos contó que la protección policial a mujeres que han denunciado todavía es muy inferior a la necesaria y muchas se encuentran indefensas tras la denuncia, bajo las amenazas de un hombre que solo piensa en causarles dolor. Están bajo el terror y la ansiedad constantes.

En términos de ayudas económicas *a posteriori*, la cosa no mejora. Para Esther eso no es un problema, porque ella trabaja, no lo ha dejado todo para cuidar de unos hijos en común, como es el caso de muchas mujeres. Pienso ahora en la importancia de las palabras de Virginia Woolf, que decía que para que una mujer pudiera dedicarse a la literatura, lo que necesitaba era tener una «habitación propia», un espacio en el que no fuera la criada de nadie, ni tuviera que estar disponible veinticuatro horas, un espacio en el que poder dedicarse a pensar o hacer lo que le viniera en gana.

Creo que todas necesitamos, ya no para escribir, sino para vivir, esa habitación propia, ese espacio metafórico donde tener intimidad para hacer lo que queramos y el dinero y la independencia para poder pagarnos esa habitación, que sea nuestra y solo nuestra, que dependa solo de nosotras y de nadie más.

Hay miles de mujeres que no tienen esa «habitación propia» porque optaron por sacrificar su profesión para dedicarse a los cuidados del hogar y los hijos, pero ¿qué pasa si luego te quieres divorciar? ¿Qué haces si llevas años sin cotizar a la Seguridad Social, dedicada en exclusiva a un trabajo que no hace brillar tu currículum precisamente? ¿Qué pasa si has trabajado toda tu vida en el oficio no remunerado de ama de casa y madre? Pues que acabas dependiendo económica y socialmente de tu pareja. Es muy difícil salir de esos vínculos de dependencia. Por eso son tan importantes las ayudas para mujeres maltratadas, para que puedan salir adelante, empezar una nueva vida. No podemos animarlas a denunciar si luego las vamos a dejar en la estacada. Y no, no se trata de mantener a nadie con dinero del Estado así como así, pero sí de valorar cada caso y de entender cada situación en su contexto. Porque este es un problema social que hace años que está causando muertes y dolor en nuestro país y es nuestra responsabilidad hacerle frente.

Y si no lo ves claro, mira estos datos:

- En 2016 se formularon 142.893 denuncias por violencia de género en España.
- En promedio, se contabilizaron más de 11.900 denuncias mensuales.
- Por cada una de las mujeres que denunciaron, al menos hay otras tres que también son víctimas de malos tratos y no denuncian.

Respecto al mito de las denuncias falsas, te dejo otros datos de la Fiscalía General del Estado:

- Entre 2009 y 2016 se presentaron 1.055.912 denuncias por violencia de género (sí, sí, más de un millón) y solo en setenta y nueve casos hubo sentencias por denuncia falsa

(0,0075 por ciento).

- En este período de ocho años, se investigaron 194 casos por este presunto delito: un 0,18 por ciento del total.
- Durante 2016, y según datos actualizados en noviembre de 2017, la Fiscalía NO probó NINGUNA denuncia falsa por violencia de género. Cero. Ninguna denuncia falsa.

• • •

Aunque el mundo del periodismo *freelance* es muy difícil y en muchos casos precario, Esther tiene esa habitación propia de la que habla Virginia Woolf, siempre la ha tenido. Así que ha podido dejarlo con Víctor sin tener que enfrentarse a la dependencia económica de un hombre.

Han sido siete meses de psicóloga y de trabajo personal. De miedos, dudas, de enfrentarse a la culpa y liberarse de ella. Separarte de alguien a quien quieres aunque te trate mal, de alguien de quien estás enamorada, es muy duro, pero Esther lo ha conseguido. Poco a poco.

Además, ha tenido la potra de que a Víctor le ha salido un trabajo en Zaragoza y ya no están en la misma ciudad.

Últimamente está más insegura que nunca. Haberlo dejado con él le hace sentirse vulnerable y perdida. A veces llora porque sí y muchas veces no se gusta a sí misma, todavía está en el proceso de valorarse a través de su propia mirada y no darse el valor en función de la mirada masculina. Porque Víctor la trataba mal, pero también le decía que era única y especial, que era la mejor y que la quería con locura (ay, el mito del amor loco, cuánto daño nos ha hecho). Así que yo pensaba que su autoestima crecería automáticamente al separarse, pero no ha sido así, es un proceso lento, pero para eso estamos también nosotras, para sostenerla cuando haga falta, para compartir los momentos de bajón y para cantar y bailar al ritmo de la vida.

• • •

Volvemos a estar en Josealfredo, en nuestro rincón favorito, al fondo a la derecha, en las butacas aterciopeladas y rodeadas de espejos.

Hoy salimos a celebrar. Celebramos que estamos vivas, más vivas que nunca, porque cada vez somos más conscientes y más libres. Aunque pesen las cadenas y contradicciones, ahora por lo menos entendemos de dónde vienen y por qué nos sentimos como nos sentimos muchas veces. Y aquí estamos, juntas. Reiremos juntas, lloraremos juntas y pelearemos juntas.

Nosotras sí somos una manada, una de las buenas. Si nos cruzamos por ahí, no nos mires, únete y aúlla con nosotras.

La primera mujer

*Ignoramos nuestra propia estatura
hasta que nos ponemos de pie.*

EMILY DICKINSON

Estamos llegando al final; por eso creo que es buen momento para dar un paseo por el principio y por la primera mujer, esa de la que en teoría venimos todas.

Cuenta el Génesis que los primeros humanos sobre la faz de la tierra fueron Adán y Eva. Primero Dios creó a Adán y luego pasó esto: «Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras este dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre» (Génesis 2:21).

El Génesis dice que Eva salió de la costilla de Adán, no de la vagina de otra mujer ni tampoco de la varita mágica de Dios, sino de un trozo de hueso de Adán. Lo sé, es solo una historia, una metáfora, no hay que tomarla al pie de la letra, pero precisamente por eso, la metáfora tiene tela.

Adán y Eva vivían en el paraíso, donde no había ni wifi ni cines ni librerías, solo había fruta, de agricultura ecológica, supongo, y ellos dos. Dios les dijo que no necesitaban nada más para ser felices y que podrían vivir así eternamente. Sin trabajar y dedicándose a comer y procrear (entiendo que por eso Dios los creó a los dos heterosexuales). Solo les puso una condición, podían comer de todos los árboles menos de uno: el árbol de la ciencia y el conocimiento del bien y del mal.

¿Por qué el conocimiento o la ciencia eran algo que evitar? No lo sé.

A mí me planteas esto y yo no es que lo pruebe, es que devoro el árbol. Será que tengo esencia pecadora. Ahora en serio, Adán tendría que ser un tipo muy, muy entretenido e interesante para que a mí me bastara con él y con la fruta durante toda la eternidad. ¡Ah! No te lo había dicho, la estancia en el paraíso era eterna, porque Adán y Eva eran inmortales.

El caso es que ellos estaban ahí, en el Jardín del Edén, en una especie de *rave* interminable, cuando apareció una serpiente, la tentación, que le comió la oreja (no en sentido literal) a Eva, para que probara la manzana del conocimiento. Eva cayó en la tentación de pleno, probó el fruto prohibido y luego, como era muy manipuladora, convenció a Adán, que sería fácil de convencer, digo yo, para que la comiera también, llevándole así por el mal camino. No es que Adán decidiera por sí mismo, es que Eva lo manipuló con sus malas artes. Adán era un pobre hombre inocente en las manos de Eva. O eso nos han contado.

Entonces Dios, como comprenderás, los castigó echándolos del paraíso.

Así que, según el Génesis, por culpa de Eva ni tú, ni yo, ni todas las personas que conocemos, vivimos en el paraíso y en cambio lo hacemos rodeadas de coches y contaminación.

¡Ah! Y ya no somos inmortales.

Pero no solo eso, Dios se ensañó con Eva, que era y es la culpable de todo, y le dijo: «Aumentaré tus dolores cuando tengas hijos y con dolor los darás a luz. Pero tu deseo te llevará a tu marido y él tendrá autoridad sobre ti» (Génesis 3:16).

O sea, que Eva nos fastidió a todas. Eva, tía, lo único que tenías que hacer era mantenerte lejos del conocimiento, ya te vale.

Este es un mito que atraviesa nuestra cultura y toda la religión cristiana. Porque, aunque España sea un país aconfesional (es decir, que la Constitución no reconoce como oficial ninguna religión en concreto), sí celebramos la Navidad, el día de Reyes y un alto porcentaje de bodas se siguen celebrando por la Iglesia. En nuestro imaginario colectivo, la culpa es de Eva y Eva somos todas las mujeres.

Un momento, en la interpretación judía del Génesis encontramos una mujer anterior a Eva y ella sí fue creada por Dios a la vez que Adán y no salió de la costilla de nadie. Pero, ojo, también pecadora y oscura, no te vayas a pensar. Se trata de Lilit, cuyo nombre en hebreo significa «oscuridad».

Al parecer, Lilit se negaba a practicar el sexo siempre debajo de Adán: «¿Por qué he de acostarme debajo de ti? —preguntaba—. Yo también fui hecha con polvo, y por lo tanto soy tu igual». Adán no quiso probar otras posturas sexuales (él se lo perdía, también te digo) y trató de obligarla a mantener relaciones sexuales como él quería. Lilit, encolerizada, abandonó por sí misma el Jardín del Edén.

Podríamos considerar a Lilit la primera mujer subversiva que fue capaz de rebelarse ante Dios para no vivir arrodillada a los caprichos de un hombre. Aunque no aparece en la Biblia, sino en otros escritos, la historia sigue y cuenta que Lilit se fue al mar Rojo y allí se dedicó a acostarse con seres chungos e incluso con Satanás. Vamos, que una mujer dueña de su sexualidad es lo más parecido a un demonio.

. . .

En la mitología griega, en lugar de Eva, la primera mujer es Pandora.

Ella no vino de la costilla de nadie, a ella ¡la creó un Dios! Pero... como castigo divino. ¿Qué te habías pensado?

Resulta que Prometeo (dios titán amigo de los mortales) desobedeció a Zeus (padre de los dioses y de los hombres), así que Zeus dijo: «¿Sí? Pues ahora tus amiguitos los hombres se van a enterar». Y el padre de todos los dioses creó a Pandora. Zeus decidió hacerla hermosa, seductora, manipuladora y de carácter inconstante «con el fin de configurar un *bello mal*, un don tal que los hombres se alegren al recibirlo, aceptando en realidad un sinnúmero de desgracias» (Hesíodo, *Los trabajos y los días*).

El plan de Zeus era que Pandora sedujera al hermano de Prometeo y se casara con él. Algo que ella consiguió fácilmente, claro; como era manipuladora y atractiva, ya sabes. Como regalo de bodas, Zeus les hizo llegar una caja y le dijo a Pandora que no la abriera bajo ningún concepto.

Pero ¿qué pasó? ¡Aaaay, Pandora, Pandora, que te veo venir! La curiosidad le pudo, Pandora abrió la caja y al hacerlo se escaparon de su interior tooooooodos los males del mundo.

«Y es por culpa de una hembra que me estoy volviendo loco», ay, perdón, eso es una canción de Mecano. Es por culpa de una hembra por lo que existe el mal en el mundo, «los

hombres habían vivido hasta entonces libres de fatigas y enfermedades, pero Pandora abrió un ánfora que contenía todos los males» (Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 800 a. C.).

La historia se repite. Primero todo iba bien y por culpa de la curiosidad de una mujer, todo fue mal. Fin.

Pandora, en la mitología griega, representa la figura de la mujer sexual y manipuladora, una amenaza, un peligro. Es el germen cultural para justificar los miedos y fantasías de los hombres acerca de las mujeres, pues, como se encarga de recordarnos Hesíodo en su obra *Teogonía*, «de ella desciende la estirpe de femeninas mujeres».

Sí, amigas, todas somos hijas de Pandora, así que según quienes tenían el poder de construir el relato cultural, en nosotras están la oscuridad, la manipulación, el engaño y ese mal tan peligroso: la curiosidad. ¡Ey!, pero a la vez «la mujer es lo más grande que hay». ¿En qué quedamos? ¿Molamos o somos lo peor?

Una vez más, el patriarcado nos define, nos da y nos quita, nos desea y nos desprecia, nos quiere y nos teme. Demonizando la figura de las mujeres, justifica la supuesta necesidad de control sobre nosotras, incluso, si hiciera falta, con violencia.

Lo que pasa es que hemos tomado conciencia gracias a las Pandoras, Evas y Lilits que ha habido durante estos últimos dos mil años que no se conformaron con ese supuesto paraíso patriarcal. Algunas de ellas aparecen en este libro, pero hay muchísimas más, por ejemplo, las que estáis leyendo estas líneas.

Si estás leyendo esto y eres mujer, tú también eres Eva, Pandora y Lilit. Vamos a adueñarnos de esa representación simbólica y vamos a darle la vuelta.

Así que hijas de Pandora, Eva y Lilit...

Si el conocimiento es pecado, pequemos como Eva.

Si la curiosidad es un peligro, seamos peligrosas como Pandora.

Si la rebeldía nos expulsa del paraíso, creemos uno propio como Lilit.

Sigamos su estela y seamos desobedientes con el sistema de géneros establecido.

Que no nos cuenten qué es ser mujer, que lo construyamos nosotras.

Que no nos digan a qué podemos aspirar, que lo decidamos nosotras.

Que no nos arrebaten nuestra sexualidad, que sea nuestra.

Que no nos describan el amor, que lo descubramos nosotras.

Que no nos cuenten la vida, lo que queremos es vivirla.

Escribamos nuestra propia historia.

Mordamos todas las manzanas, abramos todas las cajas.

Ha llegado la hora de la revolución y esta será feminista o no será.

BIBLIOGRAFÍA

A su vez, son libros que aprovecho para recomendarte.

BARBIJAPUTA, *Machismo: ocho pasos para quitártelo de encima*, Roca Editorial, Barcelona, 2017.

BEAUVOIR, Simone de, *El segundo sexo*, Cátedra, Madrid, 2005.

DESPENTES, Virginie, *Teoría King Kong*, Melusina, Barcelona, 2009.

FERNÁNDEZ, JUNE, *10 ingobernables: Historias de transgresión y rebeldía*, LIBROS DEL KO, MADRID, 2016.

HERNANDO, Almudena, *Mujeres, hombres, poder, subjetividades en conflicto*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2015.

HERRERA, Coral, *La construcción sociocultural del amor romántico*, Fundamentos, Madrid, 2017.

LIJTMAYER, LUCÍA, *Yo también soy una chica lista*, DESTINO, BARCELONA, 2017.

MIGUEL, Ana de, *Neoliberalismo sexual*, Cátedra, Madrid, 2015.

MILLET, Kate, *Política sexual*, Cátedra, Madrid, 2010.

MOLAS FONT, Maria Dolors; GUERRA LÓPEZ, Sonia; HUNTINGFORD ANTIGAS, Elisabet, y ZARAGOZA GRAS, Joana, *La violencia de género en la antigüedad*, Instituto de la Mujer, Madrid, 2006, <www.inmujer.gob.es/areasTematicas/estudios/serieEstudios/docs/violenciaGeneroAntiguedad.pdf>.

VARELA, Nuria, *Feminismo para principiantes*, Zeta Bolsillo, Barcelona, 2013.

— *Cansadas*, Ediciones B, Barcelona, 2017.

YELA, Carlos, *El amor desde la psicología social: ni tan libres ni tan racionales*, Pirámide, Madrid, 2015.

Revistas que han sido fuente de información y que también te recomiendo:

Los Ojos de Hipatia, *Revista Sociocultural desde Valencia*, <<http://losojosdehipatia.com.es/>>.

Mujeres en Red, periódico online, <www.mujeresenred.net/>, especialmente los artículos de Montserrat Boix.

Pikara Magazine, <www.pikaramagazine.com/>.

FILMOGRAFÍA

No podía terminar sin antes recomendarte unas cuantas películas dirigidas por mujeres que tienen perspectiva feminista o protagonistas interesantes.

Babadook, JENNIFER KENT, 2014.
Bar Bahar: entre dos mundos, Maysaloun Hamoud, 2016.
Brava, Roser Aguilar, 2017.
Crudo, Julia Ducournau, 2016.
Divines, Houda Benyamina, 2016.
El olivo, Icíar Bollaín, 2016.
Hysteria, Tania Wexler, 2011.
Júlia Ist, Elena Martín, 2017.
La librería, Coixet Isabel, 2017.
La novia, Paula Ortiz, 2015.
La teta asustada, Claudia Llosa, 2009.
Mustang, Deniz Gamze Ergüven, 2015.
Quiero ser como Beckham, Gurinder Radha, 2002.
Tenemos que hablar de Kevin, Lynne Ramsay, 2011.
Un amor de verano, Catherine Corsini, 2016.

Y también series con visión de género o mujeres protagonistas complejas y con aristas que son dueñas de la acción:

Big Little Lies, David E. Kelley (creador); Jean-Marc Vallée, 2017 (basado en una novela de Liane Moriarty).
Borgen, Adam Price (creador), 2010-2013.
Buffy cazavampiros, Joss Whedon (creador), 1997-2003.
El cuento de la criada, Bruce Miller (creador), 2017 (basado en la novela del mismo título de Margaret Atwood).
Fleabag, Phoebe Waller-Bridge, 2016-2017.
Girls, Lena Dunham (creadora), 2012-2017.
Happy Valley, Sally Wainwright (creadora), 2014-2016.
I Love Dick, Sarah Gubbins y Jill Soloway (creadoras), 2016.
Smilf, Frankie Shaw (creador), 2017.
Transparent, Jill Soloway (creadora), 2014-2017.

¡Feliz visionado y feliz revolución!

Notas

- 1 Salamandra, Barcelona, 1992.

[2](#) Artículo escrito para *Pikara Magazine*, febrero de 2017.

3 Cátedra, Madrid, 2005.

4 Cátedra, Madrid, 2009.

5 Post inicialmente publicado en el blog de *Harper's Bazaar*, «No soy una *it girl*».

6 En origen, uno de los lemas de la Comunidad Valenciana era *Perquè fórem, som, i perquè som, serem*, y este fue adoptado por el movimiento obrero y el movimiento feminista.

7 En algunos estudios, principalmente los norteamericanos, esta es considerada como la primera ola.

8 Kate Millet, *Política sexual*, Cátedra, Madrid, 2010; Shulamith Firestone, *La dialéctica del sexo*, Kairós, Barcelona, 1976.

9 Melusina, Barcelona, 2007.

10 Artículo publicado en <eldiario.es>, 25 de octubre de 2017.

11 Último *post* publicado en el blog de *Harper's Bazaar*, «No soy una *it girl*».

[12](#) Artículo publicado en <eldiario.es>, 12 de marzo de 2017.

13 Artículo publicado en <eldiario.es>, 26 de diciembre de 2016.

14 Fundamentos, Madrid, 2011.

Morder la manzana

Leticia Dolera

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Mercedes deBellard

© Leticia Dolera, 2018

T.L.2

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

